

# VENGA TU REINO

EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

*David W. Dyer*

Traducción:  
Daniel Añez  
y Maria Alejandra Mora Campos

Revisión:  
María Alejandra Lara Cardona  
y Daniel Añez

Portada: John D. Dyer

Publicación: Ministerio Grano de Trigo

Título del libro original en inglés:  
Thy Kingdom Come  
“A Grain of Wheat” Ministries Publication.  
Primera edición en inglés: 1984  
Primera edición en español, finales de 2022.

PARA CONSEGUIR LOS LIBROS SIN COSTO,  
VISITE NUESTRO SITIO WEB: [www.granodetrigo.com](http://www.granodetrigo.com)  
email: [davidwdyer@yahoo.com](mailto:davidwdyer@yahoo.com)

Todas las citas bíblicas se tomaron de la traducción en español de la Biblia Reina-Valera, en su versión RVR-1960; de las SOCIEDADES BÍBLICAS UNIDAS. Las citas que no siguen esa regla son mencionadas.

# ÍNDICE

|                                               |     |
|-----------------------------------------------|-----|
| 1. Venga tu reino.....                        | 7   |
| 2. Los dos “reinos” .....                     | 11  |
| 3. Una breve cronología .....                 | 21  |
| 4. El día del Señor .....                     | 29  |
| 5. En el comienzo .....                       | 41  |
| 6. El fracaso del hombre.....                 | 57  |
| 7. El reino de Dios está entre vosotros ..... | 67  |
| 8. “Señor, Señor” .....                       | 77  |
| 9. Una recompensa justa .....                 | 95  |
| 10. Perdón y juicio.....                      | 109 |
| 11. El hijo varón .....                       | 123 |
| 12. Viviendo en la victoria.....              | 137 |
| 13. Obras de fe.....                          | 151 |
| 14. Una palabra de aliento.....               | 169 |
| Conclusión.....                               | 177 |

Esta página fue dejada intencionalmente en blanco.

## INTRODUCCIÓN

El libro que está a punto de leer tiene importantes consecuencias teológicas y prácticas. De hecho, sus consecuencias son monumentales. Por lo tanto, debe leerse con atención, reflexión y devoción.

También es esencial comenzar desde el principio y leer hasta el final del libro sin saltarse ninguna parte del material. Dado que las ideas que se presentan aquí se desarrollan a lo largo de varios capítulos, si el lector no se familiariza con toda la obra, podrían surgir malentendidos.

Cuando se toma por primera vez un libro nuevo, suele sentirse una gran tentación de revisar la tabla de contenido, encontrar un capítulo que parezca interesante y comenzar a leer allí. Dado que muchos creyentes no están bien familiarizados con este tema, los resultados de tal lectura podrían ser engañosos. Con esto en mente, quiero invitar a todos los lectores serios a estudiar a fondo la información presentada aquí antes de que formen sus conclusiones.

Algo que también se debe mencionar es que se requiere una revelación espiritual para entender el contenido de este libro. Ya que vamos a investigar la verdad de Dios que se encuentra en las Escrituras, debemos buscar la revelación divina. Debido a la capacidad insuficiente de la mente humana para conocer a Dios de manera independiente, cuando queremos entender Su voluntad, debemos confiar en Él para que nos ilumine.

Entonces, me gustaría animarlo a leer estas páginas con una actitud de oración, y que abra su corazón y su mente a Jesús para que Él pueda revelarle Su verdad. Por supuesto, este libro no es más que un esfuerzo humano; sin embargo, oremos juntos para

que Dios lo use con el fin de revelar aún más de Sí mismo y Sus propósitos en la Tierra.

D. W. D.

**SI AÚN NO LO HA HECHO,  
LEA LA INTRODUCCIÓN  
ANTES DE CONTINUAR.**

## 1.

## VENGA TU REINO

Cuando Jesucristo vuelva en Su gloria, no será el fin de la historia de la Tierra actual. El plan de nuestro Señor no es regresar momentáneamente, llevarse a los creyentes al cielo y dejar la Tierra para, luego, ser destruida por el fuego. De hecho, Dios todavía tiene planes para esta Tierra. Después del regreso de Jesús, tiene la intención de establecer un reino aquí. Su autoridad y su Reino, centrado en Jerusalén, la tierra de Israel, se establecerá sobre todos los que habitan en la Tierra. Ese reinado se extenderá por mil años y, por ello, se le conocerá como “el Milenio”.

Reinará sobre las pocas personas que sobrevivan al período de la Tribulación. Inicialmente, el número de personas en la Tierra será muy pequeño, debido a los juicios de los últimos días de la Tribulación, pero ese número crecerá rápidamente, ya que no habrá guerras y, sin duda, no habrá plagas ni muchas enfermedades durante el Milenio. En este caso, no estamos hablando de la Iglesia o de los creyentes, sino de personas “normales” que, por la misericordia de Dios, sobrevivirán a Sus juicios en la Tierra.

Jesús no solo reinará en esta Tierra durante mil años, sino que los cristianos también estarán involucrados en este reinado. Aquellos que se han preparado, reinarán con Él (Ap 20:4). Muchos creyentes tienen sus corazones y mentes enfocados “en el cielo”, pero Dios aún no ha terminado Su obra en esta Tierra.

Aunque es bueno “poner la mira en las cosas de arriba” (Col 3:2), debemos estar conscientes y enfocarnos en lo que Dios está planeando. Necesitamos entender lo que realmente va a pasar. Después del regreso de Jesús, Su plan es pasar mil años más en

esta Tierra. Solo después de este reinado milenial, habrá “un cielo nuevo y una tierra nueva” (Apocalipsis 21:1), que es lo que muchos consideran “el cielo”.

A la luz de los hechos anteriores, tal vez, como cristianos, deberíamos reconsiderar nuestras creencias actuales sobre la Tierra y cuál debería ser nuestro papel en ella. Quizás deberíamos abandonar nuestra filosofía escapista e imaginar que Dios aún no ha terminado la obra en la Tierra, ni en nosotros. No me refiero a un nuevo plan para mejorar el medio ambiente o para poner fin a la guerra nuclear. Tampoco estoy recomendando ninguna acción social para mejorar la situación actual. Lo que propongo es que los creyentes se preparen para la próxima fase del plan de Dios para la Tierra de hoy: el Reino venidero.

Me imagino que hay algunos que no creen en un Reino futuro o que piensan que este ya existe aquí hoy o, incluso, que ya ha venido y se ha ido. Pero abordar estas dudas, conceptos erróneos o poca comprensión, es algo que realmente está fuera del alcance de este libro.

Basta decir que puede haber personas que no vean un Reino milenial (1000 años) en las Escrituras en el que Satanás será atado (Ap 20:3-7), lo que ciertamente aún no ha sucedido; en el que Jesucristo estará reinando sobre las naciones, con cetro de hierro, y ellas serán infinitamente obedientes a Su voluntad (Ap. 19:15); en el que el niño lactante jugará en la cueva de la serpiente, y los lobos se acostarán con los corderos (Is 11:6-8); en el que los hombres convertirán sus espadas en barras de arado y sus lanzas en podadoras; en el que no habrá más guerras (Is 2:4); en el que Cristo reinará físicamente en la Tierra (1 Cor 15:25; Ap 20:6; Is 24:23), dividiendo la Tierra de Israel entre las doce tribus (Ez 48) y reconstruyendo el Templo (Ez 40-43; Zac 6:12-13). Si estas personas no ven un Reino de Cristo, físico y terrenal, entonces no sé cómo convencerlas. No hay forma de probar nada sobre las Escrituras, si la persona no está abierta a ello.

Sin embargo, si hay quienes no están seguros de estas verdades y están genuinamente interesados en una mejor comprensión del Reino venidero de Dios, a esos les sugiero que vayan a una buena librería cristiana, compren algunos libros de autores que

creen literalmente en la Biblia, tal como está escrita, y estudien un poco. También se incluye una lista parcial de las Escrituras sobre el Reino al final de este libro, para el estudiante de la Biblia devoto. Ellos (los creyentes) reinarán sobre la Tierra con Él durante mil años (Ap 5:10; 20:6).

Con el Reino terrenal de Jesucristo, se cumple la promesa de Dios al rey David de que no faltaría alguien de su linaje para sentarse en Su trono (2 Sam 7:12; Jn 7:42); además, se cumple el mandato de Dios a Adán para que gobernara sobre la Tierra (Gén 1:28); el reposo sabático para el pueblo de Dios (Heb 4:1); el día del Señor (1 Tes. 5:2); y más, mucho más. Qué bendición es el hecho de que nosotros, el pueblo de Dios, podamos ser parte de ese reinado con Él. La participación de los creyentes en el Reino milenial de Cristo es una de las partes más pasadas por alto del Evangelio. Muy a menudo nos saltamos este tema y nos enfocamos en ir al cielo, a la eternidad.

Sí, debemos poner nuestra mira en las cosas de arriba, y es cierto que nuestra recompensa está reservada para nosotros en el cielo, pero la Biblia enseña que cuando Jesús regrese, traerá estas recompensas con Él (Ap 22:12). No estoy sugiriendo que llenemos nuestras mentes con cosas terrenales, sino que nos preparemos para traer cosas celestiales a la Tierra. Esto es parte del Evangelio. El reinado de Cristo es una parte indispensable de la razón por la cual Él vino y de lo que aún debe hacer. Y nuestro papel en este plan es de suma importancia. La idea de la venida de este Reino es tan importante en el Evangelio que, cuando Jesús enseñó a Sus discípulos a orar, la primera petición que hizo fue: “Venga tu Reino... como en el cielo, así también en la tierra” (Mt 6:10).

Debe ser significativo para nosotros que lo primero que nuestro Señor nos enseñó a pedir fue por la llegada del Reino de Dios a la Tierra. Además, una gran cantidad de parábolas que enseñó trataban de la venida del Reino y lo describían. Ciertamente, no debemos tratar este asunto como si no tuviera importancia o consecuencias. Además, como se acerca el regreso del Señor, esto es algo que todos los hijos de Dios deben considerar con seriedad y detenimiento.

No hay forma de que el pueblo de Dios evite el Reino. Es parte del plan de la Tierra, en el que todos participaremos, de una forma u otra. La sorprendente verdad, pero no ampliamente anunciada, es que lo que hacemos hoy tiene mucho que ver con cual será nuestro papel en el Reino venidero. No importa la edad que tengamos, nuestro tiempo en la Tierra no está por terminar. Todavía tenemos, al menos, mil años para trabajar juntamente con el Señor para el cumplimiento de Sus propósitos en este mundo.

Nuestra fidelidad, nuestra diligencia y, de hecho, toda nuestra forma de vivir en este mundo actual, serán los factores determinantes del papel que nos dará Cristo en Su Reino cuando regrese. ¿Podría esto ser una sorpresa? Incluso en este mundo, la gente otorga puestos de responsabilidad y honor a quienes son buenos trabajadores y demuestran ser dignos de confianza. ¿No dijo Jesús que recompensará a cada uno según sus obras? (Ap 22:12, 1 Co 3:14). Eso es exactamente lo que hará.

Teniendo esto en cuenta, en los siguientes capítulos examinaremos varios aspectos del Reino que tienen gran relevancia para nosotros hoy. Muchas de estas verdades pueden parecer alarmantes, pero les pido, por su propio bien, que no cierren su mente a ellas. Después de leer este libro, examine las Escrituras por sí mismo para ver si estas cosas son ciertas. De ninguna manera se deje convencer por un individuo, aunque tenga buenas intenciones, sin antes estudiarlo profundamente.

El Reino venidero tiene mucho que ver con usted, y nadie más puede cambiar su participación en él. “De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí”. (Rom 14:12).

“Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes”. (Mt 8:11,12).

## 2.

## LOS DOS "REINOS"

Antes de continuar avanzando en este libro, debe aclararse algo, para que los lectores entiendan bien el mensaje: el "Reino de los Cielos" no es lo mismo que "el cielo". Permítanme decirlo nuevamente: cuando en el Nuevo Testamento se usa la expresión "el Reino de los Cielos", no se refiere al "cielo" en sí. En lugar de esto, se refiere al Reino Milenial del que hemos estado hablando.

Es fácil cometer tal error si no leemos la Biblia con atención. Dado que muchos creyentes han escuchado una enorme cantidad de enseñanzas y predicaciones sobre el cielo como nuestro destino, es fácil leer sobre el "Reino de los Cielos" y pensar automáticamente en "el cielo".

Sin embargo, como veremos en este libro, esta expresión tiene un significado diferente y muy importante.

Quizás, el elemento de confusión en la expresión "el Reino de los Cielos" es el complemento "de los cielos". Lo que esta expresión realmente significa es que el Reino terrenal venidero tiene su origen en el cielo, es decir, que es celestial en su naturaleza y contenido.

Pero es un Reino *del* cielo, no *en el* cielo. No es el cielo sobre el que la Biblia habla en otros lugares.

Dios reina con supremacía en el cielo. El cielo es el lugar de Su autoridad, el punto desde el cual Él gobierna todo el universo. Las palabras "de los cielos", entonces, se refieren al origen de ese Reino sobre el cual Jesús testificó. Es el lugar de donde viene el Reino, no el destino al que vamos.

Una vez más, la oración que Él les enseñó a los discípulos muestra claramente a qué se refiere: “Venga tu Reino [...] así en la tierra como en el cielo” (Mt 6:10). La oración de Jesús era para que el Reino celestial del Padre se manifestara totalmente en la Tierra. Entonces, vemos que, aunque el Reino de los Cielos es celestial en origen y carácter, no es lo mismo que “cielo”.

Es interesante notar que, de todos los escritores del Nuevo Testamento, solo Mateo usa la expresión “El Reino de los Cielos”. Todos los demás escritores usan “El Reino de Dios”. Comparando los cuatro evangelios, cuando los escritores están citando las mismas parábolas de Jesús, Mateo usa “El Reino de los Cielos”, y los otros tres dicen “El Reino de Dios”. Esto nos muestra que estos términos se usan indistintamente en la Palabra inspirada. No hay diferencia entre ellos. Tal observación también refuerza la idea de que el “Reino de los Cielos” no es el “cielo”, sino el Reino de Dios, que vendrá a esta Tierra cuando Jesús regrese.

La importancia de la distinción entre “Reino de los Cielos” y “cielo” aparece cuando leemos las parábolas en las que Jesús enseñó acerca de ese Reino. Si aplicamos las “parábolas del Reino” al “cielo”, entonces podemos llegar a cierta confusión e incluso a ideas equivocadas. Pero cuando las aplicamos correctamente al Reino terrenal venidero de Jesucristo, la verdad de Dios se vuelve mucho más clara. Esto es exactamente lo que haremos en los próximos capítulos de este libro.

El pueblo judío que estaba escuchando las enseñanzas de Jesús no tuvo ningún problema en entender que se estaba refiriendo a un Reino terrenal. Al contrario, muchos de ellos tenían dificultades para imaginar los aspectos espirituales de ese Reino. Durante siglos, habían esperado al Rey Mesías que los libraría de la esclavitud. Conocían muy bien la profecía de las Escrituras, que Uno vendría a sentarse en el Trono de David para reinar sobre ellos (Is 9:7). Cuando Herodes preguntó a los escribas sobre el lugar de nacimiento del Mesías, sabían la ubicación exacta.

La venida de un Rey para establecer un Reino terrenal no era un secreto para ellos. Era exactamente lo que esperaban. Lo que no entendieron es que la profecía de la venida de Jesús consistía en dos eventos. Hubo una primera venida, y habrá una segunda,

la que todos los verdaderos creyentes están esperando. Es en esta segunda venida que Él establecerá Su Reino físico y terrenal.

## DOS ASPECTOS DEL REINO

Lo que los judíos no entendieron entonces, pero que ahora sabemos, es que estas dos venidas de Cristo corresponden a los dos aspectos del Reino de Dios. Primero, está la experiencia espiritual actual del Reino, en la que los cristianos pueden entrar; y, en segundo lugar, está la manifestación exterior venidera del Reino en esta Tierra.

En la actualidad, podemos experimentar el Reino espiritualmente y, algún día, muy pronto, vendrá físicamente a la Tierra. Por un lado, refiriéndose al primero, Jesús dijo: "Mi Reino no es de este mundo" (Jn 18:36). Pero, por otro lado, las Escrituras dicen: "Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo..." (Ap 11:15).

Aunque el aspecto espiritual del Reino, anunciado en la primera venida de Cristo, y su manifestación visible, que comenzará con la segunda venida, están separados por dos mil años, tienen mucho en común. De hecho, son inseparables y están completamente interrelacionados.

Para transmitir una comprensión clara de estas dos facetas del Reino de Dios, puede ser necesario hablar primero sobre lo que es un reino. Un reino es un área geográfica determinada, que está gobernada por un rey. Un reino es también un grupo de personas que están sujetas a la voluntad y las órdenes de un rey en particular. Las dos definiciones encajan exactamente con los dos aspectos del reino de los que hemos estado hablando.

Con su primera venida, Cristo unió a un pueblo en torno a Él. Con la segunda, establecerá Su soberanía legítima sobre este mundo. Su primer advenimiento introdujo la declaración de Su señorío sobre los corazones y las vidas de los hombres dispuestos a someterse a Él; y el segundo introducirá la afirmación de Su reinado sobre todos los habitantes de la Tierra.

Hoy en día, en la mayoría de los países, la gente presenta cierto problema para entender el concepto de "rey". Hay muy pocos gobernantes en la actualidad que afirman ser reyes, y los

que lo hacen (excepto, quizás, en el Medio Oriente) ejercen actualmente muy poca autoridad. La idea de inclinarse frente a alguien y ser obediente a su más mínimo deseo es ajena y hasta repulsiva para nosotros.

La simple idea de no tener el control de sus propias vidas ni siquiera entra en la cabeza de muchos hombres. Nosotros, especialmente en el “Occidente”, estamos acostumbrados a la “libertad”, y cualquier “rey” que se presente tendrá cierta dificultad para imponernos su influencia. ¡Qué triste! Tal es la situación actual con Jesucristo y gran parte de Su Iglesia. Nosotros, Su pueblo, le pertenecemos legítimamente, pero estamos muy poco sometidos a Su autoridad.

Una palabra que quizás describa mejor lo que la palabra bíblica “rey” debería significar para nosotros es la palabra “dictador”. Esta es una palabra que puede entenderse en nuestro mundo. Nos lleva a la idea de un hombre que ejerce un poder absoluto. Su palabra es la ley y nadie se atreve a desobedecer. Esto es lo que la Biblia realmente quiere decir cuando usa la palabra “rey” (la palabra “señor”, por cierto, tiene un significado similar). Aunque “dictador” puede traernos la idea de severidad o crueldad, diferente a lo que nuestro Rey Jesús es, el concepto de poder y autoridad absoluto es exactamente acertado. Dios hizo a este mismo Jesús, que fue crucificado, Rey y Señor. De hecho, Él es el Rey de reyes y el Señor de señores (Ap 19:16). Es a Él a quien nos debemos someter y es a Él a quien debemos obedecer.

Ahora, con eso en mente, podemos hablar un poco sobre el Reino de Dios. El Reino de Dios, o el Reino de los Cielos, es la esfera sobre la cual se extiende la autoridad de Dios. Consiste en el territorio y los seres sobre los que reina. Creemos que la mayor parte del Universo entra en esta categoría.

Una excepción es esta Tierra y la mayoría de las personas que viven en ella. La Biblia nos enseña que este mundo está actualmente en manos del diablo, que es el príncipe sobre él y sobre sus habitantes (Jn 14:30). Aunque Jesús lo derrotó en la cruz, esta victoria aún no se ha manifestado plenamente. Dios está ahora en el proceso de establecer Su autoridad legítima sobre este mundo.

Cuando Jesús regrese, el diablo será encadenado por mil años (Ap 20:1-3), y Jesús reinará con supremacía sobre toda la Tierra.

Conforme a lo mencionado anteriormente, el primer lugar sobre el cual Él está comenzando a reinar y donde está trabajando hoy es en los corazones y en las vidas de los hombres y las mujeres. A través de los eventos de Su primer advenimiento, Jesucristo demostró Su derecho a trasladar a las personas de este reino de tinieblas a Su propio reino de luz. Él redimió a la humanidad con Su propia sangre preciosa y nos compró para Su propia posesión. ¡Ahora somos legítimamente Suyos!

Si bien alguna vez fuimos obedientes al malvado soberano de esta era, ahora ya no necesitamos someternos a él. Jesús nos liberó. Aunque éramos de Dios, porque Él nos hizo, Satanás usurpó esa autoridad en el Jardín del Edén a través de la tentación de Adán y Eva. Ahora, Jesucristo está en el proceso de recuperarnos de esta caída y restaurar Su reinado sobre Su pueblo. ¡Aleluya!

## NUESTRA VOLUNTAD ES ESENCIAL

Sin embargo, hay un aspecto muy interesante del Reino de Cristo al que debemos prestar mucha atención. Jesús solo reinará sobre aquellos que estén dispuestos a someterse a Su reinado. Él será Rey solo para aquellos que quieren que Él sea Rey.

Cuando Él vino en persona a los judíos, en Israel, la mayoría lo rechazó. En un momento, sus líderes (que se suponía que estaban esperando al Mesías) declararon: “No tenemos más rey que César” (Jn 19:15). Y todavía sigue siendo así en la actualidad. Podemos aceptar o rechazar la soberanía de Jesucristo. Pero llegará el día en que esta opción expirará. Cuando Jesucristo regrese, las Escrituras nos dicen que toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor (Flp 2:10,11). En esta ocasión, Él subyugará poderosamente a toda la Tierra y también subyugará a todos sus habitantes para Sí mismo (Lc 19:27).

Hoy en día, en los círculos evangélicos, una persona puede escuchar a muchos predicando sobre “aceptar a Jesús”, “confiar en Jesús” o “pedirle a Jesús que entre en su vida”. Estas cosas son verdaderas, correctas y buenas. No obstante, esta no es la historia completa.

Lo que parece faltar en este tipo de predicación es que cuando recibimos a Jesús, lo recibimos por lo que Él es: Rey y Señor. Cuando los primeros discípulos predicaban, predicaban sobre el “Señor” Jesucristo.

Proclamaban a un Cristo que deseaba una fidelidad total, que pedía un compromiso total para el resto de sus vidas y que requería una separación de todo lo que no encajaba en Su reino. Por eso vieron resultados tan maravillosos.

Esos predicadores no enfatizaban lo que Cristo podía hacer por la gente, pero sí anunciaban cuál era la responsabilidad del pueblo hacia Dios. Sabían quién era Jesús. Él era el Rey prometido desde hace mucho tiempo, y ellos fueron lo suficientemente sabios como para someterse por completo a Él. ¡Cómo nos ayudaría una buena dosis de ese tipo de predicación en la actualidad! ¡Cuánto necesitamos seguir su ejemplo!

Esta es una explicación de por qué hoy tenemos tantos conversos al cristianismo que son indiferentes y poco sinceros. Les decimos cosas como: “Si aceptas a Jesús, Él te hará feliz, te hará sentir bien y te ayudará en tu vida”. Jesús, en cambio, predicó: “Arrepentíos (cambien su forma de pensar y acepten lo que Dios dice acerca de sus pecados), porque el Reino de los Cielos se ha acercado” (Mt 4:17).

Este es el problema. Cuando llevamos a alguien a aceptar a Jesús sin aclarar bien el compromiso total que se requiere, al principio las cosas pueden ir bien, pero tarde o temprano, Jesús comenzará a reclamar Su legítima soberanía sobre la vida de esa persona. Dado que a estos conversos no se los ha preparado para nada como esto, a menudo terminan dejando de caminar con Jesús. O, muchas veces, comienza una larga y dolorosa lucha con Dios sobre quién debe gobernar su vida.

Podríamos salvar a la gente de este problema con facilidad tan solo diciéndoles la verdad desde el principio. Digámosles francamente que ni siquiera deberían comenzar a construir una torre sin antes sentarse a hacer todos los cálculos de los costos.

Me temo que estamos simplificando demasiado el evangelio para obtener “un gran número” de “salvos”, cuando, en realidad, no estamos haciendo nada, ni por Dios ni por ellos.

También es sencillo inmunizar a los conversos con el cristianismo fácil, haciéndoles mucho más difícil entender la verdad más adelante.

El evangelio del Reino es el evangelio que predicó Jesús. Debemos arrepentirnos, porque existe y se ha anunciado un Reino espiritual en el que Dios debe tener control absoluto sobre cada aspecto de nuestra vida. Debe gobernar nuestras mentes, nuestras emociones y nuestra voluntad. Nuestros cuerpos deben ser Suyos para ser usados para promover Sus planes y propósitos. Nuestro dinero, nuestro futuro, nuestras esperanzas y nuestros sueños, todas estas cosas tienen que estar completamente sometidas a la autoridad de nuestro Rey.

Además, hay una manifestación externa y terrenal de este Reino que pronto vendrá a esta Tierra en la que podemos participar si estamos dispuestos. En realidad, no hay otro evangelio. Aunque generalmente se escuchan otros aspectos, esto es lo que de verdad enseña la Biblia.

El Reino de Dios actual es un Reino interior y espiritual. Es un Reino que no tiene una apariencia visible (Lc 17:20,21). Esto significa que aún no se ha manifestado externamente. La sujeción del corazón de un hombre a Jesucristo es algo oculto. Para entrar en ese Reino, que es de naturaleza espiritual, primero se requiere un nuevo nacimiento espiritual. Así como nacemos físicamente para entrar en este mundo, también necesitamos nacer de nuevo, del Espíritu de Dios, para entrar en el Reino espiritual de Dios (Jn 3:5).

Este nuevo nacimiento requiere un elemento de sumisión a Dios: para tenerlo, debemos arrepentirnos de nuestros pecados y admitir el derecho de Jesús a la soberanía sobre nuestras vidas. En ese proceso, Él nos limpia de nuestros pecados con Su sangre preciosa y nos hace uno con Dios.

Una vez que ingresamos a la esfera del reinado de Dios sobre nosotros, es esencial que sigamos sometiéndonos a Él si queremos continuar experimentando el presente Reino de Dios. Desafortunadamente, después de entrar en el Reino de Dios, también es posible rebelarnos contra Él más adelante.

Como se mencionó anteriormente, Jesús hoy reina solo sobre aquellos que quieren que Él lo haga. Así como nuestra

entrada al Reino depende de nuestra disposición de cumplir con ciertos requisitos, también es crucial que mantengamos esa disposición si hemos de ser Sus súbditos. Dios no obligará a nadie a aceptarlo. Si no queremos que Él sea nuestro Rey, no lo será. Todos debemos elegir.

Me gustaría enfatizar aquí que hay una elección que debemos hacer todos los días, incluso en cada minuto de cada día. Hay una batalla constante. Satanás quiere mantener el control sobre nuestras vidas y mantenernos sumisos a él.

Lamentablemente, todavía hay una naturaleza vieja dentro de nosotros, producto de nuestro primer nacimiento natural, que se alinea con el diablo contra Dios. Pero Jesucristo ha conquistado todo lo que está dentro de nosotros y todo lo que hay en el mundo, que es la esfera del diablo.

La nueva vida, con la nueva naturaleza que nació dentro de nosotros, tiene el poder de superar toda oposición. Dentro de nosotros, hay un poder sobrenatural para derrotar a Satanás y su reino.

Sin embargo, el punto esencial es nuestra voluntad. Necesitamos estar completamente dispuestos a someternos a Dios. Si lo estamos, Él nos dará el poder para vencer. Si no estamos dispuestos, ya sea de forma consciente o no, terminaremos siendo siervos del diablo. ¡Cuántos cristianos caen en esto! Pertenecen a Dios, pero en su vida diaria están persiguiendo las cosas de este mundo y su propio placer, y así se vuelven esclavos del soberano de este mundo.

¡Oh, cómo nosotros, los creyentes, necesitamos someternos totalmente, sin reservas, a nuestro justo Señor y Creador! ¡Qué vergüenza es cuando caminamos a nuestro parecer, y qué gloria para Dios cuando queremos vivir en Su Reino y permitimos que sea el Señor de nuestras vidas!

Por tanto, vemos que hay dos aspectos del Reino de Dios. Está la realidad espiritual presente, de la cual podemos ser parte, y está la manifestación terrenal venidera de ella. Como ya se dijo, nuestro papel en el Reino venidero tiene todo que ver con nuestra participación en el actual.

¡No se deje engañar! Nadie que se sirva a sí mismo hoy será recompensado mañana. El Reino de los Cielos, que está por venir, no está separado del que podemos experimentar hoy. En realidad, son lo mismo. Tienen un Rey, un propósito y una realidad. Le suplico que se someta a Dios hoy.

Esta página fue dejada intencionalmente en blanco.

## 3.

## UNA BREVE CRONOLOGÍA

La cronología es “la ciencia de determinar los períodos en los que ocurrieron ciertos acontecimientos y de organizarlos en el orden en que sucedieron” (definición traducida proveniente de *Webster’s New Universal Unabridged Dictionary* [New York: Simon & Schuster, 1979]). Cronología bíblica es, entonces, la ciencia que reúne, en orden de ocurrencia, los eventos y las fechas encontradas en la Biblia. Este capítulo es una simple revisión del calendario de Dios para Su obra en esta Tierra y nuestra ubicación aproximada en este.

En la Biblia leemos: “Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día” (Éx 20:11). La obra de Dios de creación y restauración de esta Tierra actual demoró seis días, seguidos de un séptimo día de descanso. Dios no decidió tomar semanas, meses o miles de millones de años para llevar a cabo Su obra (el hecho de que la geología y otras ciencias parece indicar que la Tierra es más antigua se abordará en el capítulo 5).

Nuestro Dios puede hacer cualquier cosa. Podría haber creado el Universo en seis minutos, si lo hubiese querido. Debemos imaginar que el tiempo mismo es una invención de Dios, y que Él lo está usando para cumplir Sus propósitos. El hecho de que estemos sujetos al tiempo no significa que Él también lo esté. Él existe eternamente y es Todopoderoso; no hay limitación alguna en Él.

Sin embargo, nuestro verdadero propósito aquí es examinar la razón por la cual Dios hizo los cielos y la Tierra en seis días

y descansó en el séptimo. ¿Por qué hizo las cosas de esta manera? ¿Por qué no las terminó en ocho, en cinco o incluso cincuenta días? Dado que no hay nada accidental registrado en la Biblia, o que no tenga significado para nosotros, puede haber algo que podamos deducir sobre Dios y Su creación. Por este motivo, el resto de este capítulo será una investigación de los siete días de Dios.

Hay otro versículo significativo en la Biblia que también habla de “días”. Pedro, en su segunda epístola, plantea la cuestión sobre el fin de los tiempos y la segunda venida del Señor. En este contexto, él dice: “Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día.” (2 Pe 3:8).

En este versículo está la clave para comprender los seis días de la creación. Contiene un hecho que el escritor consideró muy importante y que deseaba que los creyentes no ignorasen. Aquí, encontramos una ecuación simple: un día es igual a mil años y mil años son iguales a un día.

Para ir un poco más allá, podemos decir que un día de la creación representa mil años del tiempo que Dios dio al hombre en esta Tierra, y mil años corresponden a un día de la creación. Temo que algunos de ustedes crean que estoy yendo demasiado lejos, por lo que investiguemos un poco de cronología bíblica.

Aunque mucha gente no lo imagina, a lo largo de los años, algunos eruditos, hombres de Dios, han estudiado la cronología bíblica. Entre ellos se encuentran: Teófilo de Antioquía (s. III D. C.), Clemente de Alejandría (s. III D. C.), Eusebio (265-340 D. C.), Wm. Hales (1809 D. C.), J. N. Darby y Martin Anstey, solo por nombrar algunos. Una publicación que puede ser de interés para los lectores es “Chronology of the Old Testament” de Martin Anstey, Kregel Publicaciones, en Grand Rapids, MI.

Estos hombres, y muchos otros, han trazado la línea, que a veces es muy delgada, de fechas a través de las Escrituras para llegar a una idea bastante precisa de cuántos años han pasado desde la creación de Adán y Eva, así como los momentos en que ocurrieron eventos importantes, como el pacto de Dios con Abraham y la venida de Cristo.

Aunque no encontramos a dos de estos hombres coincidiendo en cada fecha, es interesante que, casi sin excepción, sus conclusiones están muy próximas entre sí. Dentro de un margen razonable de “error científico” y teniendo en cuenta la gran antigüedad de los documentos y las fechas con las que trabajaban, casi coincidieron. La diferencia aproximada entre las cuentas realizadas por uno y otro es de entre cien y doscientos años.

Ahora, para una persona sencilla como yo, un estudio tan profundo de la historia antigua está más allá de mi objetivo. Pero, ya que estos eruditos están razonablemente de acuerdo entre sí, me inclino a aceptar sus fundamentadas opiniones.

La breve cronología de Pedro el pescador es más acorde a mí. Sin embargo, lo sorprendente es ver cómo coinciden Pedro y los eruditos. Su estudio y la revelación de Pedro no se contradicen. Como se podría sospechar, la investigación intelectual honesta solo sirve para confirmar aún más la Palabra de Dios.

¿Ha considerado que, según la Biblia, la Tierra actual existe desde hace casi seis mil años? Desde los seis días de la creación hasta ahora han pasado unos seis mil años. Otra cosa interesante es que, desde el comienzo de este mundo hasta Abraham, pasaron dos mil años. De Abraham a Cristo, dos mil años más y desde el nacimiento de Cristo hasta hoy, dos mil años. Esto no es una coincidencia. El plan de Dios y Su forma de llevarlo a cabo desde la creación es muy metódico. No hay nada casual o incoherente en él. Las cosas están ocurriendo como Él quería que sucedieran y, a medida que pasa el tiempo, Su plan perfecto se desarrolla.

Supongamos que, cuando Pedro escribió que un día es como mil años, quería decir algo específico sin tratar de ser poético. Imagínese por un momento que, cuando Dios habló estas palabras a través de Pedro, nos estaba revelando algo que podría usarse a fin de entender Su calendario y que nos estaba hablando del fin de los tiempos.

Para dar un paso más, vamos creer exactamente lo que dice la Biblia y prestemos atención a esto. Dios eligió hacer la Tierra, el cielo, el mar y todo lo que hay en ellos en seis días porque ya había decidido que el tiempo del hombre en la Tierra sería de seis mil años (por supuesto que no olvidaremos el séptimo milenio).

Dado que el “Yo Soy” de la creación conoce tanto el principio como el final, Él planeó hacer las cosas de esa manera. Mucho más tarde, le reveló esto al apóstol Pedro para nuestra edificación y beneficio.

Todas estas observaciones apuntan a una cosa: nos acercamos con rapidez al final de esta era. Estamos muy cerca del momento de su conclusión. Nos encontramos en el umbral de la segunda venida de Cristo y del inicio de Su Reino Milenial (de mil años) en esta Tierra. Y todo esto corresponde exactamente a los seis días de la creación y al séptimo día del sábado de reposo.

La cronología simple de Pedro el pescador es correcta y está respaldada por todas las demás Escrituras. Las palabras proféticas de la Biblia, incluidas las palabras de Jesús con respecto a la restitución de Jerusalén a los judíos (Lc 21:24) y la venida del Reino Milenial de Cristo (Ap 20:4) señalan este hecho: nos estamos acercando rápidamente al final de los seis días, la culminación de los tiempos.

Todo esto lo dijimos para llegar a una conclusión: se acerca el séptimo día, un período de mil años, que corresponde al Reino Milenial de Jesucristo. Dios aún no ha terminado Su obra en la Tierra. Si Jesús regresara hoy, todavía le quedarían por lo menos mil años a esta Tierra. La próxima etapa para el pueblo de Dios no es el cielo. Los que ya están con el Señor regresarán con Él y lo ayudarán a establecer Su reino celestial en la Tierra (Jd 14).

Dios todavía tiene trabajo que hacer aquí en este mundo. Y Su pueblo tiene el privilegio de ayudarlo a hacerlo. Jesús está trabajando para someter a toda la Tierra ante Él. Todas las naciones, las personas que viven en ellas e incluso los animales y el medioambiente estarán bajo Su dominio. Este es el Reino de los Cielos que viene a la Tierra. Esta es la respuesta del Padre a la primera parte de la oración “Padre Nuestro”: “Venga tu Reino [...] así en la tierra como en el cielo”. (Mt 6:10).

Hagamos ahora un breve resumen. Dios siempre ha existido y existirá eternamente. Entonces, antes de que se creara la Tierra, Él ya existía, sin tiempo, en lo que se puede llamar la “eternidad pasada”.

En cierto momento, creó la Tierra y, después de una conversación consigo mismo, decidió hacer al hombre y ponerlo allí (Gn 1:26). En el proceso, también creó lo que llamamos “tiempo” y sometió al hombre a este. El proceso de creación de esta Tierra presente duró seis días, más uno de descanso, que corresponde al tiempo que Dios ha designado para que el hombre viva en la Tierra y cumpla Su propósito.

Estos siete días son un presagio de los siete mil años, durante los cuales el hombre debe habitar esta Tierra actual. Entonces, después de los últimos mil años que constituyen el Reino de Cristo, Dios disolverá tanto el viejo cielo como la vieja Tierra. Habrá un cielo nuevo y una tierra nueva. Esto es lo que la mayoría de la gente llama “eternidad”.

Para nuestros propósitos, la llamaremos “eternidad futura”. Al hombre se le permitió vivir en la Tierra durante un período de siete mil años entre las dos “eternidades”, la pasada y la futura.

Al final de los últimos mil años, la Nueva Jerusalén, la novia de Cristo, se ve descendiendo del cielo, cerca de Dios (Ap 21:10). Esta ciudad santa estará ubicada en la Nueva Tierra que Dios creará. La Nueva Jerusalén y la Nueva Tierra son a lo que la gente se refiere cuando habla de pasar la eternidad en el “cielo”. En realidad, no es el cielo existente, sino una creación nueva.

Por supuesto, la nueva creación será de naturaleza celestial. De hecho, será mucho mejor que el cielo actual, ya que el que ahora existe está contaminado por los ángeles caídos y pasará por completo (Mc 13:31). Si el cielo de hoy fuera lo que Dios considera perfecto, no habría necesidad de destruirlo (2 Pe 3:10-13).

No, lo que Dios ha preparado para los que lo aman es realmente glorioso. Es una creación completamente nueva, que no puede penetrar la mente humana, pero que Dios ha revelado a Sus siervos (1 Co 2:9-10).

Ahora, una advertencia: aunque esta pequeña cronología de eventos es muy simple, tampoco podemos estar seguros de los momentos exactos de cada evento. Se nos ha advertido sobre el orden de las cosas que vendrán, pero no sabemos cuándo ocurrirán exactamente. De hecho, las Escrituras nos dicen claramente que nadie sabe el día ni la hora (Mt 24:36).

En específico, no sabemos con certeza cuándo nuestro Señor Jesucristo regresará y anunciará el Reino Milenial. Dios nos ha dado las profecías y el calendario de seis mil años, pero nadie sabe con exactitud cuándo sucederán las cosas.

Ya se ha mencionado que los estudiosos de la cronología bíblica parecen estar de acuerdo en contar los años, con una diferencia de solo unos cien a doscientos años. Incluso ellos, aunque son sabios, no pueden estar seguros de la fecha.

Sabemos que pasarán unos dos mil años después de la primera venida de Cristo. Pero, ¿cuándo deberíamos empezar a contar? ¿Debemos contar desde Su muerte o desde Su nacimiento? Como saben, nuestro calendario comienza aproximadamente en Su fecha de nacimiento (de hecho, con un margen de error de tres a cinco años). El hecho de que la historia secular haya elegido esta fecha como punto de referencia no significa que Dios concuerde.

Un argumento muy poderoso puede ser que la muerte de Cristo en el Calvario es el verdadero punto central de la historia y el momento decisivo para la humanidad. Lo que quiero decir es que, aunque el año 2000 D. C. ha llegado y se ha ido, y Jesús aún no ha regresado, usted no debe renunciar a su fe. Dios no es holgazán, como los hombres consideran la holgazanería. Solo que no quiere que nadie perezca (2 Pe 3:9). Si tuviéramos que calcular los dos mil años desde Su muerte y resurrección, no deberíamos esperarlo antes del año 2030 D. C.

En realidad, el versículo en la segunda epístola de Pedro del que hemos estado hablando fue escrito para enfocarse en ese problema. Las personas que han estado esperando al Señor y aguardando Su venida se sentirán desencantadas y desilusionadas. Cerca del final, algunos incluso comenzarán a burlarse y preguntar: “¿Adónde se fue la promesa de Su venida?”. No hay duda de que muchos se estarán cuestionando de esta manera si Él tarda más de lo que pensamos que debería. Algunos maestros de la Biblia comenzarán a inventar nuevas doctrinas para enseñar a la gente a no esperar el Reino Milenial y/o la segunda venida. Muchos cristianos podrían incluso dejar de seguir a Jesús, porque predicadores que “profetizan” el advenimiento de Cristo los han entusiasmado una y otra vez, y, luego, los frustran cuando se

incumple dicha profecía. Hoy en día, cuando la maldad abunda, es muy tentador que nuestro amor por el Señor se enfríe. Mientras otros disfrutan de los placeres del pecado por un tiempo, Jesús nos pide que nos neguemos a nosotros mismos y lo sigamos.

Si Su venida no coincide con nuestras expectativas, podríamos sentirnos tentados a no creer y perder la fe. Yo mismo, cuando era joven en Cristo, esperaba que el regreso de Jesús fuese en el siglo XX. Pero, como Él aún no ha venido, por Su misericordia, no abandonaré mi fe, ni usted debe abandonar la suya. Nuestra fe no debería basarse en un calendario, sino en Él.

En verdad, las Escrituras enseñan que debemos vivir cada momento como si Él fuese a volver hoy. Nuestras vidas y nuestros corazones deben estar listos para Él. La actitud que debemos cultivar es la de observar y esperar constantemente. Si hacemos eso, estaremos listos.

Entonces Él nos encontrará haciendo Su voluntad. Mientras nos sometamos voluntariamente a Su señorío y vivamos en Su reino hoy, no habrá problema a futuro. “Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así” (Lc 12:43).

## UN BREVE RESUMEN DE LA CRONOLOGÍA DE DARBY

### Años

|                                                                                          |      |
|------------------------------------------------------------------------------------------|------|
| Desde la creación hasta el diluvio, cuando Noé tenía 600 años<br>(Gn 5:3-29; 7:11) ..... | 1656 |
| Desde el diluvio hasta el nacimiento de Taré<br>(Gn 11:10-25) .....                      | 222  |
| Cuando su padre murió a los 205 años,<br>Abraham tenía 75 .....                          | 130  |
| Lo cual fija su nacimiento, desde la creación en .....                                   | 2008 |
| Su entrada en la tierra de Canaán tuvo lugar 75 años más tarde<br>(Gn 12:4) .....        | 75   |
| Hasta el éxodo de Egipto<br>(Gn 15:13,16; Éx 12:40) .....                                | 430  |
| Hasta la construcción del templo 480 años más tarde.....                                 | 480  |
| Duración del reinado de Salomón, menos tres años<br>ya transcurridos (1 Re 6:1) .....    | 37   |

---

|                                                                       |      |
|-----------------------------------------------------------------------|------|
| Reyes de Israel y Judá, hasta el cautiverio en Babilonia .....        | 370  |
| Duración del cautiverio de 70 años,<br>y hasta Nehemías 80 años ..... | 150  |
| Sesenta y nueve “semanas”, menos 33 años<br>(Dn 9:26) .....           | 450  |
| Desde la creación hasta el nacimiento del Mesías .....                | 4000 |

## 4.

## EL DÍA DEL SEÑOR

El Día del Señor es el séptimo (y último) “día” de 1000 años de este mundo. Comienza con la aparición de Jesucristo —la “segunda venida”— y termina con la llegada del futuro eterno. El Día del Señor también es el Reino Milenial sobre el cual hemos estado hablando.

Algunos cristianos, sin darse cuenta de que el Día del Señor es un “día” de 1000 años de duración, a menudo se confunden cuando leen versículos relacionados con él. Esperamos que este capítulo ayude a aclarar algunas de esas confusiones.

Al menos una parte de la confusión de las personas sobre el Día del Señor surge del hecho de que, cuando la Biblia menciona el Día del Señor, no solo habla de que Jesús viene en las nubes y Su juicio de los santos, sino que también habla de cómo los cielos y la tierra serán deshechos, se quemarán y pasarán (2 Pe 3:10).

A partir de la lectura de versículos como estos, una persona podría creer que el regreso de Jesús es el principio de la eternidad. No es así. Al saber que el Día del Señor es un día de 1000 años, desaparece toda la perplejidad. Muchas cosas sucederán durante el Día del Señor y, en este capítulo, investigaremos algunas de las más importantes.

Uno de los primeros eventos que ocurrirán durante el Día del Señor es algo que ya mencionamos: el juicio de los creyentes. Cuando Jesucristo regrese, nos elevaremos para recibirlo en el aire y, luego, volveremos con Él a la Tierra para ayudarlo a establecer Su Reino Milenial.

*Después* del rapto (el término que algunas personas utilizan para el arrebatamiento al aire de los santos) y *antes* de que

comencemos a ejercer nuestra función en el Reino de Cristo, habrá un juicio. Todos compareceremos ante el tribunal de Cristo y le rendiremos cuentas de las cosas que hemos hecho mientras estábamos en nuestros cuerpos físicos (2 Co 5:10). La palabra “nosotros” aquí debe referirse a los creyentes, ya que es para ellos que se escribió esta epístola. Este juicio es diferente del juicio final de todas las personas al final del Milenio, que generalmente se denomina “el juicio del gran trono blanco”. Por otro lado, el “tribunal de Cristo” es *antes* del Milenio e involucra solo a los creyentes. En el primer juicio se evaluará lo que hemos hecho. Este juicio de los creyentes es un elemento esencial del Día del Señor.

Hay muchos aspectos interesantes al respecto que los cristianos deben comprender; sin embargo, la mayoría de esos aspectos se abordarán en los próximos capítulos. Basta con decir aquí que habrá una evaluación exhaustiva de los creyentes al comienzo del Día del Señor antes de su entrada con Él al Reino Milenial.

## EL RAPTO

Permítanme tomarme unos momentos para hablar sobre el rapto que indica el comienzo del Milenio. Este es el evento en el que todos los hijos de Dios son arrebatados de la tierra para recibir al Señor en el aire (1 Tes 4:17). En la descripción de este evento, Jesús dice que “dondequiera que estuviere el cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas [los buitres]” (Mt 24:28). Esta es una referencia a la gran cantidad de buitres que, a menudo, hacen círculos en el aire sobre el cadáver de un animal muerto.

No se ofenda por el uso de Jesús de una analogía sobre buitres. No se debe tomar ninguna connotación negativa de esto. Es, simplemente, el mejor ejemplo natural que podría usar y es algo que todos los de Su época podían entender. En la actualidad, esto es algo muy común en muchas partes del mundo.

Cuando aparezca el Señor, todos los creyentes se reunirán con Él. Sin importar dónde estemos, nos elevaremos en el aire y nos reunimos en el lugar donde Él esté. Lo recibiremos “en el aire” y, luego, regresaremos con Él a la tierra.

¿Y adónde vendrá Él? Vendrá a Jerusalén. Sus pies tocarán el Monte de los Olivos, la tierra se abrirá y muchos volarán a esta

grieta para buscar protección (Zac 14:4,5). Todos los creyentes serán testigos de este evento.

No solo los creyentes con vida serán arrebatados, sino que, al mismo tiempo, los muertos en Cristo se elevarán de sus tumbas y ascenderán también para recibirlo en el aire. “Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1 Tes 4:16,17).

Un amigo mío una vez me compartió una idea interesante sobre esta palabra “recibir”. Dijo que en los tiempos del Nuevo Testamento, cuando un rey victorioso regresaba a su ciudad con su ejército y todos sus cautivos, los habitantes de esa ciudad salían a *recibirlo y, luego, regresaban con él* para disfrutar de su celebración de victoria.

¡Qué imagen! Esto representa exactamente cómo se producirá el rapto. Ascenderemos para recibirlo en el aire y, luego, regresaremos con Él a la tierra. La razón de ser arrebatados parece ser, principalmente, para reunir a los creyentes en un solo lugar.

Cuando el Señor regrese, seremos arrebatados adonde Él esté, de modo que podamos regresar con Él hacia donde va: la tierra de Israel y la ciudad de Jerusalén.

Para evitar confusiones, debemos recordar una cosa: este evento *no* es el comienzo de la eternidad. Es solo la primera parte del Día del Señor, el día que todos deberíamos esperar con ansias.

Muchos han pensado que el juicio que ocurrirá en ese momento tendrá lugar mientras estamos suspendidos en el aire. Otros han especulado que iremos con el Señor de vuelta al cielo, esperamos un tiempo y regresaremos con Él, por lo que se necesitarían varias “apariciones” de Jesucristo al final de la era.

Sin embargo, parece posible que el juicio de los creyentes pueda tener lugar aquí en la Tierra. Una cosa que las escrituras nos dicen claramente es que habrá tal juicio y que estaremos involucrados en él. Otra cosa que podemos saber con certeza es que cuando seamos arrebatados, nuestros cuerpos estarán glorificados.

Leemos, “en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados” (1 Co 15:52).

¡Qué gloria habrá en ese día! Nuestros cuerpos caídos y viles se volverán celestiales. Los efectos malvados de la caída (la muerte que obra en nuestro cuerpo) se eliminarán por completo. Esta recepción de nuestro cuerpo glorificado es solo el comienzo, un paso preparatorio para nuestra herencia del Reino que Cristo está preparando. Observe que este versículo nos dice exactamente cuándo se producirá el rapto: “a la final (la última) trompeta”. La mayoría de los cristianos entienden que durante el período de tribulación hay siete trompetas que suenan (consulte Ap 8:2 y siguientes). Para que esta trompeta de la que habla Pablo sea la “última trompeta”, debe sonar necesariamente después de las siete mencionadas en Apocalipsis o podría ser la séptima. Ciertamente no podría sonar antes, ya que entonces no podía ser la “última” trompeta. Esto ubicaría el tiempo del rapto al final del período de la tribulación, o al menos cerca del final.

Otro pasaje que arroja luz sobre el momento en que ocurre este evento es Mateo 24:29-31, donde leemos: “inmediatamente *después* de la tribulación de aquellos días [...] Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos...”.

Aunque hay algunos que insistirían en que “escogidos” se refiere a los judíos y no a los cristianos, esta idea no encaja con las profecías del Antiguo Testamento que indican que las personas de la tierra (no los ángeles) traerán a los judíos de vuelta a Israel después del regreso del Señor (Is 49:22). Además, a menudo se hace referencia a los creyentes como los “escogidos de Dios” (Ro 8:33, Col 3:12, Lc 18:7).

En realidad, el tiempo del rapto no es el tema central de este libro. Tampoco debería ser un punto controversial. Simplemente ofrezco estos pensamientos para que el lector los contemple y forme sus propias conclusiones. Por lo tanto, no deje que esto lo distraiga del contenido del resto del libro. El tiempo del rapto tiene muy poca relevancia para el resto de este mensaje.

## EL DÍA DE REPOSO

Muchos de ustedes conocen de memoria el fragmento de las escrituras que dice: “Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día” (Éx 20:11). Este séptimo día es el día de reposo que para nosotros equivale al sábado. Es el día de reposo del Señor. No solo fue el reposo inicial de Dios, sino que también presagia un día más de reposo, el Día del Señor.

El Reino Milenial es el séptimo día de 1000 años, el cual también es un momento de descanso para Dios y Su pueblo. Aunque no es el reposo final ni el reposo completo que será eterno, aún es un reposo parcial que Dios tendrá; y nosotros, el pueblo de Dios, lo disfrutaremos con Él.

En los capítulos 3 y 4 de Hebreos, el escritor menciona este reposo de Dios que vendrá, y exhorta a sus lectores a trabajar para entrar en él, de modo que ninguno parezca no haberlo alcanzado (Heb 4:1). Podría ser útil para cada lector hacer una pausa aquí y leer estos dos capítulos (Hebreos 3 y 4) para ver cómo esta idea encaja en su contexto.

El día de reposo no solo es un presagio del reposo que tendremos con Dios en el Milenio, también es un tipo de reposo que ahora podemos tener en Jesucristo.

Hoy, espiritualmente, podemos entrar al reposo de Dios a través de Él. Podemos descansar de nuestras propias labores como Dios descansó de las Suyas. De hecho, esta es una clave infalible para una verdadera experiencia cristiana. Debemos aprender a dejar de trabajar, es decir, hacer lo que queremos hacer por nosotros mismos, para nosotros mismos y con nuestra propia energía, y reposar en Dios. No me malinterprete, este reposo no implica que no hagamos nada. Es solo el cese de hacer cosas con los esfuerzos y la energía propios.

Cuando los fariseos desafiaron a Jesús por no cumplir el día de reposo, Él dijo: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo” (Jn 5:17). A pesar de que Dios descansó de Sus labores después de haber creado los cielos y la tierra, Jesús nos dice que todavía está trabajando. Todavía está haciendo algo para cumplir Sus propósitos. La razón por la que Dios sigue trabajando es que Su enemigo,

el diablo, corrompió lo que Él hizo originalmente y surgió la necesidad de que hiciera algo más para cumplir Sus planes.

Sí, Jesucristo está trabajando hoy y debemos estar trabajando con Él. Debemos hacer "... buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (Ef 2:10). Sin embargo, tal trabajo también puede ser reposar.

Si Lo respetamos y confiamos en Su fuerza para hacer Su voluntad, encontraremos paz. Nos explica que Su yugo es fácil, y ligera Su carga, y que hallaremos descanso en hacer Su obra (Mt 11:29,30). Cuando notamos que nos estamos esforzando demasiado para servir al Señor —cuando nos damos cuenta de que estamos cansados y agotados—, apenas es una indicación de que no estamos experimentando el reposo de Dios. No hemos entrado al reposo sobrenatural disponible para nosotros. Por supuesto que sabemos que este reposo actual está incompleto. Durante el Día del Señor, disfrutaremos de un reposo incluso más profundo y, en la eternidad, un reposo pleno.

Una de las razones por las que podremos descansar durante los 1000 años es que Jesucristo vencerá a todos Sus enemigos. En las escrituras leemos que "preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies" (1 Co 15:25). Este reinado Milenial de Jesucristo es otro aspecto del Día del Señor. En este, Él va a establecer Su legítimo gobierno sobre toda la Tierra.

Todas las personas, las naciones, los animales e incluso la naturaleza misma se someterán ante Él. Leemos que regirá las naciones con vara de hierro (Ap 2:27). También se nos dice que los leones comerán paja como buey, y los niños estarán seguros alrededor de bestias ponzoñosas (Is 11:6-8). Suena a que toda la naturaleza cambiará y ahora estará en paz.

El último enemigo que será destruido será la muerte. Al final del Milenio, el Hijo victorioso entregará a Dios Padre el Reino que habrá sometido para Sí mismo, de modo que Dios tenga el completo dominio sobre todo lo que ha creado (1 Co 15:24-28).

Durante el reinado de Cristo, todas las cosas se corregirán. Detendrá la injusticia, eliminará el problema de la contaminación y no habrá más guerra (Mi 4:3). Todos los delitos cometidos se castigarán de una manera justa y equitativa que solo Dios podría

administrar. Las tantas cosas de nuestro mundo malvado actual, las cuales tanto nos desconciertan y afligen, se corregirán cuando Jesús regrese. Él gobernará este mundo perfectamente.

Otra cosa que será enormemente beneficiosa para Su corrección del desorden de este mundo es que el diablo estará encadenado durante 1000 años. Durante este tiempo, estará atado y será echado al abismo (Ap 20:2-3). La influencia de Satanás (su dominio sobre este mundo actual) será eliminada, y Jesucristo tomará Su lugar legítimo como Rey. Jesús reinará y establecerá Su Reino sobre los pueblos y las naciones de la Tierra.

Lamentablemente, este gobierno de Jesucristo será, en muchos casos, solo una subyugación aparente, pues los corazones que Él gobierna no estarán sometidos por completo a Él, sino solo en apariencia. Cuando el diablo sea desatado nuevamente por un breve período al final del reinado de 1000 años, todas las naciones lo seguirán en una rebelión contra el Señor (Ap 20:7-9).

Reunirán un ejército y rodearán a la ciudad santa para luchar contra Él y Sus santos. Esta insurrección terminará cuando caiga fuego del cielo y los consuma (Ap 20:9). Este trágico episodio ilustra gráficamente un hecho importante. El reinado Milenial no llegará a los corazones de todos los hombres. Aunque toda la Tierra estará sometida a Jesús de manera externa, es decir, en apariencia, internamente, la naturaleza malvada del hombre caído seguirá viviendo. La naturaleza pecaminosa que heredaron de Adán seguirá estando presente.

Aunque, en el exterior, puede haber rectitud con la desaparición de las manifestaciones visibles del pecado, los corazones de los hombres no cambiarán a menos que tengan una experiencia personal y real con Dios. Sin este ingrediente esencial, todos los pecados internos, como la codicia, la avaricia, la lujuria y el odio, las cosas que no siempre se pueden ver en el exterior, seguirán estando activas en los corazones de estas personas que habitan la Tierra durante el reinado de Cristo.

¡Cuán bendecidos estamos hoy por tener la oportunidad de conocer a Jesús personalmente, de que Su vida esté dentro de nuestro ser y de que nos limpie desde adentro hacia afuera! A través del Espíritu que mora en nosotros, Él puede purificar

nuestras vidas de la naturaleza tan pecaminosa que nos hace hacer cosas inmorales.

Puede salvarnos completamente de todo el mal que hay en nuestros corazones. Nosotros, los cristianos, no solo podemos dejar de hacer esas acciones pecaminosas externas, sino que también podemos cambiar internamente para ser como Jesús. ¡Qué salvación! Otro aspecto del reinado de Jesucristo de 1000 años es que es el cumplimiento de la promesa de Dios al rey David: nunca faltaría alguien de su linaje que se sentara en su trono. A David, el rey de Israel, se le prometió que uno de sus descendientes reinaría en su lugar para siempre (2 Sam 7:12,13). ¡Este descendiente es el “Príncipe de Paz”! Su Reino no tendrá límite (Is 9:6,7). Lo que Dios le prometió a David, Dios lo cumplirá y seremos parte de ello.

El reino de Cristo también es el cumplimiento de la promesa de Dios a Abraham de que su descendencia heredaría la tierra de Israel y la poseería para siempre (Gén 17:8). Cuando Jesucristo regrese, reunirá a todos los judíos de las naciones donde están esparcidos (cada uno de ellos), y los llevará de vuelta a la tierra de Israel (Ez 39:28).

Después de esto, Jesús, según el capítulo 48 de Ezequiel, redistribuirá esta tierra entre las doce tribus. Estos versículos en Ezequiel son lecturas muy interesantes y detallan la división de la tierra minuciosamente. También se menciona aquí el hecho de que habrá una franja de tierra que va del este al oeste llamada la tierra del Príncipe (Ez 48:21,22). Puede ser que en esta tierra el pueblo de Dios esté morando.

Desde la ciudad de Dios, llamada en ese tiempo “Jehová-sama” (Jehová allí), Él estará reinando (Ez 48:35). La simiente de Abraham, los judíos según el linaje terrenal, heredará la tierra que Dios prometió. Aquellos que sean “la simiente de la fe”, los creyentes judíos y gentiles del Nuevo Testamento, reinarán sobre la Tierra con Él. Este es el cumplimiento literal de las promesas de Dios una vez más. Por supuesto, no sabemos exactamente qué forma tendrá nuestro reinado con Cristo. Sin embargo, una cosa que sí sabemos es que estaremos en nuestros cuerpos glorificados, que son cuerpos como el que Jesucristo ha tenido después de Su resurrección. Este cuerpo no se limita al tiempo ni al espacio.

En la Biblia, se registra que Jesús atravesó paredes y aparentemente podía aparecer donde quisiera. Sin duda, nuestros nuevos cuerpos tendrán estas mismas capacidades. Por lo tanto, durante el reinado Milenial, nuestras capacidades probablemente no se limitarán en relación con el tiempo y el espacio.

Las escrituras no establecen específicamente si nuestra presencia y nuestro reinado durante este tiempo es algo que notarán por completo los habitantes de la Tierra. Aunque podemos ser visibles para ellos y podrían conocernos, es igualmente posible que no estemos en todo momento.

En la actualidad, existen gobernantes espirituales de este mundo liderados por el diablo que los hombres no ven, pero que, sin embargo, ejercen una influencia completa sobre ellos. La función de los creyentes en el Reino venidero podría ser similar a esto. Otra posibilidad es que funcionen de manera similar a los jueces del Antiguo Testamento (ver Mt 19:28). Aunque es imposible formar conclusiones definitivas, sabemos con certeza que reinaremos con Jesucristo en esta Tierra (Ap 5:10).

Los pueblos de la Tierra sobre los que reinarán los que están con Él son los descendientes de los hombres y las mujeres que sobrevivan a los juicios de Dios. Durante el período que se denomina como la “gran tribulación”, una gran parte de la población mundial será destruida por diversas plagas y juicios de Dios. Además, en la Batalla de Armagedón (que tendrá lugar justo antes del regreso de Jesucristo), literalmente millones de soldados morirán.

Es posible que solo dos o tres por ciento de las personas del mundo sobrevivan hasta el final. La Biblia describe la cantidad de personas en la tierra después de este tiempo como rebuscos en un árbol de oliva que han sacudido (un método para cosechar aceitunas) y como una vid después de que le han sacado el fruto (Is 17:6; 24:13).

Al cosechar, nadie deja la fruta que se alcanza fácilmente. Solo las pocas aceitunas que no están maduras son las que no se caen después de agitar el árbol. Además, solo esos pocos racimos pequeños de uvas escondidos detrás de algunas hojas son aquellos que los cosechadores no encuentran, entonces permanecen en la vid.

Esto podría llevarnos a un cálculo aproximado de dos o tres por ciento de las personas en la tierra que sobrevivirán al próximo período de juicio.

Ya que el mundo de hoy tiene más de 7000 millones de habitantes, entonces se podría especular que, si el 10 % sobrevive, quedarían 700 millones. Si sobrevive del dos al tres por ciento, quedarían solamente entre 130 y 210 millones. Es probable que estas se dispersen por todo el mundo de manera individual o en pequeños grupos de personas.

Para respaldar aún más la cantidad reducida, leemos que un ser humano será tan escaso como el oro y que un ser humano de sexo masculino será tan escaso como el “oro de Ofir” (Is 13:12).

En otras palabras, durante la primera parte del Milenio, los habitantes de la tierra no serán muchos. Pero mil años es mucho tiempo y estos hombres, sin duda, se multiplicarán. Sin guerras, con pocas enfermedades, si las hubiera, y sin varias otras calamidades naturales, aumentarán velozmente y la tierra se llenará rápido de nuevo.

En este proceso, el hecho de que los hombres vivirán mucho más tiempo será de ayuda, algo similar a la cantidad de tiempo que vivían las personas antes del diluvio.

Se nos dice que vivirán tanto como los árboles, que pueden vivir aproximadamente 600-900 años (Is 65:22). Además, leemos que alguien que muere a los cien años de edad será considerado un niño (Is 65:20).

## **EL BANQUETE DE BODAS**

No solo es el Día del Señor de 1000 años el día del juicio para los creyentes, un día de juicio para los no creyentes que se opongan a Él en la batalla de Armagedón, el séptimo día, el día de reposo y el día de restauración del Reino de Dios, sino también es el día de la boda del Señor.

Quizás muchos de ustedes han escuchado o leído acerca del banquete de bodas que se está preparando. El concepto general entre los cristianos parece ser que cuando el Señor regrese y nos encontremos con Él, todos se sentarán rápidamente alrededor de una mesa grande y comerán un formidable banquete.

Quizás habrá pavo o jamón o algo así (bueno, probablemente no jamón) y, luego, todos nos apresuraremos de vuelta a la Tierra para establecer el Reino.

Algunas personas creen que este festín se producirá en unos pocos días. Otros conjeturan que tomará semanas o, incluso, entre tres años y medio y siete años.

Pero, consideremos por un momento que este es el festín de bodas del Hijo de Dios. No es un evento pequeño o poco importante. Esta será la boda más significativa, supremamente santa y espectacular que haya tenido lugar en todo el universo. Este no será un festín de varios días o, incluso, de siete años. No habrá ninguna prisa en el festín de bodas de Dios.

Este festín se llevará a cabo durante 1000 años porque el Día del Señor también es el día de la boda del Señor, y es durante este “día” que estaremos festejando con un banquete. Jesús dijo: “Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en *mi reino* (Lc 22:29,30).

Otro versículo que respalda esta idea se encuentra en Mateo 8:11, donde leemos: “Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos”. Esta frase, “se sentarán”, significa literalmente “reclinarse” y habla sobre cómo los judíos en la época de Jesús se reclinaban cuando comían y celebraban un banquete juntos (consulte también Jn 13:25).

En tiempos bíblicos, parece que la manera en que la gente celebraba una boda era dar un gran banquete e invitar a todos sus amigos y familiares. Comenzaban en algún momento del día, quizás en la mañana, y empezaban a comer, beber y disfrutar. Todos los invitados la pasaban bien con sus parejas y familiares.

Celebraban el banquete durante todo el día hasta la noche, cuando el novio y la novia se iban para consumir el matrimonio. Así es exactamente como será el día de la boda del Señor.

Sabemos por las escrituras que la boda, el matrimonio del cordero, ocurre al *final* del Milenio (Ap 21:9-27). Ahí es cuando se consume el matrimonio de Jesucristo y Su santa novia. No será posible que la gente se coma las cosas de un bocado, salga corriendo para ir a reinar con Cristo 1000 años y solo entonces participe en

la boda. No, la cena del matrimonio de Jesucristo durará 1000 años. Nuestro reinado con Cristo, nuestro descanso con Cristo y nuestro banquete con Cristo son todos, simplemente, aspectos diferentes del mismo período. Este es el Reino Milenial.

En el libro de Apocalipsis, en las cartas a las siete iglesias, Jesús no solo habla de cómo nos sentaremos con Él en Su trono (reinado) (Ap 3:21) y regiremos las naciones con una vara de hierro (gobierno) (Ap 2:27), sino que Él también promete que comeremos el maná oculto y del árbol de la vida (banquete) (Ap 2:7,17). Estos versículos representan para nosotros tres de los aspectos del Reino en el que estaremos entrando.

Durante el reinado de 1000 años de Cristo, estaremos disfrutando un banquete. Estaremos en un banquete con Jesucristo y estaremos en un banquete en Jesucristo. Les explicó a Sus discípulos que Él es el pan de vida que descendió del cielo. Él es nuestro banquete. Ciertamente, en ese momento no necesitaremos pavo, pan o vino para sustentarnos. Nuestro deseo serán los elementos sobrenaturales de la vida divina de Jesucristo.

Hoy tenemos una muestra de esto. Ese día tendremos un bocado pleno. El nuevo vino abundará y el maná celestial se difundirá por todas partes. Ninguna de las personas escogidas por Dios tendrá hambre. Entonces, podremos disfrutar de un banquete en Jesucristo y estar plenamente satisfechos.

Por supuesto, es una buena idea preparar nuestros apetitos. No hay duda en mi mente de que nuestra capacidad para disfrutar a Dios en ese día dependerá en gran medida de cómo desarrollamos esa capacidad ahora mismo.

Si aprendemos a alimentarnos del Señor, de las escrituras y mediante la oración, y a tener momentos íntimos todos los días con Él en Su presencia, creo que nuestro disfrute de Él durante el reinado Milenial se ampliará en gran medida.

Diría que vale la pena que nos preparemos de esta manera. No solo seremos recompensados hoy por nuestros esfuerzos, sino que también seremos recompensados en gran medida en la era que vendrá.

## 5.

## EN EL COMIENZO

En el comienzo, Dios creó los cielos y la Tierra. Y como parte de este trabajo creativo, Él hizo muchos ángeles, uno de los cuales fue nombrado Lucifer. Él era el ángel más poderoso y hermoso que Dios hizo. Probablemente también fue el primero que creó.

En Isaías, capítulo 14, versículo 12, se lo denomina “oh Lucero, hijo de la mañana”. Este versículo habla sobre el hecho de que, en el principio de la creación, cuando Dios estaba comenzando Sus maravillosas obras, se creó al ángel Lucifer. No solo era el ángel más poderoso y con más autoridad, sino que también fue uno de los querubines y moró cerca de la mismísima presencia de Dios.

En el capítulo 28 de Ezequiel se revelan algunos datos muy interesantes sobre este Lucifer, conocido hoy como Satanás. Aunque aquí el profeta habla de alguien conocido como el “rey de Tiro”, casi todos los expositores de la Biblia coinciden en que este pasaje se refiere al diablo en su estado original. Ningún hombre o rey terrenal podría encajar con tal descripción. Leámoslo juntos, comenzando por el versículo 12, en la segunda mitad del versículo:

“Así ha dicho Jehová el Señor: Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estuviste; de toda piedra preciosa era tu vestidura; de cornerina, topacio, jaspe, crisólito, berilo y ónice; de zafiro, carbunclo, esmeralda y oro; los primores de tus tamboriles y flautas estuvieron preparados para ti en el día de tu creación.

Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste; en medio de las piedras de fuego

te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad.

A causa de la multitud de tus contrataciones fuiste lleno de iniquidad, y pecaste; por lo que yo te eché del monte de Dios, y te arrojé de entre las piedras del fuego, oh querubín protector.

Se enaltecíó tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra; delante de los reyes te pondré para que miren en ti.

Con la multitud de tus maldades y con la iniquidad de tus contrataciones profanaste tu santuario; yo, pues, saqué fuego de en medio de ti, el cual te consumió, y te puse en ceniza sobre la Tierra a los ojos de todos los que te miran. Todos los que te conocieron de entre los pueblos se maravillarán sobre ti; espanto serás, y para siempre dejarás de ser.” (Ez 28:12-19).

Qué tremendo pasaje de las escrituras es este, que nos revela la condición y la naturaleza de Satanás cuando fue creado originalmente. En la versión NVI se dice de él “Fuiste elegido querubín protector”. Lucifer fue uno de los querubines creados, elegidos y ungidos por Dios para una tarea especial sobre la cual hablaremos más en breve.

En la primera parte de Ezequiel podemos aprender más sobre los querubines. Sabemos, por ejemplo, que son criaturas aladas que tienen varios conjuntos de alas. En lugar de pies, tienen pezuñas, y cada criatura tiene cuatro caras en su cabeza, una en cada lado. En lugar de tener una parte posterior de la cabeza y dos costados, tienen cuatro caras. Una es como de hombre, una es como de león, una es como de querubín y la otra es como de águila.

También tienen otras características interesantes, como ruedas llenas de ojos que van con ellos adondequiera que vayan. Cuando se mueven, no giran a la dirección a la que van, sino que simplemente se mueven hacia esa dirección al instante, lo que parece violar las leyes de la naturaleza.

Por cierto, es muy probable que estos seres sean los mismos que los “seres vivientes” o las “bestias” que encontramos en el libro de Apocalipsis. Muchas veces, las escrituras mencionan que el trono de Dios está rodeado por querubines. Salmos 80, versículo 1, dice: “Que estás entre querubines, resplandece”. (Consulte también

2 Re 19:15, 1 Co 13:6, Is 37:16, 1 Sam 4:4, 2 Sam 6:2, Ap 4:6-8). En el libro de Apocalipsis, los “seres vivientes” son los que ocupan este puesto.

Es posible que note que, aunque Apocalipsis 4:6-8 describe a cada “ser viviente” como si tuviera un rostro diferente, Ezequiel ve que cada querubín tiene cuatro caras. ¿Por qué existe esta aparente discrepancia? El secreto es que Juan estaba viendo a estos querubines desde una sola dirección. Estos cuatro seres se paran a cada lado del trono de Dios y cada uno de ellos está frente a él.

Dado que Juan estaba mirando desde una sola dirección, vio solamente la cara correspondiente a ese lado de cada querubín. En consecuencia, le pareció que cada uno tenía una cara diferente. Sin embargo, Ezequiel ofrece una descripción más completa y explica que cada querubín tiene cuatro caras.

Aparentemente, Lucifer fue una vez uno de estos querubines. El deber de estos seres celestiales es rodear el trono de Dios y cubrir Su presencia. Con sus alas, ocultan la gloria y la majestuosidad del Altísimo Dios de cualquier potencial espectador. Estos querubines están constantemente en la presencia de Dios adorándolo y cubriendo Su gloria con sus alas (Ap 4:8).

Los querubines también aparecen de manera simbólica en la cima del arca del pacto que se instruyó construir a los hijos de Israel mientras viajaban por el desierto.

En la Biblia se habla del “propiciatorio”, que es la tapa superior del arca. Se nos dice que esta tapa era plana, estaba hecha de oro puro, y que a cada lado tenía un querubín también hecho de oro puro. Estos dos querubines se ubicaban en cada extremo con sus alas extendidas sobre la parte superior, casi tocándose en el centro sobre el arca (Éx 25:20). Era aquí, debajo de la cobertura de las alas de los querubines y por encima de la parte superior del arca, que aparecía la santa presencia de Dios.

El sumo sacerdote entraba al lugar santísimo una vez al año. Allí, rociaba la sangre de los sacrificios sobre la tapa. Cuando esparcía la sangre, la presencia de Dios se manifestaba y el Todopoderoso tenía comunión con el sacerdote desde entre los querubines dorados. Estos simbolizan a los querubines que cubren la gloria de Dios en los lugares celestiales.

Ahora sabemos quién era Lucifer. Sin duda, fue el primer ser angelical creado (Is 14:12) y, probablemente, ocupó la posición más alta en el universo. Era uno de los querubines.

No es imposible que también fuera el sumo sacerdote del universo y que liderara a toda la creación en adoración y alabanza del Altísimo Dios. Al menos sabemos que él entiende algo acerca de la religión, ya que ha iniciado muchas falsas. Quizás usa su experiencia antes de su rebeldía para hacerlo.

No solo sabemos que Satanás era grande en gloria, potencia y belleza cuando fue creado, también que cayó, se corrompió y comenzó a pecar. Comenzó a pensar que era muy importante y a exaltarse a sí mismo por su grandeza. Su orgullo fue su perdición. Debe haber pensado algo como esto: “Soy tan hermoso, tan poderoso; todas las demás criaturas del universo me respetan y me admiran. ¿Por qué necesito a Dios? ¿Por qué necesito someterme a Él y alabarle? Comenzaré a hacer las cosas por mi cuenta”. Y así lo hizo. Por supuesto, para poder hacer esto, necesitaba establecer su propio reino. Tuvo que alejar del Reino de Dios a numerosos seguidores, que lo alabarían a él y harían su voluntad en lugar de amar y obedecer a Dios. Estoy seguro de que descubrió que era imposible ser más recto, santo, justo, verdadero, perfecto y puro que Dios Todopoderoso. Así que tuvo que elegir algo diferente. Tuvo que basar su reino en otra cosa.

La Biblia nos dice que el diablo es el padre de las mentiras. Inventó esto para sí mismo. Se convirtió en el creador de todo tipo de pecado, estableciendo su reino en el odio, la oscuridad, la lujuria, la codicia, la corrupción, la mentira y todo tipo de mal imaginable. Cambió su naturaleza para ser lo opuesto a todo lo que Dios es. Y, sin duda, comenzó a visitar a otros seres en el universo para seducirlos a fin de que se unieran a su reino y lo siguieran en su rebelión contra el Altísimo. Como todos sabemos, en la actualidad, sigue dedicándose a esta misma actividad maligna.

## **¿CÓMO ES QUE SATANÁS SE CONVIRTIÓ EN GOBERNANTE?**

Es probable que Dios le haya dado la Tierra a Satanás como parte de su jurisdicción en algún momento antes de su caída.

Las escrituras no son explícitas acerca de estas cosas y, por lo tanto, solo podemos especular con respecto a algunas de estas ideas, sin embargo, sí sabemos que en algún momento el diablo obtuvo autoridad sobre la Tierra. Se lo llama el “príncipe de este mundo” (Jn 12:31, 14:30, 16:11).

También sabemos que a los ángeles a veces se los llama “estrellas” (Job 38:7, Dn 8:10, Ap 12:4). Es posible que, al principio, a cada ángel se le haya dado una estrella y los planetas circundantes, si los hubiera, sobre los cuales podían gobernar. Si esto es así, el dominio del diablo sería nuestro sistema solar, cuyo centro es el sol. Es interesante destacar cuántas de las antiguas religiones paganas adoraban al sol y, al hacerlo, en realidad estaban adorando al diablo. Incluso es posible que a los ángeles poderosos se les haya dado una galaxia para gobernarla.

Una cosa que sabemos con certeza es que el diablo es el gobernante de este mundo actual. Cuando estaba tentando a Jesús en el desierto, él afirmó tener autoridad sobre el mundo y el Señor no cuestionó tal autoridad. Solo lo reprendió citando las santas escrituras. Otros pasajes en las escrituras también nos muestran que el diablo tiene jurisdicción y autoridad sobre la Tierra (Jn 14:30, 16:11, 2 Co 4:4). Lo más probable es que esta autoridad se le haya dado antes de su rebelión, mientras todavía tenía su posición original ante Dios.

### ANTES DE LOS “SEIS DÍAS”

Dado que parece seguro suponer que Satanás (Lucifer), el máximo ser angelical que creó Dios, recibió este mundo como parte de su dominio antes de su caída, no podemos evitar preguntarnos cómo eran las cosas en ese momento. Aunque la Biblia no nos dice estas cosas específicamente, nos da algunas sugerencias a partir de las cuales podemos sacar algunas conclusiones razonables.

El libro de Génesis establece que Dios hizo en seis días los cielos, la Tierra y todo lo que hay en ellos. Sin embargo, esta información no explica cuándo se crearon los ángeles ni cuándo y cómo cayó Satanás. Tampoco nos dice cómo su caída afectó la Tierra sobre la cual gobernaba. Para investigar estas cosas, veamos el primer versículo en el libro de Génesis.

Leemos que: “En el comienzo, Dios creó los cielos y la Tierra” (Gén 1:1). Este primer versículo nos habla de la creación de Dios y podemos estar seguros de que cuando Dios crea algo, lo hace perfecto y hermoso en cada detalle.

Pero, sorprendentemente, el segundo versículo comienza así: “Y la Tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo” (Gén 1:2). Esto suena como si Dios hubiera creado una masa amorfa, un desierto oscuro y vacío y, luego, hubiera comenzado a trabajar en ella para mejorarla. Aunque es posible que Dios haya hecho las cosas de esta forma, o de cualquier otra manera que Él eligiera, el resto de Su trabajo creativo no se hizo de ese modo.

En realidad, hay una mejor interpretación del versículo dos. De hecho, existe una mejor traducción que nos ayudará a comprender con más claridad lo que dice el registro bíblico.

La cuarta palabra en el segundo versículo de Génesis se tradujo en la versión Reina Valera como “estaba”. “Y la Tierra estaba...”. La palabra original del hebreo también puede traducirse correctamente como “se volvió”. Es la misma palabra hebrea que se usó en la historia de Lot y su esposa, mientras escapaban de Sodoma y Gomorra, en la que leemos que la esposa de Lot “se volvió” una estatua de sal. En este caso, la esposa de Lot no era originalmente una estatua de sal, pero se convirtió en una como consecuencia del juicio de Dios sobre ella por su desobediencia.

Esta palabra hebrea puede traducirse correctamente como “estaba” o “se volvió”. Por lo tanto, sería aceptable traducir esta palabra como “se volvió” en el segundo versículo de Génesis, que entonces se leería así: “Y la Tierra se volvió desordenada y vacía”, lo que daría una perspectiva completamente nueva sobre este pasaje. Esta traducción da pie a muchas nuevas posibilidades sobre cómo comprender la creación de este mundo.

La frase “desordenada y vacía” también puede traducirse de manera diferente, al hacerlo, nos ayudará a ver con mayor claridad lo que sucedió. Las palabras hebreas aquí son “tohu wah bohu” y podrían interpretarse mejor como “desolada y vacía”.

Estas dos palabras hebreas, “tohu” y “bohu”, están juntas otras dos veces en los registros bíblicos. En ambos casos se refieren

al juicio de Dios sobre algo y su posterior destrucción (Is 34:11, Jer 4:23-27). No hablan de la creación, sino de ira y desolación (tenga en cuenta el contexto). En estos versículos se hace referencia al juicio de Dios sobre algo, lo que lo deja desolado y vacío.

Estas palabras, “tohu” y “bohu”, se encuentran por separado muchas otras veces en el Antiguo Testamento y la mayoría de las veces se refieren claramente al juicio de Dios, Su ira o la destrucción causada por Él. Solo algunas veces se pueden interpretar como algo positivo y ninguno de estos casos se refiere de manera concluyente a algo bueno.

Un pasaje que es particularmente sorprendente con respecto a este tema es Isaías 45:18, donde leemos: “Porque así dijo Jehová, que creó los cielos; él es Dios, el que formó la Tierra, el que la hizo y la compuso; no la creó en vano”. La palabra hebrea aquí para “en vano” es “tohu”. Claramente, Dios creó originalmente la Tierra sin que fuese “tohu” o “desordenada”, como la traducción actual nos haría creer.

Al vincular todos estos elementos, aparece una imagen. Se vuelve claro que, en el comienzo, Dios creó los cielos y la Tierra perfectamente, tal como esperaríamos, pero algo sucedió. En algún momento, algo ocurrió y la Tierra “se volvió desolada y vacía”.

Esto corresponde más lógicamente al momento de rebeldía de Satanás. Cuando el dios de este mundo se rebeló contra el único y verdadero Dios, corrompiéndose a sí mismo y corrompiendo su propia naturaleza, en el proceso corrompió el territorio sobre el cual gobernaba. Es muy probable que Dios, entonces, juzgara ese mundo y lo destruyera con un diluvio.

Esta es la condición en la que encontramos la Tierra en la segunda mitad de Génesis 1:2, cubierta de agua, en oscuridad y desolación. Aunque no se puede elaborar un argumento infalible a partir de este versículo y algunos otros que están asociados con él, mi impresión es que lo más probable es que haya sucedido de esta manera. Lo que se nos insinúa en el segundo versículo del primer capítulo de Génesis es la forma en que realmente ocurrieron las cosas. Para un estudio más detallado de este tema, consulte: *Earth's Earliest Ages*, G. H. Pember, (Grand Rapids: Kregel Publications, 1975).

Otro punto interesante es que esta palabra, “creó”, que se usó en el primer versículo de Génesis donde leemos: “Dios *creó* los cielos y la Tierra”, significa “hacer algo a partir de nada”. La mayoría de las otras palabras en el primer capítulo de Génesis que generalmente se traducen como “hizo” se refieren a algo que se construyó a partir de materiales que ya estaban presentes. La palabra “creó” con el significado de crear algo a partir de nada se usa solo dos veces más: en el versículo 21, cuando se habla sobre animales, y en los versículos 26 y 27, cuando se habla sobre la creación de la vida humana.

Los otros actos que Dios hizo durante lo que conocemos como “los seis días de la creación” son, probablemente, seis días de restauración, una restauración de la Tierra que Dios había creado originalmente. Un buen ejemplo de esto se encuentra en Génesis 1:11 cuando Dios dijo: “Produzca la Tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la Tierra”.

Es bastante posible que estas semillas que brotaron y comenzaron a producir muchas variedades de plantas ya estuvieran en la Tierra. La Tierra arruinada que Dios estaba restaurando posiblemente contenía semillas que Dios solo hizo germinar, brotar y comenzar a dar fruto. La Tierra “destruida” sobre la que leemos en el versículo 2 del capítulo 1 de Génesis se había inundado con agua.

En ausencia de luz solar, esta agua se habría congelado. Si anteriormente había luz, que fue retirada a consecuencia del juicio, esto daría como resultado una “era del hielo” repentina y generalizada que habría acabado con toda o casi toda la vida.

Probablemente, esta capa de hielo que cubría los océanos y gran parte de la tierra habría aislado las extremas profundidades del mar cerca de fuentes hidrotermales donde, posiblemente, podrían haber sobrevivido algunas formas de vida oceánicas. Esto podría explicar los peces que son “fósiles vivientes”, como el celacanto, que se encuentra a grandes profundidades. Estas ideas son, por supuesto, solo especulaciones y no tienen ninguna base sólida en las escrituras. Entonces, lo que podríamos tener en el primer capítulo de Génesis es un registro de que Dios restauró y recreó

algo que Él alguna vez había hecho perfecto y completo, pero que destruyó debido a Satanás y su rebelión.

Aunque no podemos demostrar ninguna de estas cosas de manera concluyente y no es nada en lo que basar nuestra fe, creo que usted verá, a medida que procedamos, cómo eso sirve mucho más para explicar cosas que para generar dudas, y cómo esta comprensión nos proporciona una imagen mucho más clara de lo que Dios está haciendo en la Tierra actualmente.

De hecho, un buen criterio para juzgar la veracidad de ciertas enseñanzas puede ser: que sirvan más para explicar que para confundir, es decir, que amplíen nuestra revelación sobre los propósitos de Dios en lugar de ocultarlos. Cualquier enseñanza sobre las escrituras que revele, ilumine y amplíe nuestra comprensión sobre Dios debería tener cierto peso.

## LA CAPA DE AGUA

Un dato interesante que vale la pena mencionar es que, durante lo que conocemos como los “seis días de la creación”, Dios suspendió una capa de agua sobre la atmósfera que cubría toda la Tierra. Esto se muestra en Génesis 1:6-8, donde leemos: “Luego dijo Dios: Haya expansión en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas. E hizo Dios la expansión, y separó las aguas que estaban debajo de la expansión, de las aguas que estaban sobre la expansión. Y fue así. Y llamó Dios a la expansión Cielos”.

Entonces, se nos dice que Dios separó las aguas. Algunas las ubicó arriba, en el “cielo”, y otras las dejó debajo del cielo. Este “cielo” en particular es lo que conocemos hoy como el “aire” o la atmósfera. Aunque no sabemos cómo se hizo esto, podemos estar seguros de que se hizo.

Tener una capa suspendida de agua sobre la atmósfera produjo distintos efectos. Un resultado fue que el clima era muy diferente de lo que conocemos hoy. Lo que se entiende es que, durante el tiempo en que esta capa de agua estaba intacta, no llovía en la Tierra, sino que la vegetación se regaba con un rocío que surgía del suelo (Gén 2:5,6).

También puede ser que esta capa de agua actuara como el vidrio en un invernadero y que la Tierra estaba prácticamente

en una misma temperatura, por lo que el clima no variaba mucho según la ubicación. Quizás otro resultado de esta capa de agua es que, en esos días, las personas vivían mucho más tiempo, aproximadamente diez veces más que nosotros hoy. Se puede teorizar que esto fue consecuencia de esta capa de agua suspendida.

Aunque nadie conoce con certeza cada causa del envejecimiento, es posible que se agrave por la radiación y el bombardeo de partículas subatómicas que llegan a la Tierra desde el espacio exterior. Estas partículas literalmente están desgarrando nuestro cuerpo cada minuto de cada día.

Esta suspensión acuosa podría haber protegido a la Tierra y sus habitantes de tales cosas al absorber estos rayos y partículas. Hoy, por ejemplo, algunos materiales radiactivos se almacenan bajo el agua porque el agua absorbe la radiación que emiten. Entonces, esta agua podría haber contribuido a la longevidad de las personas en esa época. Lo que sí sabemos ciertamente es que cuando se eliminó esta capa de agua, las edades máximas de las personas comenzaron a disminuir rápidamente.

Cuando Dios inundó la Tierra en los días de Noé, se nos dice que “las cataratas de los cielos fueron abiertas” (Gén 7:11). Por lo tanto, cuando ocurrió esta primera lluvia, se liberó el agua que estaba suspendida sobre el “cielo” o la atmósfera y llovió torrencialmente sobre la Tierra, lo que la inundó por completo.

Cuando toda el agua se liberó y el sol comenzó a brillar una vez más, el primer arcoíris apareció como una señal de la fidelidad de Dios (Gén 9:13). Naturalmente, ya que nunca había llovido antes, nunca pudo haber un arcoíris.

Inmediatamente después, las edades de los hombres comenzaron a disminuir. Lo que sea que está bombardeando la Tierra desde el espacio comenzó a acumularse en el suelo, el ambiente y también en las plantas y los animales hasta alcanzar una especie de equilibrio.

Este proceso tardó unos pocos siglos, pero cuando estudiamos las edades de los descendientes de Noé, es fácil ver la constante disminución hasta llegar a las edades que se aproximan a lo que vemos hoy. Así que parte del juicio de Dios sobre la humanidad durante los días de Noé fue quitar la capa protectora acuosa y, de

esta manera, reducir la cantidad de días que cualquier hombre podría practicar maldad en la Tierra. Como ya se mencionó, parece que este juicio también se levantará durante la edad del Reino y los hombres volverán a vivir hasta edades mucho más avanzadas (consulte Is 65:20).

Otra idea incidental que se puede deducir es que la existencia de esta capa de agua que protegía la Tierra de la radiación sesgaba en gran medida algunas de las técnicas científicas utilizadas para determinar las edades de los fósiles y huesos de este período.

## DEMONIOS Y ÁNGELES CAÍDOS

No sabemos con ninguna certeza cuándo cayó Satanás. Sin embargo, con nuestra nueva comprensión del segundo versículo de Génesis, vemos que podría haber sido mucho antes, quizás millones de años antes de la creación del hombre. Lo que sí sabemos es que, poco después de que se creó al hombre, Satanás estaba en el Jardín del Edén en su estado caído.

¿Pero cuál fue esta primera Tierra, sobre la cual gobernó Satanás? Lo que los registros de fósiles parecen mostrar es que el primer mundo que se destruyó estaba lleno de vida animal y vegetal. La Tierra parece haber estado llena de dinosaurios, entre otras cosas, que parecen haber sido animales escamosos feroces, agresivos y “blindados”.

Una explicación para esto podría ser que reflejaban la naturaleza del ser que los gobernaba. Ciertamente, es difícil imaginar que reflejaran la naturaleza de Dios como lo hizo nuestra creación actual antes de la caída y como aún lo hace hoy en menor medida. (Aunque algunos insisten que el hombre primitivo y los dinosaurios coexistieron, la evidencia de esto es muy escasa).

Cuando Dios juzgó a esa primera creación con una inundación de agua, todos los animales de la Tierra fueron destruidos. Esta es exactamente la imagen de la Tierra que se muestra en el segundo versículo de Génesis: la Tierra desolada, vacía, cubierta de tinieblas y sumergida bajo agua. Como ya se mencionó, en ausencia de luz, esta agua se habría congelado, lo que produjo, así, un mundo muy desolado e inhabitable.

Esto nos podría explicar el origen de los demonios. Se le ha enseñado a la mayoría de los cristianos que los demonios son ángeles caídos. Eso no es necesariamente cierto. Aunque esta es una arraigada creencia tradicional en la Iglesia, no hay un versículo de las escrituras que indique tal cosa. Lamentablemente, esta correlación se ha hecho, sobre todo, por conjeturas, y muchos lo han aceptado como un hecho, sin ninguna base bíblica.

Sin embargo, lo que sí sabemos es que en las escrituras existe una fuerte asociación entre los demonios (espíritus impuros) y el agua. Jesús enseñó que cuando un demonio se sale de un hombre, se desplaza por lugares *secos* buscando reposo (Mt 12:43). Parece que los demonios necesitan algún tipo de agua para tener “descanso”. Cuando Jesús echó fuera la legión de demonios, le solicitaron entrar en unos cerdos que se encontraban cerca. Estos cerdos, luego, se lanzaron por un despeñadero hacia el mar (Mc 5:12,13). Evidentemente, esos demonios estaban ansiosos por llegar allí.

También hay un versículo en Job que menciona lo siguiente: “Se estremecen en las profundidades los espíritus de los muertos, los que habitan debajo de los mares” (Job 26:5 PDT). ¿Quiénes son estos “espíritus” si no son demonios? Es cuestionable que este versículo se refiera solamente a la cantidad limitada de marineros que habían muerto en el mar antes de que se escribiera el libro de Job.

Todos los muertos, ya sea que se ahoguen o mueran por otros medios, van al lugar que Dios tiene preparado para ellos, sea el hades o el seol. Aquellos que se ahogan no reciben un tratamiento especial ni sus espíritus se quedan esperando en el fondo del mar. Por lo tanto, estos espíritus no pueden ser de hombres.

Entonces, podemos concluir que en la creación original había criaturas en la Tierra con cuerpos y espíritus. Después de un juicio de Dios, que parece haber sido una inundación de la Tierra, sus cuerpos se destruyeron, pero sus espíritus continuaron viviendo bajo el agua. (Consulte Ec 3:21).

Estos podrían ser lo que ahora conocemos como los demonios, los espíritus impuros. Se entiende, entonces, que estos espíritus impuros son los espíritus incorpóreos de las criaturas que

vivieron bajo el dominio caído de Satanás en la Tierra, el cual existió antes de esta creación actual. Además, estos espíritus impuros viven, o prefieren vivir, en el agua.

(G. H. Pember, en el libro *Earth's Earliest Ages*, especula que estos seres que dieron lugar a los demonios eran criaturas similares a los hombres. De hecho, en la edición anterior de este libro, adopté esta idea como una posibilidad. Sin embargo, como los registros de fósiles no han demostrado ninguna evidencia sólida de esto, mis opiniones han cambiado). Aunque, de nuevo, es posible que no podamos sacar conclusiones absolutas a partir de estas cosas, existe evidencia bíblica que respalda estas teorías.

Esto también nos explicaría por qué los demonios desearían poseer o habitar en un cuerpo humano. Si alguna vez los espíritus moraron en algún tipo de cuerpo y, luego, se volvieron incorpóreos por el juicio de Dios, sin duda, querrían volver a habitar un cuerpo para sentirse cómodos. Además, cuando no están en un cuerpo, es posible que prefieran vivir en agua porque podría simular con gran semejanza estar en un cuerpo físico compuesto entre un 55 % y un 60 % de agua.

Otro versículo importante se encuentra en Apocalipsis 20:13, donde se nos habla sobre el juicio final venidero. Leemos: “Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras”.

Me gustaría presentarle la idea de que todos los seres humanos muertos (estos no pueden ser creyentes, pues la resurrección de los creyentes ocurre 1000 años antes), ya sea que hayan muerto por ahogamiento u otros medios, están en “la muerte y el Hades”. No están en el mar. Por lo tanto, los “muertos en el mar” deben ser otra especie de criatura. Curiosamente, estos son resucitados primero, quizás son juzgados antes porque también fueron creados antes. Por otro lado, los ángeles fueron creados superiores a los seres humanos. Leemos que los hombres fueron creados un poco menores que los ángeles (Sal 8:5). Aparentemente, pueden aparecer en forma corpórea cuando lo deseen. No necesitan ni desean poseer un cuerpo humano.

También se nos dice que los ángeles caídos viven, no en el mar, sino en el aire (Ef 2:2). Estos hechos nos muestran que los ángeles caídos, que gobiernan este mundo con Satanás, tienen su morada en la atmósfera, el aire, y no en el agua ni en el mar.

La imagen completa de los enemigos de Dios, los demonios en el mar y los ángeles caídos en el aire, se presenta claramente por el pasaje que describe a Jesús atravesando el mar en una barca (Mc 4:35-41). Las olas (hogar de los demonios) se levantaron y el viento (el dominio de los ángeles caídos) sopló mientras Jesús dormía, aparentemente en un esfuerzo por destruirlo. Cuando se despertó, los reprendió y les dijo: "Calla, enmudece" (versículo 39). Jesucristo tiene plena autoridad sobre los ángeles y los demonios.

¿Por qué es importante comprender la diferencia entre los ángeles caídos y los demonios? Es importante porque necesitamos saber con qué tipo de espíritu estamos lidiando. En nuestra guerra contra el mal, debemos ser conscientes de qué tipo de fuerzas enfrentamos. Si erramos en esta comprensión, podemos terminar practicando muchas cosas ridículas e incluso dañinas.

Quizás en su andar con el Señor ha tenido algunas experiencias que esta nueva interpretación podría ayudar a explicar. A partir de la lectura del Nuevo Testamento sabemos que Jesús les dio a Sus seguidores una autoridad absoluta sobre los espíritus impuros, los demonios. Jesús, y más tarde Sus discípulos, los echaban fuera con una palabra. Sin embargo, a veces nos vemos acosados y atacados por fuerzas espirituales que, cuando las reprendemos, no obedecen al instante nuestras órdenes. A menudo, nos encontramos involucrados en una lucha espiritual que no se resuelve simplemente con "una palabra".

Una explicación lógica para esto es que no son demonios en absoluto, sino ángeles caídos: los principados y las potestades contra los que estamos luchando. Aunque tenemos el poder de ganar estas batallas, en la actualidad no se nos ha dado la autoridad total sobre nuestros antagonistas. Pablo dice que "luchamos" contra principados y potestades (Ef 6:12). Nuestra guerra contra ellos es una lucha. Si tiene autoridad completa sobre alguien más, no hay necesidad de luchar.

Por otro lado, nuestra guerra con los demonios es una de absoluta autoridad y mando. Cuando los reprendemos, ellos huyen. Por lo tanto, si usted puede reprender a espíritus malignos que lo molestan y estos huyen, esto puede indicar que eran fuerzas demoníacas. Pero, por otro lado, si usted se da cuenta de que debe luchar, esforzarse, resistir y buscar la ayuda de Dios durante un largo período, es probable que luche contra los ángeles caídos sobre los que hablan las escrituras.

No estoy diciendo que no podemos ganar estas batallas, sino que las guerras y las victorias son diferentes y aquellos que están caminando con el Señor deben entenderlas claramente.

Hoy en día, hay algunos creyentes que, al no darse cuenta de las afirmaciones anteriores, han seguido una política de reprender e incluso insultar al diablo y a sus ángeles. He estado en algunas reuniones de oración en las que los creyentes insultaban al diablo y se burlaban de él; gritaban, “lo ataban” y lo reprendían a él y a sus secuaces con mucho volumen, y hasta con autoridad.

Esta es una actividad sobre la que se advierte tanto en 2 Pedro 2:10 como en Judas 8. Aquí encontramos fuertes amonestaciones contra “despreciar la autoridad” o “maldecir a los seres celestiales” (NVI). “Despreciar” significa “desdeñar, considerar indigno de aprecio”. La “autoridad” aquí se refiere a los seres gloriosos o ángeles. Algunas traducciones utilizan la palabra “potestad” en lugar de “autoridad”, pero los versículos que siguen en esta amonestación hacen evidente que esto se refiere al diablo y a sus ángeles. Nos dicen que esta acción de “despreciar” es algo ridículo y carnal que ni los mayores y más santos ángeles se atreven a hacer.

Hermanos, seamos cuidadosos en nuestra guerra con el enemigo y actuemos según el Espíritu y no según la carne. Debemos tener cierto discernimiento del Señor para saber exactamente a qué tipo de enemigos nos estamos enfrentando.

No se deje engañar por prácticas e ideas tontas y dañinas, más bien enfoque su atención en el Señor Jesucristo, sírvale con su vida y resista los avances del diablo en todo momento.

Ahora, antes de que nos alejemos demasiado de nuestro tema, volvamos al tema principal. Después de la primera obra de

creación de Dios, la Tierra original fue corrompida por la caída de Satanás y su rebelión contra Dios junto con todas las criaturas de la Tierra. Dios entonces juzgó esa Tierra, destruyéndola con una inundación. Más adelante, Dios se propuso restaurar y recuperar para Sí mismo esta Tierra arruinada y corrompida.

No ha permitido y no permitió que el diablo Lo derrotara. Simplemente comenzó el desarrollo de Su plan para este mundo: restaurarlo para Sí mismo, afirmar Su legítima autoridad y llenarlo de nuevo con seres que Le sean obedientes. Esto es de lo que hablaremos en el próximo capítulo.

El análisis anterior ha sido un esfuerzo por dar contexto y preparar el camino, por decirlo de alguna manera, para lo que veremos en el resto de este libro. Si queremos comprender los propósitos de Dios para la Tierra, es esencial que conozcamos su historia.

El Reino de Dios, Su señorío sobre la Tierra, es algo que definitivamente está en Su corazón. La perspectiva de la Tierra que se presentó aquí debe ser de gran ayuda para comprender por qué Dios está intentando establecer nuevamente Su autoridad sobre ella.

Para que Él derrote completamente a Su enemigo, debe recuperar el control del territorio usurpado. No basta con solo salvar unas pocas almas y llevárselas al cielo. Esta Tierra, junto con sus habitantes, debe estar completamente sujeta a Su autoridad. Y sabemos que este plan se completará cuando Jesús regrese a reinar. El Reino de Dios vendrá a la Tierra por fin.

## 6.

## EL FRACASO DEL HOMBRE

Entonces, se puede postular, como se mostró en el capítulo anterior, que la Tierra original que Dios creó fue corrompida y arruinada por Satanás en su rebelión, y que Dios entonces juzgó y destruyó esa Tierra como consecuencia. Por lo tanto, los primeros capítulos del libro de Génesis podrían entenderse como una historia de cómo Dios restauró y reconstruyó la Tierra.

Esta restauración, como la Tierra original, fue perfecta, ya que también fue obra de Dios. Después del trabajo de cada día de lo que podríamos llamar la “recreación”, (a excepción del segundo día), Dios vio “que era bueno en gran manera”. Dios estaba satisfecho con Su trabajo cuando terminó (Gén 1:31).

Aunque esto fuera así, todavía había algo mal. En esta hermosa y exuberante Tierra recreada que Dios hizo, estaba la presencia de Su enemigo con todas sus huestes espirituales de maldad. La atmósfera que rodea la Tierra estaba llena de ángeles caídos (Ef 6:12, Col 2:15), y los mares (los abismos o las profundidades) estaban llenos de demonios malvados. Esta fue la situación en la que Dios puso al primer hombre, Adán.

Una vez que nos damos cuenta de cómo Satanás corrompió la Tierra y la llenó de sus fuerzas malvadas, entonces debemos comprender por qué Dios creó al hombre en primer lugar. Por supuesto que sabemos que el hombre fue creado para la satisfacción de Dios, pero aquí en el libro de Génesis vemos un indicio de algo más. Parte de Su plan era recuperar la Tierra por Sí mismo. Sin embargo, antes de profundizar en estas cosas, dediquemos un momento para examinar a este hombre que Dios hizo.

Cuando se creó al hombre, fue hecho a la imagen de Dios y conforme a Su semejanza (Gén 1:26). Ser creado a la imagen de Dios significa que el hombre es internamente como Dios. Y para ser creado conforme a la semejanza de Dios significa que, externa y físicamente, el hombre también se asemeja a Dios.

Para demostrarlo un poco más, comencemos por el interior. Todos los hombres tienen tres habilidades distintivas. Pueden pensar, pueden sentir y pueden decidir. Estas tres capacidades, en general, se conocen como la mente, las emociones y la voluntad.

Es significativo el hecho de que Dios también piensa, siente y decide. De hecho, los pensamientos, los sentimientos y las decisiones de Dios son infinitamente mayores y más fuertes que los que poseemos. Él también tiene una mente, emociones y voluntad. Por lo tanto, es fácil ver que, internamente, el hombre fue hecho a la imagen de Dios. En sus partes internas, la composición del hombre refleja (aunque de manera muy inferior) la composición de su Creador.

El cuerpo de un hombre le da su apariencia exterior. Cuando Dios se reveló durante la historia bíblica a varias personas, incluidas Moisés, Elías y Daniel, Su apariencia era similar a la de un hombre. Esto quiere decir que Lo vieron con piernas, brazos, pies, cuerpo, una cabeza con cara, entre otros.

Por otro lado, no tiene pezuñas, garras, alas, plumas, cuernos, escamas ni varias “caras”. Cuando Lo veamos, reconoceremos la forma en la que existe porque el hombre se parece a Dios. La apariencia o la forma externa del hombre debe su origen a la apariencia de Dios. De hecho, el hombre es la única criatura en todo el universo que tiene este privilegio de asemejarse a Dios interna y externamente. ¡Aleluya! Qué hecho tan glorioso es que hayamos sido diseñados para asemejarnos al mismísimo Dios.

## LA COMISIÓN DE DIOS PARA EL HOMBRE

Ahora regresemos a nuestra conversación original: Dios hizo una nueva criatura, el hombre, a Su imagen y conforme a Su semejanza, y lo puso en el Jardín del Edén. Al hacerlo, lo puso justo en el medio de un ambiente hostil lleno de ángeles caídos y demonios. Luego, le encargó lo siguiente: “Fructificad y multiplicaos;

llenad la Tierra, y sojuzgadla" (Gén 1:28). (La palabra en hebreo para "sojuzgar" también puede traducirse como "conquistar").

El plan de Dios era que el hombre ejerciera "dominio" (Gen 1:26) sobre este planeta. Aquí vemos que Dios creó a un hombre a Su semejanza, lo puso en medio del territorio del diablo y le encargó conquistarlo, sojuzgarlo y tener dominio sobre este. Al hombre se le asignó la tarea de tener autoridad sobre la Tierra.

Pero espere un momento. Ya había otros seres aquí a los que se les había otorgado autoridad antes de rebelarse. Ya existían otros gobernantes. Por lo tanto, la aparición de Adán en el Jardín fue un desafío directo al gobierno de Satanás. Fue puesto en la Tierra para enfrentar y superar la autoridad del diablo.

El trabajo del hombre era ser un sustituto. Debía tomar el lugar de los actuales gobernantes malvados. Este fue el comienzo del plan de Dios para recuperar la Tierra, que actualmente es el dominio de Satanás. Dios puso al hombre en la Tierra como Su emisario para recuperar lo que se había perdido durante la rebelión de Satanás.

Como se puede ver, el hombre no fue solo uno de los experimentos de Dios. Dios no lo hizo por puro capricho. Cuando nuestro Creador nos diseñó, Él tenía en mente un propósito y un objetivo muy definidos. La humanidad fue creada para ser el agente a través del cual Dios derrotaría a Su enemigo y recuperaría el territorio perdido.

Para lograr este plan, el hombre, que se asemeja a Dios y que tiene comunión con Él, recibió la comisión de poblar la Tierra con hombres como Él que se sometieran a la autoridad y al gobierno de Dios. Mientras se multiplicaran por la Tierra, Dios podría volver a reclamarla como propia porque estaría llena de criaturas que Lo amarían y obedecerían. ¡Qué victoria tan gloriosa! Pero, como todos sabemos, en ese momento no se suponía que la victoria fuera inmediata.

Satanás, sin duda, entendió al menos parte de lo que Dios estaba haciendo. Probablemente no podía soportar que un ser que se pareciera a Dios habitara su mundo. Debe haberlo molestado hasta la médula ver cómo Adán y Eva vivían y trabajaban sometidos a Dios en su Tierra.

Así que vino y engañó sutilmente a Eva. Ella, a su vez, sedujo a su marido y ambos cayeron. En lugar de vivir para Dios y servirle, se rebelaron contra Dios y se hicieron parte del reino de Satanás. Comieron del árbol del cual Dios les había dicho que no comieran. Sus naturalezas se corrompieron y la muerte comenzó a obrar en ellos. En ese momento, sufrieron la maldición de Dios y se convirtieron, a todos los efectos, en siervos del reino del mal. Parecía que el plan del Altísimo había fracasado por completo.

Sin embargo, no es fácil frustrar los planes de Dios. No se da por vencido rápidamente. Él tiene el poder de llevar a cabo Sus planes ante una adversidad que parece infranqueable.

Incluso antes de dar inicio a Su plan con la creación de Adán y Eva, Él sabía todo lo que sucedería. La caída del hombre no lo tomó por sorpresa. Aunque el primer hombre, Adán, no pudo cumplir el encargo de Dios de tener dominio sobre la Tierra, Dios le prometió a la mujer una simiente. Y de esta simiente dijo: “esta te herirá en la cabeza” (es decir, la cabeza de la serpiente) (Gén 3:15).

Aunque parecía que el diablo había tenido una victoria, Dios todavía tenía un plan. De una mujer, a través de la raza humana, Dios iba a traer una “simiente” que finalmente podría satisfacer Su deseo, aplastando y derrotando al enemigo. Esta simiente es el hombre Jesucristo, el que triunfó sobre el demonio y exhibió públicamente este triunfo a los principados y a las potestades (Col 2:15).

## LA APARENTE VICTORIA DEL DIABLO

Después de la caída, los hombres comenzaron a multiplicarse por la faz de la Tierra. A medida que pasaba el tiempo, Dios encontraba en ocasiones a algún hombre dispuesto a seguirlo, amarlo y servirle. Enoc, el séptimo descendiente de Adán, fue uno de estos hombres. Las escrituras testifican que él caminaba con Dios “y desapareció, porque le llevó Dios” (Gén 5:24).

Sin embargo, a la larga, las multitudes de hombres caídos corrompieron mucho su comportamiento en la Tierra. Caminaban en maldad, lujuria, avaricia y violencia. Practicaban continuamente todas las cosas que Dios aborrece. Estos hombres hacían diariamente lo que el enemigo los llevó a hacer con todos sus malvados deseos.

Esta situación empeoró al punto de que la humanidad se hizo tanto una parte del reino de Satanás y se rebeló tanto contra Dios que participó en cada pecado imaginable. La violencia era desenfrenada. En ese momento, no existía ningún gobierno humano que controlara las pasiones de los hombres y, por lo tanto, se golpeaban o mataban entre sí ante la más mínima provocación.

También hubo evidencia de lujurias sexuales descontroladas. Esta situación llegó a tal extremo que parece que algunos comenzaron a tener relaciones sexuales con los ángeles caídos. En los primeros versículos de Génesis, capítulo 6, leemos acerca de los “hijos de Dios” que tomaron para sí como mujeres a las “hijas de los hombres”. Se nos dice que el producto de una unión tan impía fueron los gigantes, los nefilim, una raza de seres que Dios nunca había previsto y no quería en Su Tierra.

Una lectura cuidadosa del capítulo 6 de Génesis hará que este malvado acontecimiento quede innegablemente claro. En esta unión, Dios vio que la imaginación de los corazones de los hombres era perpetuamente malvada. El hombre no solo se rebeló, sino que también contaminó la raza humana con relaciones sexuales ilegales. Los “hijos de Dios” del capítulo 6 de Génesis deben ser seres angelicales, ya que las escrituras se refieren a ellos de tal manera en otras partes (Job 1:6, 2:1, 38:7, Dn 3:25). De hecho, algunos de los antiguos manuscritos de las escrituras traducen las palabras “hijos de Dios” como “ángeles de Dios” en este pasaje.

Aunque algunos creyentes, ofendidos por la idea, han intentado encontrar otra explicación y enseñaron que estos debían ser los descendientes de Set (es decir, hombres del linaje de aquellos que caminaron con Dios), este no puede ser el caso. Dicha teoría no explica por qué los hijos de estos matrimonios eran gigantes ni por qué Dios consideraba que sus actividades eran tan malvadas. La procreación de hombres normales, especialmente aquellos de ascendencia divina, de hecho, fue una orden de Dios.

Algunos también argumentan en contra de este hecho bastante obvio insistiendo en que los ángeles no se casan (Mt 22:30). Por supuesto, los ángeles no se casan ni procrean entre sí mismos, pero esto no significa que no puedan aparecer en forma física y tener relaciones sexuales con mujeres.

Aunque este pecado es extremadamente impactante, la Biblia lo registra como una verdad histórica.

Aunque nos parezca muy perverso el pecado de tener relaciones sexuales con ángeles, y aunque muchos quisiéramos negarlo, es probable que vuelva a ocurrir antes de la segunda venida de Cristo. Jesús nos dice claramente: “Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre” (Mt 24:37).

De hecho, este pecado no se limitó a la época antes del diluvio. La situación en la tierra de Canaán antes de ser ocupada por los israelitas demuestra que este pecado se cometió en otros momentos de la historia. En ese momento, la Tierra también estaba llena de gigantes.

En la época de Noé, la situación en la Tierra había llegado hasta un punto tan terrible que Dios se arrepintió de haber creado al hombre. Miró la Tierra y vio que estaba totalmente corrompida, llena de violencia y actos malvados, cada vez estaba más poblada con seres gigantes que nunca deseó que existieran. Esto afligió tanto Su corazón que Dios decidió destruir la Tierra con todas las criaturas que la habitaban, incluidos los hombres que había hecho a Su imagen. Pero en un hombre, Noé, Dios encontró a alguien que era justo. Noé caminaba con Dios. Y entonces, Dios decidió salvar a este hombre y a su familia de la destrucción que estaba planificando. Dios le indicó que construyera un arca y que llevara en esta un par de cada animal que no es limpio y siete pares de cada animal limpio. Esta arca debía ser el vehículo mediante el cual todos se salvarían de la segunda inundación de la Tierra.

Es interesante destacar que el arca de Noé, por el cual se cumplió esta salvación, es una alusión profética de nuestro Señor Jesucristo. Al costado del arca se encontraba una puerta por la que todos los que entraran serían elevados por encima del juicio de Dios.

Cuando Jesús murió, también se abrió una abertura en Su costado. Esto también demostró ser un tipo de “puerta” a través de la que podemos entrar en Él y ser salvos. Es a través del costado perforado de Jesucristo, del que brotó sangre y agua, que nos salvamos del inminente juicio de Dios para un nuevo mundo que está por venir.

Aunque Satanás aparentemente ganó una gran victoria al corromper a la humanidad y arruinar de nuevo la Tierra de Dios, Dios encontró a un hombre con quien podría empezar otra vez y comenzar un nuevo mundo para, finalmente, lograr Sus propósitos. Después de que las aguas del diluvio bajaron y el arca llegó a tierra, los descendientes de Noé comenzaron a poblar la Tierra.

Lamentablemente, ellos también fallaron en cuanto a conocer a Dios, amarlo y cumplir lo que Dios le encargó al primer hombre. La maldad y la rebelión de nuevo volvieron a propagarse de forma descontrolada. Hay registros de ejemplos sorprendentes, como el incidente de la Torre del Babel, cuando el hombre decidió que podía controlar su propio destino, básicamente afirmando que era Dios y que podía hacer lo que deseara.

Fue así como el Señor confundió a los hombres cambiando sus idiomas para que no se pudieran entender entre sí y los dispersó por la faz de la Tierra.

La historia de Sodoma y Gomorra proporciona otro ejemplo gráfico de cuánto se pervirtió la humanidad. Aparentemente, Satanás seguía triunfando y el hombre seguía cayendo más en las profundidades del pecado. En ese momento, parece que Dios cambió Su método de trabajo. En lugar de lidiar con la humanidad como un todo, decidió elegir para Sí mismo un pueblo, llamar de entre todos los hombres una raza que fuera especialmente Suya, y sería con este pueblo que Él podría obrar para lograr Sus objetivos originales.

Para este plan, Dios eligió a un hombre de fe, Abraham. Cuando aún no tenía hijos, Dios lo llamó y le prometió que su simiente se multiplicaría y heredaría toda la tierra de Canaán. Dios le dijo que haría de su descendencia una gran nación y que, en él, todas las familias de la Tierra serían bendecidas.

Fue con este grupo selecto de personas que Dios planeó lograr Su deseo original. Los separaría del resto de los habitantes de la Tierra y les enseñaría sobre Sus estatutos y Sus caminos. Les enseñaría sobre Sus leyes y Sus juicios; los haría vencer al diablo y, en su lugar, vivir para Él.

Como probablemente sabe, Dios llevó a cabo esta “fase” de Su plan con los hijos de Israel, los descendientes de Abraham,

Isaac y Jacob. Después de que Moisés los guio fuera de Egipto hacia el desierto, Dios comenzó a hablar y a trabajar con ellos para moldearlos en el tipo de personas que Él deseaba.

Allí los probó, los purificó, se les reveló, y fue allí, separados de todo el resto del mundo, que los preparó para ser un pueblo de Su posesión. Después de 40 años de relaciones con Dios, estaban listos para entrar a la tierra que Dios les prometió, tomarla de sus habitantes y establecer un reino de justicia sobre el que el mismo Dios reinaría de forma indisputable.

La historia bíblica nos dice que, con el tiempo, este proyecto también terminó en un aparente fracaso. El pueblo de Israel, después de su entrada en la tierra de Canaán, comenzó a casarse con los pueblos de las otras naciones de esa región, contrario a las órdenes específicas que Dios les había dado.

En consecuencia, comenzaron a practicar sus hábitos malvados. La idolatría, la fornicación, la lujuria y el pecado, de nuevo surgieron en el pueblo de Dios. Una y otra vez, Dios hizo algo para que volvieran a Él. Preparó circunstancias para hacerlos miserables y, luego, exaltó a un líder que los rescataría de la esclavitud en la que estaban cayendo. Una vez más, los salvaría del poder del diablo que estaba invadiendo sus vidas y los reintegraría a Sí mismo.

En un punto de su historia, parecía que la victoria casi se había logrado. Durante el reinado de los reyes David y Salomón, el reino de Israel bajo el gobierno de Dios se había convertido en un testimonio real. Su fama había llegado a los confines de la Tierra y, en gran medida, al menos en apariencia, las personas estaban cumpliendo las órdenes de Dios.

Fue en este momento que Dios, de nuevo, prometió una simiente que llegaría a sentarse en el trono de David y gobernaría de acuerdo con los deseos de Dios para siempre. Esta promesa también se cumplió y se cumplirá en la persona de Jesucristo. Algún día, Él volverá como Rey para dominar toda la Tierra habitada y la someterá en justicia a Dios todopoderoso.

Con el tiempo, este reino de Israel también se deterioró. Surgieron la adoración de ídolos y los pecados de todo tipo, muchos de los reyes posteriores a David y Salomón decidieron no continuar

en el camino de Dios. Después de varias pequeñas restauraciones y numerosos fracasos más prominentes, Dios le permitió a Su pueblo ser llevado en cautiverio por parte de Asiria y Babilonia.

Aparentemente, todo se había perdido y el diablo había resultado victorioso de nuevo. El plan de Dios de someter la Tierra para Sí mismo a través de un grupo selecto de personas vencedoras, en teoría, se había frustrado y el diablo reinó. Pero, como todos sabemos, el plan y los propósitos de Dios permanecieron. Él todavía tenía una manera de cumplir todo lo que se proponía lograr.

La gran cantidad de derrotas sufridas por el agente de Dios, la humanidad, servirá a la larga solo para traerle más gloria a Dios, y para mostrar Su poder al cumplir finalmente Su propósito original a través de seres humanos tan débiles y frágiles.

No, Dios no ha sido derrotado ni tampoco lo será. No abandonó Su plan original y ahora, simplemente, pasó al proceso de solo rescatar al hombre de la Tierra. No acepta la derrota, dejarle la Tierra al diablo y solo llevarse al cielo rápidamente a unas pocas almas que Le creen. No, ¡Él va a establecer Su reino, Su autoridad, Su justo reinado aquí en la Tierra!

Todo el territorio que se “perdió” será recuperado. El hombre, que originalmente tenía encargado este trabajo de recuperación, tendrá, a través del poder de Jesucristo, la victoria sobre Satanás. Se cumplirá con el encargo que Él le dio al primer hombre, Adán. Su pueblo, con Cristo a la cabeza, TENDRÁ un dominio completo sobre esta Tierra durante mil años. Este es el Reino Milenial que vendrá. Es el cumplimiento de lo que Dios comenzó a hacer al principio.

Algunos, cuando leen acerca del Reino Milenial venidero, tal vez han quedado perplejos y no han comprendido realmente cuál es su propósito.

Esperamos que este capítulo haya sido de ayuda para que los lectores comprendan los propósitos eternos de Dios y para ver la revelación de la Biblia como un todo; una imagen total de la obra de Dios en el hombre de la Tierra de principio a fin. Dios ha querido, desde el inicio, derrotar a Su enemigo y ha elegido hacerlo a través de los seres humanos que creó. No se rebajó a luchar con Satanás personalmente, sino que, a través de Su emisario —quien

se ve como Él externamente y se parece a Él internamente—, Dios, como veremos en los siguientes capítulos, recuperará la Tierra. La está llenando de seres humanos que están sometidos a Él, que Lo aman y que Le sirven.

## 7.

## EL REINO DE DIOS ESTÁ ENTRE VOSOTROS

En el capítulo anterior examinamos uno de los propósitos principales de Dios para crear al hombre y ponerlo en la Tierra. Este propósito era establecer Su Reino aquí tras recuperar este planeta del dominio del diablo y restablecerlo bajo Su justa autoridad. También hemos visto que Dios creó al hombre a Su imagen y semejanza y lo puso en la Tierra para que fuera el agente a través del cual lograría este plan.

El hombre fracasó reiteradamente en llevar a cabo la comisión que Dios le confió en el primer capítulo de Génesis. Aparentemente, el diablo tenía la supremacía. Pero a lo largo de esta historia, Dios había prometido una semilla que prevalecería. El cumplimiento de esta promesa se encuentra en Jesucristo. Él era el Hijo de Dios, nació de una mujer, venía de la familia de Israel, de la tribu de Judá y de la semilla del rey David. Es quien Dios prometió que se sentaría en el trono de Su Reino para siempre.

Como Jesús nació de María, una mujer de esta Tierra, era totalmente hombre. Las escrituras dicen que Él mismo participó de carne y sangre (He 2:14). Se convirtió en lo que nosotros somos a fin de transformarnos para ser como Él. Jesús no solo es un hombre completo, sino que también es realmente Dios. En Él, las escrituras dicen que habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad (Col 2:9). Este hombre es la encarnación o la personificación de Dios. Juan 1:14 declara: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos Su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”.

Este hombre que era Dios, Jesucristo, es el cumplimiento de la promesa de Dios de enviar una semilla de la mujer que heriría la cabeza de la serpiente (Gén 3:15). Esto es exactamente lo que Jesús hizo. Desde Su nacimiento, el hombre Jesucristo fue completamente libre de pecado.

Nunca hizo nada que desagradara al Padre (Jn 8:29). Su vida terrenal estuvo en oposición total a todo lo que es el reino del diablo. Nunca participó en maldad de ninguna manera. Su vida fue la manifestación viviente de la rectitud de Dios en esta Tierra, justo en medio del dominio del diablo.

Cómo lo debe haber odiado Satanás. Él era un hombre perfecto. En un momento dijo: “viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí” (Jn 14:30). ¡Aleluya! Dios envió a Su hijo y Él se volvió un hombre en quien el diablo no tenía nada: no tenía control, no tenía dominio ni ninguna manera en la que pudiera influir en Él. Qué gloria para Dios y qué victoria sobre el enemigo que un hombre real caminara sobre esta Tierra sin pecado, viviendo en perfecta sumisión a Dios. Nunca se sintió atraído por todo el mal y la corrupción que Satanás tenía para ofrecer.

No piense que Jesús no fue tentado. La ausencia de pecado en Él no fue el resultado de una vida fácil. En el desierto, ayunó durante cuarenta días y cuarenta noches y fue tentado por el diablo. Fue probado en todos los aspectos al igual que nosotros hoy (He 4:15).

No escapó de la tentación, la superó. Vivió victoriosamente por encima de ella. No cedió ante la seducción del mal, razón por la cual la Biblia dice que el Padre tiene complacencia en Él (Mt 3:17). Jesús vivió en esta manera perfecta y sin pecado desde Su nacimiento hasta Su muerte en la cruz.

Vale la pena mencionar aquí que Su muerte en la cruz fue el cumplimiento de todos los tipos de sacrificio mencionados en el Antiguo Testamento. Jesús fue el Cordero de Dios que se ofreció, sin manchas ni imperfecciones, por los pecados del mundo. Se suponía que los israelitas debían encontrar un cordero macho perfecto para ofrecerlo a Dios. Pero antes de que se pudiera ofrecer, debían examinarlo cuidadosamente para asegurarse de que no tuviera imperfecciones.

Del mismo modo, Jesús también fue examinado antes de que lo crucificaran. Poncio Pilato y sus soldados lo examinaron a su manera. Lo golpearon, lo escupieron y se burlaron de Él. Probaron todo lo que conocían que podría sacar algún tipo de reacción impía de Él, lo que podría satisfacer sus ansias de ver a alguien colapsar con el maltrato.

Herodes también lo revisó a fondo. Más tarde, Pilatos, después de terminar el examen, dijo: “yo no hallo delito en Él” (Jn 19:4, 19:6). Esto es realmente impresionante. Sin duda, Pilatos dedicó gran parte de su tiempo a tratar con hombres y juzgarlos. Estoy seguro de que muchos tipos de personas diferentes habían pasado frente a su tribunal.

Sin embargo, sin duda, no pudo haber dicho esto de ningún otro hombre. Él estaba tan impresionado con este hombre, Jesús, que podía decir sinceramente que no podía encontrar ninguna falla en Él.

Este fue un hombre que superó todo lo que el diablo puso frente a Él. Vivió victorioso. No solo esto, sino que, cuando Jesús se levantó de entre los muertos, superó la herramienta más poderosa que tenía el diablo: la muerte. Superó el pecado durante Su vida y superó la muerte en Su resurrección de la tumba. La muerte no pudo retenerlo.

La fuerza de Satanás fue superada en la vida de resurrección de Jesucristo, el hombre que era Dios. Todo lo que el enemigo y sus fuerzas intentaron fue frustrado. Cuando Jesús se levantó de entre los muertos, mostró abiertamente la derrota de ellos. Él triunfó sobre ellos por completo (Col 2:15).

No había nada, ningún arma que poseyeran, que pudiera impedir que Él cumpliera la voluntad de Dios. Lo glorioso de esto es ver que finalmente un hombre (un hombre divino y santo) cumplió la voluntad de Dios y logró Su plan. En Jesucristo, se cumplió la comisión de Dios. Este fue un paso importante en la materialización del plan de Dios.

## EL REINO ENTRE VOSOTROS

Cuando Jesús caminaba por esta Tierra hace casi 2000 años, Él era la manifestación viviente del Reino de Dios. En cada aspecto

de Su vida, se sometía completamente al reinado y al gobierno de Dios. Por primera vez desde la creación de Adán, hubo un hombre caminando por la Tierra que satisfacía los requisitos de Dios. Mediante la vida humana de Jesús, el Reino de Dios fue anunciado a los hombres.

Cuando los fariseos le preguntaron dónde estaba Su Reino, les dijo: “porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros” (Lc 17:21). Cuando dijo esto, Jesús se refería a Sí mismo. Él era la manifestación única del Reino de Dios. En todo lo que decía o hacía, reflejaba la voluntad del Padre.

En un momento, declaró audazmente: “yo hago siempre lo que le agrada [al Padre]” (Jn 8:29). Esta era una verdadera manifestación del Reino de Dios. Aunque vivía en medio de un ambiente hostil, exteriorizaba a Dios en cada aspecto de Su vida.

Cuando Jesús comenzó Su ministerio, predicó el arrepentimiento para alcanzar el Reino. Dijo: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mt 4:17). Esto significaba que el reinado o la autoridad del cielo se estaba manifestando y que los hombres debían arrepentirse por su participación en el reino de Satanás.

Se les exhortó a que se arrepintieran de las obras que hacían e incluso de los pensamientos que eran contrarios al nuevo y celestial Reino. Dado que el Reino de Dios se había acercado, los hombres debían alejarse del otro reino en el que habían estado participando para hacerse parte del Reino que Dios estaba ofreciendo.

El evangelio del Reino se refiere al evangelio de arrepentimiento para entrar al Reino de Dios. Si deseamos entrar, debemos alejarnos de todo el mal y el pecado del reino del diablo en el que hemos estado viviendo. Debemos cambiar de bando, por decirlo de alguna manera. Dios requiere que desertemos y vengamos al otro lado. Este es el evangelio que Jesús predicó. Es un mensaje absoluto y radical; no es aceptable transigir. Los dos reinos sobre los que hemos estado hablando (el reino de este mundo y el Reino celestial) están en plena oposición entre sí. No hay un punto medio.

Para estar sometidos por completo al Reino de Dios, debemos estar totalmente libres del de Satanás. Esto requiere

un profundo y riguroso arrepentimiento en el corazón de cada hombre con respecto a las cosas que estaba haciendo, diciendo y pensando antes de que supiera sobre el Reino de Dios.

Me temo que muchos predicadores cristianos no anuncian este evangelio del Reino. Convertirse en cristiano suele representarse como algo sencillo y que no exige nada más que una simple aceptación de un regalo. Aunque debemos aceptar el regalo, esto es solo una parte del mensaje. En realidad, hay mucho más que eso. Cuando Jesús y Juan el bautista predicaban, predicaban arrepentimiento para el Reino.

Si de verdad queremos hacer la voluntad de Dios y entrar plenamente en Su Reino, debemos arrepentirnos categóricamente de todo en lo que hemos estado participando que está en Su contra. Arrepentimiento significa que alejamos nuestros corazones de estas cosas y nos proponemos nunca involucrarnos en ellas de nuevo. Significa estar de acuerdo con Dios en que aquellos que practican esas cosas son dignos de muerte. Significa tomar la decisión de abandonar un reino y entrar en otro.

Este evangelio no es fácil de seguir, pero a través de Jesucristo, es totalmente posible para cualquier persona que lo desee. Todos podemos vivir en victoria igual que Jesús.

## LA VIDA DE VICTORIA

La razón por la que podemos vivir como Cristo lo hizo es que nos ha dado Su propia vida. La vida eterna que Dios promete dar a través de Su hijo Jesús es Su propia vida divina. Cuando Jesucristo, quien vivía conquistando victoriosamente a Satanás y el pecado, comienza ahora a vivir en nosotros, también podemos vivir como Él lo hizo.

Las escrituras preguntan a aquellos que creen: “¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?” (2 Co 13:5). Alabado sea Dios, este mismo Jesús, que vivió en esta Tierra apartado del reino del enemigo, ahora habita en nosotros. Jesús les ha dado Su “vida del Reino” a los hombres. Cuando recibimos a Jesucristo, recibimos todo lo que Él es y todo lo que Él logró. Cuando Él viene a nosotros, trae

consigo todos Sus atributos, Sus virtudes y Su poder. Mediante el Espíritu Santo, cada creyente puede acceder a la victoria.

Dado que Dios ha derramado Su Espíritu Santo en los hombres de esta Tierra ("el Espíritu de vida en Cristo Jesús", Rom 8:2), ahora hay miles de personas que tienen la vida y el poder de vivir en el Reino de Dios.

Ahora, mediante el Espíritu, la vida de victoria de Cristo es fructífera y se multiplica en personas de todo el mundo. Estos hombres y mujeres pueden cumplir la orden original de Dios para superar los poderes del mal en este mundo y vivir según los principios de Dios.

Este poder eterno mora en todos los creyentes. Si tan solo estuvieran dispuestos a arrepentirse, cambiarse de reino, dejar de hacer las obras de la oscuridad y entrar al Reino de la luz, Jesucristo, dentro de ellos, los facultaría para lograrlo. Su vida, Su vida victoriosa, los facultará para vencer.

Esto no es algo que podamos hacer por nuestros propios esfuerzos. No es una victoria que podamos obtener con nuestra propia determinación y fuerza de voluntad. En cambio, es una sumisión de todo nuestro estado a Otro. Si abrimos nuestro corazón para Él, podemos permitir que Su vida divina y vencedora viva a través de nosotros. El secreto de nuestra victoria sobre el pecado y el enemigo no es esforzarse más, sino rendirnos más y más ante Él.

Aquí encontramos el propósito para el cual Jesús vino y murió. Vino a reunir junto con Él un pueblo especial que Le permitiría vivir en ellos y vivir Su vida victoriosa a través de ellos.

De esta forma, Lo expresarían y manifestarían Su dominio sobre Su enemigo. Por Su poder, ahora pueden vivir en este mundo hostil y, además, someterse a sí mismos a Su autoridad. Al permitir que Jesucristo los llene y viva a través de ellos, manifiestan la victoria de Cristo y establecen la autoridad de Dios sobre esta Tierra.

Por último, el propósito para el cual se creó al hombre es encontrar la consumación. Todo lo que hace falta ahora es que Dios termine de reunir a todos aquellos que ha elegido y que los prepare para ese día final. Muy pronto seremos arrebatados para

reunirnos con Él en los cielos y volver con Él para reinar. Nuestra función es someternos completamente a Él y anunciar este evangelio del Reino en todo el mundo.

La Iglesia es el cuerpo de Cristo. Así como el cuerpo físico de Jesús fue el vehículo a través del cual Él se manifestó hace muchos años, la Iglesia es, hoy, Su manifestación en este mundo. Dado que ha ascendido al Padre, nosotros, Su pueblo, ahora somos el medio a través del cual Él desea manifestarse y lograr Su obra.

Esta palabra, “cuerpo”, no es solo una bonita expresión religiosa. Contiene un significado espiritual muy importante. La voluntad de Dios es usar a Su pueblo como instrumento de rectitud y como testimonio de Sí mismo. Esto es un privilegio y una responsabilidad increíble.

Debemos representar al Dios invisible del universo ante los habitantes de la Tierra, además de mostrar Su victoria a los anfitriones celestiales.

En la actualidad, a través de Su cuerpo, la Iglesia, Dios está manifestando Su sabiduría y Su plan eterno (Ef 3:10). ¡Cuán en serio debemos tomar esta comisión de Cristo! Es de suma importancia para Él lograr esta obra mediante nosotros; tanto así, de hecho, que murió para poder lograrlo. No es por algo pequeño o intrascendente por lo que nos han llamado. Un día, pronto, cuando comparezcamos ante Su tribunal, seremos llamados para rendir cuentas de nuestra respuesta a esta importante comisión.

Un aspecto muy importante de esta obra es que deberemos anunciar este evangelio a toda criatura (Mc 16:15). Parte de nuestro trabajo como los discípulos de Jesús es predicar, como Él lo hizo, el evangelio del Reino. Su voluntad es que todos los hombres escuchen el mensaje de arrepentimiento y reciban Su nueva vida. Para que esto suceda, debemos cooperar.

Debemos estar dispuestos a ir adonde sea que Él nos envíe y difundir las buenas noticias. También debemos “ser fructíferos y multiplicarnos” espiritualmente.

Si estamos dispuestos y somos obedientes, nos facultará para rescatar a hombres y mujeres del Reino de la oscuridad de Satanás y transferirlos a Su propio Reino de luz. Jesucristo volverá pronto y estoy muy seguro de que estará feliz de encontrarlo

de pie en la brecha, salvando a otras personas de la ira de Dios y preparándolas para el banquete de bodas.

## PREPARAR AL PUEBLO DE DIOS

Esto pone sobre la mesa otro aspecto esencial de la comisión de nuestro Reino. También es nuestra responsabilidad ayudar a Dios a perfeccionar a Su pueblo y prepararlo para Su venida. No solo debemos presentarle el Reino de Cristo, sino que también debemos enseñarle cómo vivir en él. Dios no quiere una colección de bebés espirituales, sino una multitud de santos maduros en quienes pueda morar en íntimo compañerismo para siempre.

Antes de ascender, Él dijo: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones [...]; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado” (Mt 28:19,20). Construir el cuerpo de Cristo no es una responsabilidad secundaria, sino una parte igual de la tarea.

No solo debemos ayudar a traer la materia prima, también se nos exhorta a ayudarlo a moldearlos y convertirlos en lo que Él desea que sean. Debemos estar ayudándonos mutuamente a prepararnos para Su venida.

Cabe destacar que no todos los miembros del cuerpo de Jesús tienen la misma función. No se nos llama a todos para hacer lo mismo. Se necesita hacer muchos tipos diferentes de obras. Las escrituras mencionan específicamente en varios lugares que hay varios dones, ministerios y habilidades que el Espíritu da y con los que podemos servir a Dios (1 Co 12:4-12, Rom 12:4).

El mensaje importante no es que todos hagamos el mismo trabajo, sino que todos debemos hacer lo que Jesús nos llama a hacer. Cada uno de nosotros debe servir activamente a Dios de cierta manera. En la actualidad, todos los creyentes debemos vivir bajo la autoridad y la dirección de Jesús si queremos obtener Su aprobación cuando regrese.

Sea cual sea su trabajo o función, debe cumplirlo con toda su energía. Si no sabe qué es, debe buscar el rostro del Señor mediante la oración y buscar compañerismo con otros creyentes hasta que sepa que está caminando en Su voluntad.

Una razón por la que muchos cristianos tienen dificultades para conocer la voluntad de Dios para sus vidas es que tienen muchas otras prioridades antes que servir a Dios. Por ejemplo, primero se educan, se casan, encuentran un buen trabajo, compran una casa y, luego, se preguntan cuál es la voluntad de Dios para sus vidas.

¡No es de extrañar que estén confundidos! Si queremos conocer realmente la voluntad de Dios, debemos estar abiertos a Él en *cada* área de nuestras vidas. Todas las cosas se deben someter a Él. La medida en que estemos realmente abiertos para Él es la medida en que podremos conocer Su voluntad. Nadie que realmente busque a Dios quedará esperando desconcertado por mucho tiempo. Dios es capaz de dirigir a Su pueblo.

Por supuesto, simplemente estar en un lugar y orar por años puede no traer la respuesta. A veces, para encontrar Su voluntad, debemos comenzar a avanzar en la dirección en la que creemos que nos podría estar guiando. A medida que caminamos, tendremos la garantía interior de Su bendición o la convicción de que cometimos un error. ¡Sea audaz! Tome medidas para hacer la obra para la que cree que Jesús lo está llamando. Cometer errores no es fatal, pero si enterrar sus talentos; Él lo desaprobó el día del juicio. “ Dichosos más bien —contestó Jesús— los que oyen la palabra de Dios y la obedecen” (Lc 11:28 NVI).

Una vez que recibimos al Señor, este no es el final. En cambio, es el comienzo de un proceso de seguirlo, hacer Su voluntad y expresar Su vida y Su naturaleza al mundo que perece, el cual dura toda la vida. Jesús ha corrido la carrera antes que nosotros, ha superado todo el poder del enemigo y se ha sentado a la diestra de la majestad en lo alto. Ahora nosotros, Su pueblo, nos enfrentamos a la responsabilidad de seguirlo en esta victoria.

Por fe, podemos servirle y lograr Su voluntad en la Tierra. Dado que tenemos Su vida dentro de nosotros, también podemos vivir como Él lo hizo. No existe una excusa aceptable para no vivir hoy en el Reino de Dios y manifestar Su voluntad en la Tierra. El gran y terrible día del Señor está por llegar. ¿Quién podrá estar en pie el día de Su aparición? Le digo que serán aquellos que hayan hecho Su voluntad.

Esta página fue dejada intencionalmente en blanco.

## 8.

### “SEÑOR, SEÑOR”

El capítulo que está a punto de leer aborda un tema de extrema importancia. Es un asunto que es de gran relevância para cualquiera que cree en Jesucristo. Es un tema que no se entiende muy bien en estos tiempos y sobre el cual muchos tienen algunas ideas erróneas e incluso confusiones arraigadas.

Por lo tanto, me gustaría pedirle a todos los lectores que presten especial atención a lo que se dice. Lea estas palabras con una mente abierta y un corazón que verdaderamente esté tratando de conocer la verdad. No llegue a conclusiones instantáneas, más bien lea todo el capítulo antes de formar su propia opinión sobre estas cosas.

De hecho, lo instaría a que también lea cuidadosamente los demás capítulos posteriores a este, porque este tema es tan importante que lo exploraremos con detalle. Ningún otro tema del que tengo conocimiento en las escrituras ha sido tan descuidado y malinterpretado por los hijos de Dios en estos tiempos. Que el Señor agregue Su bendición a estas palabras.

Es bien sabido para la mayoría de los cristianos que, cuando una persona nace de nuevo, recibe vida eterna. Esto significa que, en la eternidad, estará con el Señor. Es mi creencia que todos los verdaderos creyentes morarán con Cristo para siempre. Una vez que recibimos a Jesucristo, ningún hombre o ángel puede alejarlo de nosotros. Él mismo nos promete que nunca nos desampará ni nos dejará (Heb 13:5). Su plan es que todos Sus hijos estén con Él por la eternidad.

Las escrituras dicen: “Y todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo” (He 2:21). Esto significa que son rescatados del juicio eterno de Dios y morarán con el Señor para siempre. Según mi entendimiento, las escrituras proporcionan una base amplia para confiar en esta postura.

Sin embargo, hay muchos que creen, quizás incluso algunos de ustedes, lectores, que pueden “perder su salvación” o, en otras palabras, perder su nuevo nacimiento. No tengo la intención de iniciar un argumento teológico con estos queridos hermanos. Por lo general, estos debates no son muy fructíferos en el sentido espiritual.

Solo me gustaría señalar que muchos de los versículos que se utilizan para respaldar esta postura no están abordando realmente el tema de la nueva vida en absoluto, sino que hablan del Reino venidero. A medida que seguimos con nuestro estudio, verá que hay muchos otros versículos que detallan algunas consecuencias muy graves de la desobediencia. Sin embargo, cuando observamos con atención estos pasajes de las escrituras con el Reino en mente, descubrimos que la mayoría de estos versículos hablan claramente sobre el Milenio, no sobre la eternidad.

Quizás usted sea uno de los que cree que su renacimiento espiritual y el de los demás están en peligro constantemente. No creo que sea esencial convencerlo de mi postura. Solo le pediría, respetuosamente, que termine de leer los capítulos siguientes con una mente abierta para encontrar, quizás, una comprensión diferente de muchos pasajes bíblicos de la que había tenido antes.

Con esto en mente, existe un hecho esencial que necesitamos conocer. Si bien creo que la vida eterna es eterna, aunque es posible que otros no lo crean, la Biblia deja clarísimo otro tema. Y ese es que no todos los cristianos entrarán en el Reino Milenial venidero.

Permítame repetir esto. Las escrituras sagradas nos enseñan claramente que no todos los creyentes participarán en el Reino venidero de Cristo. Algunos pueden nacer de nuevo. Pueden ser los hijos de Dios. Pero a muchos de los que son de Dios no se les permitirá entrar en Su Reino venidero. Esta es una verdad escritural que revisaremos juntos. Mientras abrimos la palabra de Dios,

abramos también nuestros corazones para que Él pueda revelarnos Sus propósitos.

Recordando, una vez más, que las palabras “el reino de los cielos” no se refieren al “paraíso”, sino al Reino Milenial, leamos Mateo 7:21. “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos”. Por un lado, acabamos de leer que “todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo” (He 2:21). Cualquier persona que llame a Su nombre puede nacer de nuevo. Sin embargo, por otro lado, no todos los que lo llamen entrarán en Su Reino. Aquí hay otra calificación: aquellos que entran deben hacer la voluntad de Dios o, en otras palabras, ser obedientes a Él.

Considere esto cuidadosamente. Aunque todos los creyentes estarán en la eternidad, no se les permitirá a todos entrar al Reino de 1000 años de Jesucristo, sino solo a aquellos que sean obedientes. ¿Le sorprende esto? ¿Debería sorprenderlo? Ciertamente, tiene sentido que Jesucristo desee, como parte de Su Reino terrenal, solo a aquellos que lo han obedecido y le sirvieron fielmente mientras vivían en la Tierra. Seguramente no desea que Su administración celestial esté llena de personas perezosas, irresponsables y rebeldes. No, solo aquellos que sean obedientes y fieles entrarán en el Reino Milenial de Jesucristo y reinarán con Él.

La razón de esto es muy simple. No se puede contener la rebelión con personas rebeldes como sus representantes. No puede tomar a un ladrón y convertirlo en el presidente de un banco. No puede utilizar a una persona infiel para ayudar a otros a ser fieles. Simplemente no funcionará. Por lo tanto, para que Jesús establezca Su Reino en la Tierra, primero debe establecerlo *dentro* de aquellos a través de los cuales reinará. Este es el aspecto del Reino de Dios que se está llevando a cabo hoy.

Hablaremos más sobre este tema en los próximos capítulos, pero, por ahora, debemos pasar un tiempo viendo pasajes de las escrituras que nos enseñan esta verdad tan importante.

## LAS DIEZ VÍRGENES

Tal vez una de las secciones de la Biblia que más claramente se aplica a este tema sea la parábola de las diez vírgenes.

Esta parábola se encuentra en el capítulo 25 de Mateo, desde el versículo 1. Una vez más, recordando que “el reino de los cielos” no es el “cielo”, leamos juntos:

“Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo. Cinco de ellas eran prudentes y cinco insensatas.

Las insensatas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite [adicional]; mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas. Y tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron.

Y a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle! Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron, y arreglaron sus lámparas.

Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite; porque nuestras lámparas se apagan. Mas las prudentes respondieron diciendo: Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas.

Pero mientras ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta. Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor, ábrenos!

Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir” (Mt 25:1-13).

Esta es una parábola muy interesante y esclarecedora. Es una parábola sobre el Reino y el aspecto del mismo como “banquete de bodas” (vs. 10)”. El hecho de que sea una parábola que se aplica a los cristianos, a los verdaderos creyentes, también se hará evidente a medida que estudiemos este pasaje.

(No permita que nadie le diga que estos versículos se aplican solo a los judíos o que no son para esta dispensación actual. Decir algo así es hacer que este pasaje bíblico prácticamente no tenga sentido para los creyentes y cegar sus ojos a la verdad que se revela en él).

¿Quiénes son estas diez vírgenes y qué significa esta parábola? Sabemos, por las escrituras, que la virginidad es un

término que se aplica a los creyentes. Pablo dijo que había prometido en matrimonio (desposado) a ciertos creyentes “como una virgen pura a Cristo” (2 Co 11:2).

La virginidad aquí significa pureza, santidad y una vida inmaculada. Esta es una referencia que se hace de los creyentes que se han lavado en la sangre del Cordero, que han sido limpiados de toda su profanación y que ahora son santos y puros ante el Señor.

Estas diez mujeres eran vírgenes. La única diferencia entre ellas es que cinco eran prudentes y cinco eran insensatas. La Biblia no dice que cinco se salvaron y cinco no se salvaron, ni que cinco eran buenas y cinco eran malvadas. Solo leemos que cinco eran prudentes y cinco eran insensatas.

Todas las diez vírgenes tenían al menos un poco de aceite en sus lámparas. Esto se demuestra por el hecho de que, antes de que se quedaran dormidas, todas sus lámparas estaban encendidas, de lo contrario, no se podrían estar apagando más tarde (vs 8). Una mecha de lámpara sin aceite se habría apagado casi inmediatamente.

Las prudentes tenían más aceite en sus “vasijas” (vs 4), mientras que las insensatas, aparentemente, tenían solo un poco en sus lámparas. Las “vasijas” deben haber sido un recipiente de aceite adicional que trajeron para reponer sus lámparas cuando surgiera la necesidad.

Este aceite que tenían es un tipo del Espíritu Santo. En el Antiguo Testamento, se instruyó a los sacerdotes a través de Moisés que mezclaran un aceite de unción (Ex 30:22-25) que simbolizaba el Espíritu Santo que Dios ahora ha derramado. De estas diez personas, todas tenían aceite. Todas habían participado del Espíritu Santo.

Observe también que cada una de estas lámparas estaba encendida y ardiendo. Las escrituras dicen: “Lámpara de Jehová es el espíritu del hombre, la cual escudriña lo más profundo del corazón” (Pr 20:27). El espíritu del hombre es donde el Espíritu Santo habita en una persona que ha nacido de nuevo.

En 1 Corintios 6:17 leemos lo siguiente: “Pero el que se une al Señor, un espíritu es con Él”. La unión del Espíritu de Dios con el

del hombre produce el encendido de una llama espiritual en cada creyente que comienza a darles una luz sobrenatural. Seguramente estas vírgenes que tenían aceite en sus lámparas y cuyas lámparas ardían debían ser creyentes regeneradas y nacidas de nuevo.

Otra cosa que nos dice que estas eran creyentes es que estaban esperando por el novio. Nadie que no sea creyente está esperando por el novio. Solo aquellos que Lo conocen y Lo aman Lo están esperando. Leemos en el versículo 5 que, mientras el novio se tardaba, todas se quedaron dormidas. De manera simbólica, todos estos creyentes murieron mientras aún estaban esperando a su Señor.

Pero, a la medianoche, se oyó un clamor: “¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!” y se despertaron. Las escrituras dicen: “Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados” (Dn 12:2). Cuando el Señor regresó, estos creyentes fueron resucitados y levantados de entre los muertos para reunirse con el novio. Otra prueba positiva de que todas estas “vírgenes” eran cristianos reales es que *solo* los creyentes serán resucitados cuando Jesús regrese. Preste mucha atención a esto, ya que es una verdad muy importante y tiene un fuerte impacto en la comprensión adecuada de las escrituras. ¡Los no creyentes no serán raptados! Los que no son cristianos no serán resucitados accidentalmente cuando Jesús regrese.

Por lo tanto, no existe la posibilidad de que algún no creyente intente entrar al banquete de bodas. Ningún no creyente podría estar fuera de la puerta clamando “Señor, Señor” para que lo dejen pasar. Aquellos que no creen no serán resucitados hasta 1000 años después, en lo que se conoce como el juicio del “gran trono blanco”. Por lo tanto, la única posibilidad es que estas vírgenes sean creyentes.

## NUESTRA VERDADERA CONDICIÓN

Pero aquí vemos que, después de su resurrección, algunas de estas vírgenes comenzaron a notar su verdadera condición espiritual. Estaban en problemas. Carecían de aceite y sus lámparas se estaban apagando. No habían pagado el precio de ir y

comprar mientras seguían viviendo. Evidentemente, todas tuvieron la oportunidad, pero cinco de ellas fueron insensatas.

Sin duda, mientras vivían su vida en este planeta, decidieron complacerse a sí mismas. No buscaron el rostro del Señor y hacer Su voluntad. No pagaron el precio necesario para estar llenas del aceite del Espíritu Santo. Su insensatez las hizo ser desobedientes, negligentes y despilfarradoras de su tiempo y energía.

Por lo tanto, cuando el novio llegó y entró al banquete de bodas, estas cinco vírgenes se quedaron afuera. A aquellas que habían sido obedientes, que habían recibido el aceite necesario, se les permitió entrar.

Pero a aquellas que eran desobedientes, infieles y perezosas en sus andares, las otras les dijeron que fueran a comprar, que fueran y pagaran el precio requerido. Mientras salieron, la puerta se cerró y, cuando volvieron y tocaron la puerta, no las dejaron entrar. Este pasaje corresponde exactamente al otro que ya habíamos citado que dice que no todos los que dicen que Jesús es su Señor entrarán en el Reino, sino aquellos que hacen la voluntad del Padre.

Esta es una verdad inmensamente aleccionadora. Es una que todo creyente debe considerar seriamente. Si somos infieles y desobedientes en nuestras vidas individuales, el Hijo del Hombre vendrá en un momento en el que no lo estemos esperando (Lc 12:46) y no nos encontrará preparados. Dado que no todos los cristianos podrán entrar, ¿cómo debería afectar este conocimiento a nuestra vida diaria? Mi esperanza es que esta realización ilumine a algunos que solo se complacen a sí mismos, que se arrepientan y que comiencen a vivir desde este momento para su Rey.

## “NO OS CONOZCO”

No cabe duda de que debemos tomarnos un momento aquí para hablar sobre una frase utilizada en esta parábola que podría causar malentendidos, la cual se escucha que el Señor dice: “No os conozco”. Estas palabras se encuentran tanto en el pasaje en el que leemos que “no todos entraremos al Reino” como en esta parábola sobre las diez vírgenes.

Algunos insisten en que, debido a que Jesús dice que no conoce a estas personas, no podrían ser Sus hijos. Argumentan: ¿cómo podría decir “No os conozco” si Él los había engendrado? Preste especial atención a la respuesta, ya que es muy importante. Hay varias razones que explican esta declaración del Señor.

Para empezar, la palabra “conocer”, la palabra griega que se usa aquí, se traduce en otro lugar como “entender”. En Romanos 7:15, Pablo dice: “Porque lo que hago, no lo entiendo”. Esto significa que no aprobó hacerlo. Esta palabra también se puede traducir como “certificar”, de acuerdo con W. E. Vine en su *Diccionario Expositivo de Palabras del Nuevo Testamento*.

Con esta otra traducción posible, Jesús está diciendo en estos pasajes: “No os certifico”. “No has cumplido el estándar y, por lo tanto, no te certifico ni te apruebo”. Estas personas que eran insensatas, poco fieles y que no hacían la voluntad de Dios mientras estaban vivas no recibieron la certificación, la aprobación ni el permiso de Dios cuando vino a establecer Su Reino Milenial.

Obviamente Dios conoce a todos los que han existido en la Tierra. Él conoce sus nombres y todas las cosas que han hecho. Pero cuando se trata de heredar Su Reino, solo reconocerá a aquellos que han sido fieles y obedientes.

¿El Señor Jesús negaría que conoció a algunos de Sus propios hijos? Sí, lo haría. Es una de Sus promesas solemnes que, con seguridad, es cierta. Dice claramente que: “a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré [o desheredaré] delante de mi Padre que está en los cielos” (Mt 10:33). Esto significa que Él negará que nos conoció. Él negará tener conocimiento de nosotros porque nosotros Lo negamos.

¿Qué significa negarlo? Significa que, mediante nuestras vidas, incluidas nuestras actitudes, palabras, acciones y decisiones, negamos Su reinado, Su señorío y Su justa autoridad sobre nosotros. En resumen, fuimos hijos desobedientes. No es necesario que diga tal cual “niego a Jesús” para negarlo. Todo lo que debe hacer es ignorarlo y negar que tiene autoridad alguna sobre su vida.

No me malinterprete; nuestra negación de Jesús puede ser verbal y externa, pero fácilmente puede ser no verbal e interna, manifestarse en terquedad, desobediencia y una vida egoísta.

Las personas que viven sus vidas de esta manera son aquellas a quienes Jesucristo les dirá: “Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad [rebelión, pecado, desobediencia]” (Mt 7:23).

Esta situación podría compararse con una mujer que tuvo un hijo. Amaba mucho a su hijo y lo crio de la mejor forma que pudo. Pero, cuando este creció, se volvió desobediente. Imaginemos que se convirtió en un asesino, un ladrón, un violador, un drogadicto y estuvo involucrado en males de todo tipo. Obviamente, su madre estaba avergonzada de él. Supongamos que, después de muchos años, este hombre volvió a casa y dijo: “Hola, mamá, ¿cómo estás? ¿Me puedes prestar dinero?”

Esta mujer probablemente diría: “No te conozco. Niego que tú seas mi hijo. Me avergüenzo de ti por tu desobediencia, tu rebelión y tus obras malvadas, renuncio a haberte conocido. Te prohíbo entrar a mi casa”. Así es como será en el día del regreso del Señor con aquellos que han actuado de forma insensata y perversa.

## EL EVANGELIO DEL REINO DE PABLO

Ahora pasemos a varios otros pasajes de las escrituras que dicen, específicamente, quién heredará o no el Reino de Dios. En el capítulo 6 de 1 Corintios encontramos tal pasaje. Aquí, Pablo, el apóstol, dice:

“¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios. Todas las cosas me son lícitas, mas no todas convienen; todas las cosas me son lícitas, mas yo no me dejaré dominar de ninguna” (1 Co 6:9-12).

Lo que Pablo les dice a estos creyentes es que, si siguen participando en la rebelión y en el pecado en los que una vez participaron antes de conocer a Jesucristo, no heredarán el Reino de Dios. Les recuerda que, dado que saben que las personas que practican estas cosas no heredarán el Reino, tampoco deberían esperar heredarlo si siguen practicándolas. Aunque las practicaron

antes, ahora han sido limpiados y no deberían volver a practicarlas.

¿Para qué otro motivo escribiría este pasaje a estos cristianos? Seguramente todos ya sabían que los pecadores no creyentes no heredarán el Reino de Dios. Pero aquí está hablando específicamente sobre los creyentes que practican diversos pecados de forma continua y sin arrepentirse. Debido a que esto es así, debemos tener cuidado de no vivir de las mismas maneras antiguas, porque si lo hacemos, no heredaremos el Reino. Oro francamente para que ningún cristiano se deje engañar por esto. Nadie que viva una vida desobediente entrará en el Reino de Dios.

Un pasaje en Gálatas 5, que comienza en el versículo 19, dice esencialmente lo mismo: “Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que *los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios*”. (Gal 5:19-21).

¿Conoce a algún cristiano que esté involucrado en este tipo de pecados? ¿Practica usted mismo estas cosas? Si lo hace, puede estar seguro de que no heredará el Reino. No accederá a todo lo que Dios ha preparado para usted. Aunque normalmente pensamos en los no creyentes como las personas que hacen estas cosas, es una vergüenza decirlo, pero es cierto que hay muchos cristianos que todavía las practican.

Comencemos con la primera palabra en el versículo 21, “envidia”. ¿Cuántos de nosotros envidiamos a otros y estamos celosos de lo que tienen y quiénes son? ¿Cuántos de nosotros tenemos odio en nuestros corazones hacia otra persona? ¿O cuántos de nosotros amamos discutir por ciertas enseñanzas doctrinales?

¿Podría ser que algunos de nosotros “servimos a Cristo” con algún tipo de ambición egoísta como nuestra motivación? ¿No sabe que aquellos que practican estas cosas no heredarán el Reino de Dios? Le escribo para advertirle, para decirle claramente que no todos entrarán, sino solo aquellos que sean obedientes.

No solo hay creyentes que discuten, envidian y odian, sino que también me he dado cuenta de que hay literalmente miles de hombres y mujeres cristianos que cometen fornicación y otros pecados sexuales con regularidad. También hay innumerables personas que dicen conocer a Jesús, pero que pasan incontables horas en bares, bebiendo y participando en la atmósfera, los chistes y las conversaciones mundanas. La triste verdad es que muchas de las personas que “vienen a la iglesia” el domingo por la mañana hacen otras cosas durante la semana que entristecerían profundamente a cualquier persona que ame de verdad al Señor. Estas personas no entrarán al Reino de Dios hoy.

Incluso es cierto que existe un número creciente de cristianos que consumen marihuana y otras drogas y afirman que mejoran su experiencia “espiritual”. Esta es una vil mentira. Y es este tipo de actividades sobre las que hablan las escrituras. Nadie que haga estas cosas entrará en el Reino, sino solo aquellos que hagan la voluntad del Padre.

## LA HISTORIA DE ESAÚ

Quizás recuerde la historia de Esaú. Fue el primer hijo de Isaac y, por ser el primogénito, era el heredero legítimo de todo lo que su padre tenía. Sin embargo, después de regresar de cazar un día, estaba cansado y hambriento. Su hermano Jacob acababa de preparar una deliciosa sopa de frijoles.

Entonces, Esaú empezó a negociar con Jacob. Él intercambió su derecho de nacimiento, es decir, su derecho a ser el primero en heredar de su padre, por la comida. Intercambió algo de valor extremo por gratificación física, temporal y mundana.

Más tarde, cuando lo pensó mejor, cambió de opinión y quería recuperar su primogenitura. Él se arrepintió y lloró, pero era demasiado tarde. Ya se había vendido por un precio muy barato. Esta historia todavía es relevante para nosotros hoy.

Hebreos 12:15,16 nos exhorta a lo siguiente: “Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados; no sea que haya algún fornicario, o profano, como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura”. Esta es

una representación exacta de cómo será cuando Jesús regrese. Hay muchos creyentes en la Iglesia de hoy que están intercambiando su derecho a heredar el Reino junto a Jesucristo por placeres terrenales. Satisfacen su carne con distintos tipos de pecado e imaginan que mañana podrán reinar y gobernar con Cristo.

Sin embargo, estas personas serán excluidas del Reino. No se les permitirá entrar, incluso cuando lloren con lágrimas y arrepentimiento, "... allí será el lloro y el crujir de dientes" (Mt 25:30).

Tenga en cuenta aquí cómo el autor enfatiza especialmente los pecados sexuales. Es muy fácil pensar que estas cosas no importan. Que "bocado" tan pequeño puede parecer un poco de placer sexual para nuestros propios ojos.

No obstante, cuando la tentación ataca, cuando nuestra carne clama con cada célula por gratificación sensual, recordemos lo que está por venir. Nuestro destino depende de nuestras decisiones. Para muchos creyentes desobedientes, habrá lloro y crujir de dientes ese día.

No estoy diciendo que no pueda arrepentirse. Seguramente podrá hacerlo HOY. Pero cuando los cielos se abran y Jesús aparezca en Su gloria, será demasiado tarde. Por lo tanto, aproveche esta oportunidad, ahora mismo, para arrepentirse completamente de todo aquello en lo que participa que no glorifica a Dios. Cambie su forma de pensar y sus actividades para ajustar su vida a Su voluntad.

De esta manera, y solo de esta manera, estará listo cuando Él venga y podrá entrar con Él en Su Reino y gloria.

Ahora, leamos juntos el capítulo 5 de Efesios, comenzando por el versículo 1. Aquí, una vez más, Pablo les escribe a los creyentes: "Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante. Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos; ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias. Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios" (Ef 5:1-5).

Creo que estos versículos hablan por sí mismos. Es muy cierto que en Jesucristo podemos ser lavados de estos pecados, que Su sangre está disponible hoy para limpiarnos por completo. Sin embargo, me gustaría aclarar que solo los que se arrepienten y confiesan sus pecados serán los que Dios limpiará (1 Jn 1:9).

Aquellos que sean infieles, rebeldes, desobedientes y que continúen pecando sin arrepentirse sufrirán las consecuencias. Ciertamente, si son creyentes, han escapado de la ira de Dios y del juicio eterno, pero las escrituras nos dicen claramente que no heredarán el Reino Milenial.

En 1 Juan, capítulo 2, versículo 28, encontramos una advertencia muy grave. Este versículo verifica todo lo que hemos estado entendiendo. Leamos la versión RVR1960 de este versículo: “Y ahora, hijitos, permaneced en Él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en Su venida no nos *alejemos de Él* avergonzados”. Merece la pena destacar el uso de la palabra “alejemos”, esta palabra del griego se puede traducir como “desde”, “lejos de”, “alejado” o “separado”. Algunos traductores lo traducen de otras maneras, pero esto es lo que dice el versículo realmente.

## QUIÉN ENTRARÁ

¿Quién entrará al Reino de Dios? Serán aquellos que hayan sometido sus vidas completamente a Jesucristo y Le permitan expresar Su vida y naturaleza a través de ellos. Jesús enseñó esto: “Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mt 5:3). “Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la Tierra por heredad” (Mt 5:5). “Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mt 5:10).

Las personas que son humildes, que son mansas, que son obedientes y que se someten al reinado celestial de Jesucristo son aquellas que poseerán la Tierra cuando Él regrese. Son a quienes Él les dirá: “Bien, buen siervo y fiel [...] entra en el gozo de tu señor” (Mt 25:21).

Un pasaje en 2 Pedro también nos habla claramente sobre este tema. Comenzando por el versículo 9 del capítulo 1, leemos: “Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego,

habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados. Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pe 1:9-11).

“El que no tiene estas cosas” es alguien insensato, perezoso e irresponsable en su relación con Jesús. Pedro nos explica aquí que, si hacemos la voluntad del Señor, nuestro derecho a entrar a Su Reino está garantizado.

¡Alabado sea Dios! Qué día tan glorioso será cuando todos aquellos que aman a Jesucristo, que esperan con ansias Su venida y que le han servido durante sus vidas, accedan al gozo y la abundancia que está preparando. Aleluya, qué gloria será ver a todos esos santos fieles, algunos de los cuales incluso han perdido sus vidas por el Reino de Dios, acceder a esta maravillosa experiencia de banquete y reinado de 1000 años.

## LOS HIJOS DE ISRAEL

Todo lo escrito en las escrituras está escrito para nuestro beneficio. Por lo tanto, puede ser bueno para nosotros pasar un poco de tiempo pensando en los hijos de Israel. Después de cientos de años de servidumbre en Egipto, Dios los rescató. Envío a Moisés y los libró de su pesada carga de esclavitud ante los caprichos de un rey terrenal.

Después de liberarlos milagrosamente, los guio a través del desierto hacia la “tierra prometida”. Fue en esta tierra donde, finalmente, podían reposar y vivir una vida de bendición y productividad.

Sin embargo, la mayoría de ellos se rebelaba continuamente contra Dios. Rechazaron Sus palabras y fueron desobedientes. Por lo tanto, Dios juró que nunca accederían a este “reposo” y que morirían en el desierto.

El autor de Hebreos hace referencia a esta parte de la historia judía con gran detalle para dejar claro un punto muy importante y aleccionador. A partir del capítulo 3, comienza a citar las escrituras del Antiguo Testamento y, en general, desarrolla un paralelismo entre lo que sucedió con los hijos de Israel y lo que

sucedará también con los creyentes. Usó la historia judía para dejar claro un punto extremadamente importante.

Aquí, el autor habla del futuro reposo, el reposo del séptimo día, es decir, el Reino Milenial (Heb 4:4,5). Él se refiere al Día del Señor, Su día de reposo que está por venir. Con esta conexión, él dice, desde el principio del versículo 1 del capítulo 4: “Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en Su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado” (Heb 4:1). Este “vosotros” mencionado aquí debía referirse a los creyentes, ya que es para ellos que estaba escribiendo.

El versículo 9 dice: “Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios” (Heb 4:9). El versículo 11 declara: “Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia” (Heb 4:11).

Aquí, el autor de Hebreos dilucidó para nosotros, de forma clara y cuidadosa, exactamente la misma verdad que hemos estado estudiando. Esta verdad es que es muy posible que alguien vuelva a nacer, sea realmente un hijo de Dios, pero que no se le permita entrar al Reino venidero, el reposo venidero. Las razones para no entrar son las mismas que las de los hijos de Israel: incredulidad y desobediencia.

Los exhorto a que todos lean cuidadosamente los capítulos 3 y 4 de Hebreos y vean cómo este pasaje se aplica específicamente al Reino venidero; cómo el reposo, la victoria sobre el enemigo y el disfrute de Cristo en Su gloria venidera son cosas que requieren esfuerzo de nuestra parte para que podamos acceder a ellas.

Nuestra entrada al Reino requiere diligencia y fidelidad. Aquí se escribe, con bastante claridad, que es posible “no haberlo alcanzado” o, en otras palabras, no poder acceder a este reposo. Incluso, es bastante bíblico tener dentro de nosotros una cierta cantidad de miedo, un temor santo y piadoso, de no ser suficiente para el estándar que Dios requiere.

## CUANDO JESÚS VENGA

Curiosamente, nuestra situación cuando Jesús venga es la que determinará si entraremos o no en el reinado milenial de Cristo. Puede ser que hayamos sido fieles al Señor durante muchos

años, que hayamos sido siempre siervos fieles. Pero, a medida que envejecemos, ciertas tentaciones aparecen.

Por ejemplo, quizás pensemos que Dios nos perdonaría si nos divorciáramos de nuestra esposa mayor, un poco arrugada, flácida y menos atractiva y nos casáramos con una mujer más linda y joven, un “bocado”, alguien más “espiritualmente en armonía con nuestras necesidades”. Tal vez esperamos que no sea “demasiado malo” simplemente complacernos un poco después de tantos años de servicio. Después de todo, quizás imaginamos que el perdón de Dios es grande y que Él entiende nuestras debilidades y nuestras “necesidades”.

Ezequiel 18:24 habla de esta situación con mucha claridad diciendo: “Mas si el justo se apartare de su justicia y cometiere maldad [...] Ninguna de las justicias que hizo le serán tenidas en cuenta; por su rebelión con que prevaricó, y por el pecado que cometió, por ello morirá”. No es suficiente haber sido fiel en el pasado. Debemos permanecer fieles hasta el final. Pablo dice en una parte que no pretendía “haberlo ya alcanzado”. En ese momento, no tenía la confianza de ya haberlo “asido” (Flp 3:12,13).

Pablo definitivamente tenía vida eterna. Ciertamente, había nacido de nuevo. No obstante, no podía estar seguro de heredar el Reino. Proseguía constantemente (Flp 3:14). En 1 Co 9:27, Pablo dice: “golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado”.

No creo que Pablo tuviera miedo de perder la vida eterna. Sabía que nada podría separarlo del amor de Dios (Rom 8:35). Pero estaba preocupado por la posibilidad de ser “descalificado” de algo, algo muy importante. Sabía que, para heredar el Reino venidero, debía seguir siendo fiel hasta el final.

Pero, más adelante, cerca del final de su vida, una vida de fidelidad y fecundidad, recibió la garantía de acceder al Reino. En 2 Timoteo 4:7,8, él afirma que ahora: “... he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia”. La “corona” se refiere al reinado en el Reino. Por lo tanto, vemos que solo a través de una vida de fidelidad se nos puede garantizar que heredemos el Reino con Jesucristo.

Si bien es posible que alguien que fue fiel se haga infiel, también es posible que alguien que haya vivido una vida de pecado se arrepienta, se vuelva obediente al Señor y logre entrar al Reino de Dios.

En Dios, hay lugar para el arrepentimiento. Nuestro pecado puede ser perdonado y podemos cambiar el curso de nuestras vidas. Nuestro Señor es amoroso y perdona, y nos permitirá volver a Él. No es lo que hemos hecho en el pasado, sino cómo estamos viviendo cuando Jesús regrese lo que determinará si podemos o no entrar a Su Reino.

Si se está dando cuenta de que no ha estado complaciendo al Señor, ahora es una buena oportunidad para volver a Él, arrepentirse y permitirle reinar sobre cada aspecto de su vida. Una vez más, Ezequiel nos habla cuando dice: “Mas el impío, si se apartare de todos sus pecados que hizo [...] Todas las transgresiones que cometió, no le serán recordadas” (Ez 18:21,22).

¡Aleluya! ¡Es posible que un hijo pecador de Dios regrese a Él, haga Su voluntad y sea capaz de heredar el Reino!

Esta página fue dejada intencionalmente en blanco.

## 9.

## UNA RECOMPENSA JUSTA

En el capítulo anterior, hablamos sobre el hecho de que no todos los hijos de Dios entrarán a Su Reino Milenial. Aunque todos estarán con Él eternamente, no todos los que pronuncien el nombre del Señor accederán a la bendición de reinar y disfrutar de un banquete con Él en Su Reino.

En este capítulo, estudiaremos un aspecto aún más profundo de esta verdad, y es el siguiente: no solo pasará que algunos creyentes no entrarán al Reino de Jesús, sino que, además, algunos de ellos que son rebeldes y desobedientes serán castigados. No solo se perderán la valiosa recompensa del Reino, sino que serán castigados de diversas maneras. Algunos de ellos serán castigados gravemente por su desobediencia. Lo que haremos aquí es revisar las escrituras que ilustran esta aleccionadora verdad.

La Biblia nos enseña que Dios está llevando a muchos hijos a la gloria (Heb 2:10). Qué privilegio es poder ser uno de ellos. Desde que fuimos redimidos por la preciada sangre del Cordero, nos hemos salvado de la ira de Dios y Él ya no nos trata como a Sus enemigos. En cambio, Él nos trata como Sus hijos.

Sin embargo, convertirse en hijos de Dios no significa que hayamos escapado de Su disciplina o que podamos hacer lo que queramos. Así como usted, como padre, no permitiría que sus hijos sean rebeldes y desobedientes, sino que los disciplinaría para evitar que vivan ese tipo de vida, Dios también lo hace.

Las escrituras dicen: “Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo” (Heb 12:6). Esta palabra, “azota”, significa golpear con un látigo o una vara.

Dios no es el tipo de padre que algunas personas son hoy. No promueve la permisividad. Ama a Sus hijos y, en Su sabiduría, se da cuenta de que la disciplina es saludable, que reprenderlos por sus pecados hará que hagan lo correcto en el futuro. De hecho, Su forma de disciplinarnos demuestra que somos Sus hijos porque, en Su gran amor, nos corrige (Heb 12:8).

Ahora, hemos llegado a un principio divino muy importante. Gálatas 6:7 dice: “No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”. El tipo de semilla que un jardinero o agricultor ponga en la tierra será exactamente el tipo de planta que crecerá. Si siembra maíz, no obtendrá frijoles; si siembra cebollas, no cosechará zanahorias. La semilla que se siembra produce exactamente el mismo tipo de cosecha.

El mismo principio se aplica para nosotros en el mundo espiritual. En consecuencia, podemos estar seguros de que, independientemente del tipo de vida que vivamos, cosecharemos las consecuencias correspondientes, tanto ahora como en el futuro. Si vivimos una vida pecaminosa o, en otras palabras, “sembramos para la carne”, segaremos el resultado de la “corrupción” (Gal 6:8).

Si “sembramos para el Espíritu”, recibiremos más y más de la vida eterna de Dios o, en otras palabras, la madurez espiritual. Los hijos de Dios no son inmunes a este principio alterable. Sin duda, recibiremos los resultados de lo que estamos sembrando hoy.

No piense que, solo porque estamos bajo la gracia de Dios y nos hemos librado de la ira con la que Él destruirá a Sus enemigos, podemos hacer lo que queramos. No es posible burlar a Dios, Él tampoco es ciego. No se engañe en cuanto a esto. La Biblia nos dice que “los ojos de Jehová están en todo lugar, mirando a los malos y a los buenos” (Pr 15:3). Es Él quien “escudriña la mente y el corazón” (Ap 2:23). Él sabe lo que pensamos, sabe lo que decimos y sabe lo que hacemos. Todo lo que está oculto para los demás, Él lo sabe. Y por todas estas cosas tendremos que rendir cuentas ante el asiento de juicio de Cristo.

En ese momento, aunque nadie estará en peligro de sufrir por la eternidad en el lago de fuego, si hemos sido desobedientes,

estaremos en peligro de recibir un castigo apropiado y merecido. Cosecharemos exactamente lo que hemos sembrado. Dios castigará a Sus hijos rebeldes. Sí, ciertamente lo hará.

En Apocalipsis 2:23 leemos que Jesús dice: “y os daré a cada uno según vuestras obras”. Apocalipsis 22:12 dice: “He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra”. Y, nuevamente, en 2 Corintios, capítulo 5, versículo 10, leemos lo siguiente: “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba [sea recompensado o castigado] según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo”.

Con respecto a estos versículos, he escuchado a algunos enseñar que, si las cosas que hemos hecho son buenas o son malas, Dios aún nos recompensará. Aún nos bendecirá. Aún nos dará solo cosas buenas.

Este tipo de pensamiento tipifica lo que significa ser engañado. De alguna manera, el diablo o sus propios pensamientos lo han hecho creer algo que no puede ser cierto. Es imposible sembrar semillas malas y cultivar buenas recompensas.

También he escuchado decir lo siguiente: “Bueno, aquellos que han hecho el bien recibirán muchas recompensas y aquellos que han hecho el mal recibirán solo unas pocas cosas buenas”. Creo que debo decirles, en el nombre de Jesucristo, que esta no es la verdad.

Cuando la Biblia utiliza la palabra “recompensa”, no siempre se refiere a algo bueno o a una bendición. La palabra “recompensa” también se utiliza en el Nuevo Testamento para referirse al castigo justo de actos impíos. Básicamente, significa que obtendremos nuestra “recompensa justa”.

Cuando Jesús estaba colgando en la cruz entre los dos ladrones, uno de ellos dijo: “porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas este ningún mal hizo” (Lc 23:41). Estaban siendo crucificados porque habían hecho el mal. Por lo tanto, estaban sufriendo la “recompensa” que merecían.

Cuando Jesucristo venga con Su recompensa, no debemos pensar que solo puede ser buena sin importar lo que hayamos hecho con las cosas que nos ha dado.

Entonces nos juzgará de acuerdo con lo que hemos hecho con nuestro tiempo y nuestros talentos (He 1:18, 2 Tim 4:14, 2 Pe 2:13, Ap 18:6).

¿Dios castigaría a algunos de Sus hijos? Sí, lo haría, lo hará si son rebeldes y desobedientes. De hecho, esta es una de Sus grandes promesas de las que podemos depender. Algunos dicen que la corrección y el azote que la Biblia menciona solo ocurren hoy, en esta vida. Creen que el Señor nunca haría eso cuando venga.

Si bien es cierto que, en este mundo, Dios nos aplica disciplina y nos corrige mucho, es igualmente cierto que algunos de los hijos de Dios no responden a esto. No hacen caso a la amonestación de Dios y no permiten que Él los guíe y los corrija. En cambio, siguen siendo rebeldes. Muchas veces, estas personas atribuyen las circunstancias desafortunadas que surgen como acontecimientos naturales y se rehúsan a reconocer la mano de Dios en Su trato con ellos. Algunos encontrarán alguna excusa para no admitir que los problemas por los que están pasando son la disciplina divina del Padre celestial. Estas personas endurecen sus cuellos y sus corazones frente a lo que Dios está haciendo. Por lo tanto, no se benefician de la disciplina divina en esta vida.

Debido a su rebelde disposición, no permiten que el Espíritu Santo haga Su obra. Aunque pueden engañarse a sí mismos intentando imaginar que todo está bien, cuando Jesucristo vuelva, todas las cosas quedarán expuestas. Todos los consejos y pensamientos ocultos del corazón se traerán a la luz, y estos hombres y mujeres que conocían la voluntad del Señor, pero que no la cumplieron, sufrirán Su castigo.

Volvamos nuevamente al capítulo 25 de Mateo y examinemos otra parábola del Reino en la que podemos encontrar detalles de esta verdad. Comenzando en el versículo 14, este pasaje dice:

“Porque el reino de los cielos es como un hombre que, yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. A uno dio cinco talentos, y a otro dos, y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad; y luego se fue lejos. Y el que había recibido cinco talentos fue y negoció con ellos, y ganó otros cinco talentos. Asimismo, el que había recibido dos, ganó también otros dos.

Pero el que había recibido uno fue y cavó en la tierra, y escondió el dinero de su señor.

Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y arregló cuentas con ellos. Y llegando el que había recibido cinco talentos, trajo otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros cinco talentos sobre ellos. Y su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor.

Llegando también el que había recibido dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros dos talentos sobre ellos. Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor.

Pero llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo.

Respondiendo su señor, le dijo: Siervo malo y negligente, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí. Por tanto, debías haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses.

Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos. Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado.

Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes" (Mt 25:14-30).

Qué parábola tan tremendamente aleccionadora. En ella, Jesucristo habla de Sus "siervos". Si pensamos abiertamente en esto, debemos llegar a la conclusión de que estos tres siervos eran todos creyentes. Todos eran siervos del Señor, cada uno de ellos recibió talentos de Él para hacer Su voluntad mientras Él estaba lejos.

Ningún no creyente encaja en esta categoría. No cometa el error de llamar a dos siervos creyentes y al otro siervo no creyente. Los tres deben ser lo mismo. Los tres son creyentes nacidos de nuevo, son siervos de Jesucristo. En esta parábola del Reino se nos informa que el servicio improductivo será echado a las tinieblas de afuera, donde hay lloro y crujir de dientes.

No se nos dice exactamente qué son o dónde están las “tinieblas de afuera”, pero podemos imaginar que es un lugar que está separado de la presencia directa de Jesucristo y que es un lugar de búsqueda profunda del alma para las personas que son echadas allí.

El “lloro y el crujir de dientes” sobre los que hablan las escrituras son causados por la angustia de estos creyentes que se han dado cuenta de lo que podrían haber tenido, la alegría a la que podrían haber accedido, si tan solo hubieran hecho un pequeño esfuerzo por ser fieles. Pero ahora ven que es demasiado tarde. En este momento, no pueden recuperarse para acceder al Reino y son relegados en este estado de tinieblas durante 1000 años durante el banquete de bodas hasta el comienzo de la “eternidad futura”.

Este es un castigo grave. Es algo que estoy seguro de que a nadie le gustaría experimentar. Afortunadamente, ningún creyente debe pasar por esto, ya que Dios nos ha capacitado para ser fieles y nos empoderará para ser obedientes.

Es importante tener en cuenta que las tinieblas de afuera no son lo mismo que el lago de fuego. Preste especial atención a esto. En ningún lugar de la Biblia se dice que las tinieblas de afuera son lo mismo que el lago de fuego. Es común que los cristianos relacionen estas dos cosas cuando no deben hacerlo.

Hay varias buenas razones para hacer tal distinción. Para empezar, el lago de fuego no puede ser oscuro como las tinieblas. Durante muchos miles de años, hasta el reciente uso de la electricidad, la única manera de tener luz en un lugar oscuro fue encender fuego. Una vela o una lámpara es simplemente fuego en un formato pequeño. Por lo tanto, nadie que viviera en el tiempo de Jesús pensaría que un lugar lleno de fuego podía ser oscuro. De hecho, pensarían lo opuesto.

A continuación, debemos recordar que este juicio de “siervos” se llevará a cabo cuando Jesús regrese. Como ya hemos visto, los no creyentes no serán raptados. Por lo tanto, no se puede creer que alguien no creyente esté presente frente al asiento de juicio de Cristo cuando se recompense a los otros “siervos”.

Solo *después* del milenio los no creyentes serán resucitados y juzgados, y solo *entonces* cualquier persona (además de la bestia

y el falso profeta) será echada al lago de fuego. No nos inspiremos en Dante o Milton, que representan el infierno como un lugar lleno de diversos tipos de castigos y sufrimientos (es decir, oscuridad, azotes, fuego, etc.). No, ser echado a las tinieblas de afuera es un castigo para los hijos de Dios. Es temporal y es algo que ocurre en el asiento de juicio de Cristo al comienzo del Milenio.

A los ojos de muchas personas, el pecado de este siervo no parece ser muy malo. La verdad, no hizo nada claramente malvado. Simplemente no hizo nada. Hemos hablado antes sobre el hecho de que no hay un terreno neutro en este mundo. En nuestras vidas, participamos en un reino o en el otro. Estamos viviendo en el Reino de Cristo y en obediencia a Él, o, a sabiendas o sin saberlo, servimos al diablo.

Jesucristo nos ha confiado una comisión de ir al mundo, enseñar a todas las naciones y convertirlos en discípulos (Mt 28:19). Un discípulo es alguien que es obediente y disciplinado por su maestro. A los fieles se les confía este mensaje y se les da varias capacidades que pueden usar para transmitirlo.

Si por miedo, pereza o simple desobediencia no usamos nuestros dones y talentos para cumplir lo que Dios nos ha ordenado hacer, responderemos por esto ante el asiento de juicio de Cristo. En este momento, algunos de los hijos de Dios serán echados a las tinieblas de afuera. Habrá lloro y crujir de dientes. No solo algunos creyentes quedarán fuera del banquete de bodas, sino que también algunos serán castigados de esta manera por su flojera y su desobediencia.

Jesús repite esta misma advertencia en otro lugar donde afirma que “vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos [este es el banquete de bodas]; mas [algunos de] los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mt 8:11,12).

¿Quiénes son estos “hijos del Reino”? Son aquellos que, en virtud de ser hijos porque nacieron de Dios, tenían el derecho de heredar el Reino. Al igual que el hijo de un hombre terrenal heredará sus bienes cuando muera, también los hijos de Dios tienen el derecho a heredar el Reino que Él prometió.

La traducción “Palabra de Dios para Todos” deja esto muy claro diciendo lo siguiente: “... muchos vendrán del oriente y del occidente y en el reino de Dios participarán en un banquete con Abraham, Isaac y Jacob. Pero los que nacieron para tener el reino serán expulsados. Estarán en la oscuridad, donde llorarán y crujirán los dientes de dolor”. Los hijos de Dios que no sean fieles serán desheredados y, no solo eso, sino que también serán castigados.

Hay muchos que, por error, intentan aplicar esta y otras parábolas del “Reino” a la “eternidad”. Entonces razonan que el siervo infiel que es castigado está “perdido”. Suponen que perdió su vida eterna. Alguna vez nació de Dios, pero debido a su desobediencia, dejó de ser uno de los hijos de Dios.

Si tomamos esta perspectiva, entonces tendremos que suponer que Dios está generando hijos de manera aleatoria e incluso irresponsable. Si esto es cierto, entonces nuestro Padre celestial está permitiendo que las personas reciban Su vida y se conviertan en parte de Su familia sin ningún plan para lidiar con sus problemas y deficiencias. Esta idea nos lleva a pensar en el nuevo nacimiento simplemente como un tipo de experimento para ver si las cosas saldrán bien o no. Esto sería como que un hombre tuviera, por ejemplo, una docena de hijos y, luego, cuando algunos de ellos no le agraden, les disparara a la mitad para “descartar a los malos”, por decirlo de alguna manera.

No, Dios no está haciendo nada sin un propósito planificado previamente. Él conoce el principio y el final. De hecho, Él es el principio y el final. Por lo tanto, cuando alguien acude a Él y Él lo recibe, ya tenía el plan y el poder de tratar con él como hijo y, entonces, hacer que ese hijo se someta a Él. Este plan divino incluye disciplina, incluso durante la era del Reino.

¿Por qué Dios castiga y sanciona a Sus hijos de esta manera? Todo lo que hace en relación con Sus hijos lo hace por Su amor. Así que podemos estar seguros de que este futuro castigo también se deberá a lo mismo. Lo hará por nuestro bien. Este escarmiento de los hijos de Dios pretende romper su terquedad y su voluntad reacia. Si no nos sometemos a Él en esta vida, entonces Él tendrá que trabajar para corregir este problema cuando vuelva.

Él lo hará para que aprendamos a ser obedientes, de modo que estemos listos cuando llegue la eternidad. Cuando el Reino Milenial termine y comience el “futuro eterno”, todas las rebeliones deben haber sido limpiadas de los corazones de los hijos de Dios para que puedan disfrutar libremente de la nueva creación. Dios sabe lo que es mejor para nosotros. Estoy seguro de que Le aflige enormemente que Sus hijos no se hayan preparado. Pero en Su divina providencia, nos ha dado una manera de ayudarnos para que, finalmente, estemos listos.

## MUCHOS AZOTES

Ahora, volvamos a otro pasaje en Lucas capítulo 12, comenzando por el versículo 35. Tenga en cuenta que este pasaje también se refiere en el contexto del Reino (consulte el versículo 31):

“Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas; y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran en seguida.

Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles”. [Esto habla del banquete en el Reino]. “Y aunque venga a la segunda vigilia, y aunque venga a la tercera vigilia, si los hallare así, bienaventurados son aquellos siervos” (Lc 12:35-38).

“Y dijo el Señor: ¿Quién es el mayordomo fiel y prudente al cual su señor pondrá sobre su casa, para que a tiempo les dé su ración? Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así. En verdad os digo que le pondrá sobre todos sus bienes”. [Esto habla de reinar en el Reino].

“Mas si aquel siervo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir; y comenzaré a golpear a los criados y a las criadas, y a comer y beber y embriagarse, vendrá el señor de aquel siervo en día que este no espera, y a la hora que no sabe, y le castigará duramente, y le pondrá con los infieles. Aquel siervo que, conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco” (Lc 12:42-48).

Aquí se nos explica de manera clara e indiscutible el hecho de que, cuando Jesucristo regrese, algunos de Sus siervos serán castigados. El siervo del que las escrituras hablan aquí fue golpeado con muchos azotes. Las palabras en la versión Reina Valera de 1977, “y le cortará” (versículo 46), no significan cortarlo en pedazos, sino “azotarlo severamente”.

Esto se refiere a cómo se corta la piel de la espalda cuando recibe golpes repetidamente con un látigo. Esta debe ser la traducción correcta, ya que Dios no es una especie de maníaco que descuartizará a las personas, sino un Padre amoroso que disciplinará a Sus hijos.

¿El Señor realmente castigará a Sus hijos de una manera tan grave? Puede estar seguro de que hará exactamente eso si hemos sido infieles y desobedientes. Esta disciplina, la cual los niños rebeldes recibirán, será grave y prolongada. Es algo que ocurrirá durante la era del Reino. Además, es algo que cualquier hijo sensato de Dios querría evitar a toda costa.

Aunque no puedo predecir exactamente de qué forma se manifestará este castigo, parece posible que, como ya hemos mencionado, una gran parte de él sea ver muy claramente lo que han perdido. Aquellos que fueron desobedientes verán cómo otros disfrutan de las recompensas del Reino mientras ellos son excluidos.

En Lucas 13:28, Jesús advierte sobre esta indeseable posibilidad: “cuando veáis a Abraham, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, y vosotros estéis excluidos”. Si bien aquellos excluidos están esperando que termine la era del Reino, sin duda, tendrán tiempo para revisar claramente su estilo de vida en este mundo. Me imagino que esto causaría una angustia prolongada (lloro y crujir de dientes), ver lo fácil que habría sido ser obediente y cuánto Dios les hubiera ayudado a vencer si tan solo hubieran estado dispuestos. Aunque a algunos les gustaría negar esta cruda y desagradable realidad intentando de nuevo creer que la persona castigada no podría ser cristiana, aquí las escrituras dejan claro que este es un creyente.

Leemos en el versículo 45: “Mas si aquel siervo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir”. Este es el mismo siervo que

en los versículos anteriores fue bendecido por el Señor y quedó encargado de Su hogar. No debería haber duda de que este siervo sobre el cual hablan las escrituras era un hijo de Dios, pero que, en la última parte de este pasaje, se volvió desobediente.

Sí, Dios seguramente castigará a Sus hijos cuando lo merezcan. Tanto en esta vida como en la era del Reino venidero, Él recompensará a cada hombre según sus obras, ya sean buenas o malvadas. Todos los hijos de Dios deben tomar este mensaje en serio.

Colosenses 3:23-25, que son palabras escritas para los creyentes, dice lo siguiente: “Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia [esto significa heredar el Reino], porque a Cristo el Señor servís. Mas el que hace injusticia, recibirá la injusticia que hiciere, porque no hay acepción de personas”. He declarado aquí que estos castigos para los creyentes son temporales, que durarán “solo” 1000 años. A lo largo de los años, muchos han preguntado si hay algún texto que demuestre tal cosa.

¿Existe alguna indicación en la Biblia de que, posteriormente, Dios reintegrará a estas personas de alguna manera? Aunque no hay referencias en las escrituras que indiquen esto en específico, esto se puede inferir razonablemente a partir del hecho de que estos versículos que hemos estado estudiando tratan específicamente del Reino venidero. Y sabemos que el Reino de Dios en esta tierra durará 1000 años.

Además, encontramos en Apocalipsis 21:4 algo muy interesante. Leámoslo juntos: “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron”.

Significativamente, este pasaje se registra *después* del Milenio, al comienzo de la “eternidad” cuando Dios crea un nuevo cielo y una nueva tierra (consulte el versículo 1). Me gustaría que considerara que nadie que esté comiendo un banquete, reinando y descansando con Jesucristo estará sufriendo o adolorido. No tendrán aflicciones. Estarán gozando y celebrando. Pero aquí nos encontramos con otro grupo de personas.

Han estado llorando y sintiendo dolor y aflicción, por lo que necesitan atención y consuelo especiales. Es Dios quien hará esto por ellos limpiando cada lágrima. Creo que no es extrapolar demasiado las escrituras imaginar que estas personas podrían ser aquellas que el Padre ha disciplinado durante la era del Reino, pero que ahora al comienzo de la “eternidad” está reintegrando y consolando.

Hay otro pasaje interesante en Judas 8-13. Aquí, el autor describe a un grupo muy especial de personas que asisten a la iglesia. Estos son “cristianos” que “mancillan la carne” o, en otras palabras, son impuros sexualmente y cometen fornicación y adulterio. Ellos “rechazan la autoridad” y podemos suponer que esto se refiere a la autoridad de Jesús. Son egoístas y “se corrompen como animales irracionales”. No producen buen fruto, solo se sirven a sí mismos y no al Señor, deben tener el buen criterio de sentirse avergonzados, pero no es así.

Estas son personas que participan en las actividades de la iglesia, pero que no viven en el presente Reino de Dios. En otras palabras, no se someten a la autoridad de Dios. Es para estos que se reserva un lugar especial, “la oscuridad de las tinieblas”. Esto es lo mismo que las “tinieblas de afuera” que hemos estado estudiando.

Aunque algunas versiones dicen que este castigo se sufrirá “eternamente” (vs 13), el texto en griego aquí no respalda esto. “Eternamente” es normalmente una traducción del griego “hasta las edades de las edades”. Pero, en este versículo, el griego dice “hasta la edad” (singular) no “hasta las edades de las edades”.

Esto se refiere a la próxima era del Reino y no a la eternidad. La correcta interpretación de este versículo también apoya a la idea de que esto es, verdaderamente, un castigo por un período limitado y predeterminado. (Los textos antiguos más confiables no mencionan un período en el pasaje paralelo 2 Pedro 2:17).

Hermanos y hermanas en Cristo, por su propio bien, les pido que presten especial atención a todo lo que se ha dicho aquí. ¡La forma en que vivimos hoy tiene consecuencias enormes!

Lo que sea que estamos sembrando es exactamente la recompensa que cosecharemos. Nadie recibirá tratamiento especial

ni podrá escapar de la recompensa justa que merece. Si usted o yo somos desobedientes, el Señor nos castigará cuando regrese.

No solo nos quedaremos fuera del banquete de bodas, sino que, durante 1000 años, sufriremos la justa disciplina de Dios.

Con estas cosas en mente, examinemos exhaustivamente nuestra manera de vivir para ver si lo que estamos haciendo es agradable a Dios. Y si descubrimos que no es así, debemos arrepentirnos por el Reino. Es muy bíblico vivir de forma sobria y prudente en este mundo para que podamos agradar a nuestro Señor.

Las cosas y los placeres mundanos que debemos rechazar hoy no son dignos de, incluso, compararse con las cosas que Dios tiene preparadas para nosotros. Nuestra vida aquí es corta y fugaz. Vale la pena invertir nuestro tiempo aquí sabiamente y ganar un milenio de alegría.

Esta página fue dejada intencionalmente en blanco.

## 10.

## PERDÓN Y JUICIO

En este libro, hemos estado investigando distintas verdades sobre el Reino de Dios, tanto los aspectos presentes de este como el Milenio venidero. Entre estas verdades, está el hecho de que no todos los hijos de Dios viven de una manera que los hará merecedores de participar en el venidero Reino de Cristo. Aunque se “salvarán” y estarán con el Señor en la eternidad, no podrán entrar al Reino venidero. Un breve resumen de estas cosas se encuentra en 2 Timoteo, donde leemos:

Si somos muertos con Él, también viviremos con Él; Si sufrimos, también reinaremos con Él; Si le negáremos, Él también nos negará. Si fuéremos infieles, Él permanece fiel; Él no puede negarse a sí mismo [en nosotros] (2 Tim 2:11-13).

El Señor juzgará a su pueblo (Heb 10:30). No es posible que Dios juzgue con justicia al mundo si Él no juzga primero correctamente Su propia casa. De hecho, las escrituras revelan claramente que el juicio comenzará en la casa de Dios (1 Pe 4:17).

Hoy vivimos en lo que se conoce como la “era de la gracia”. En su maravillosa bondad, Dios ha suspendido Su juicio. Él está pasando por alto nuestros pecados y no está lidiando con nosotros de la forma en que lo merecemos. La gracia de Dios es una de las características predominantes de esta era de la Iglesia.

Desafortunadamente, muchos han sido engañados por esto. Han comenzado a imaginar que, como Dios no está juzgando su pecado hoy, nunca lo hará. Ya que no experimentan el juicio de Dios sobre ellos cuando pecan (además de, tal vez, sentir una

conciencia afligida), suponen que Dios no debe ver lo que hacen o tal vez no se preocupa mucho por ello.

Lo que no entienden es que la bondad de Dios debe llevarlos al arrepentimiento (Ro 2:4). En lugar de engañarse pensando que nunca habrá un juicio, deberían amarlo más y entregarse más que nunca a Sus manos para que el pecado en ellos pueda ser borrado. Deberían usar la gracia de Dios que está disponible hoy para ser liberados de su pecado, no para continuar en él.

Ya hemos estudiado en este libro algunas de las consecuencias de la desobediencia, que resulta de la incredulidad. Entre estas están: quedar fuera del Reino Milenial de Cristo (Mt 25:1-14), ser echados en tinieblas (Mt 25:14-30) y recibir muchos azotes (Lc 12:35-48). Como hemos visto, estos castigos son solo para los creyentes, ya que son recibidos ante el tribunal de Cristo. Allí, podemos estar seguros de que no quedarán no creyentes. Estos juicios son muy profundos y extremadamente prolongados.

Tales cosas están escritas para nosotros para que podamos tener una cantidad saludable de temor divino. Leemos que “El principio de la sabiduría es el temor de Jehová” (Pr 1:7). El temor del Señor es uno de los elementos más importantes para una experiencia cristiana saludable. Es esencial que cada creyente tenga el claro entendimiento de que las cosas de Dios no son un juego. No estamos creyendo en un cuento de hadas.

Estas cosas valiosas y eternas que están disponibles para nosotros son extremadamente importantes, y habrá graves consecuencias por descuidarlas. Los escritores del Nuevo Testamento enseñan sobre los juicios venideros, específicamente, con el propósito de generar en nosotros el temor de Dios.

Uno de los numerosos ejemplos de esto se encuentra en 2 Corintios 5:10,11. Aquí, Pablo habla sobre el futuro juicio de los creyentes. Leemos: “Porque es necesario que todos *nosotros* comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo. Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres”. Aquí leemos sobre el “temor del Señor”. Por el contexto, concluimos que esto no es para los no creyentes, sino para los cristianos. No dice que los pecadores que no creen caerán

en el lago de fuego (que pasará 1000 años después), sino que los hijos de Dios serán juzgados por su Padre.

Se habla del “temor”. Debemos tener una buena dosis de temor divino de las consecuencias de nuestra rebelión contra Él y nuestra resistencia ante Sus obras en nuestras vidas. Entendiendo esto, Pablo dice que hace lo mejor que puede para persuadir a hombres y mujeres a que se arrepientan de sus maldades actuales y sirvan a Dios.

Tal temor divino es un ingrediente esencial en la vida de cada creyente. Debemos servir al Señor “con temor y reverencia” (Heb 12:28). Sin esto, no progresaremos espiritualmente, no buscaremos al Señor como deberíamos, y terminaremos solo engañándonos a nosotros mismos.

El temor del Señor es algo muy saludable. Limpiará nuestras vidas. Nos ayudará en tiempos de prueba, sufrimiento y dolor para aguantar y perseverar. Nos hará buscar el rostro de Dios con todo nuestro corazón para no sufrir estas consecuencias negativas en el futuro. El Salmo 19:9 dice: “El temor de Jehová es limpio”. De verdad tiene un efecto limpiador. Cuando tememos a Dios de una forma adecuada, orientamos nuestras vidas teniendo a la vista Su tribunal. Lo amamos y lo respetamos para vivir en servicio obediente de Él.

Todos debemos entender claramente que los castigos que los creyentes sufren hoy y en el futuro (si continúan en desobediencia) son correctivos. Esto significa que, ya que Dios ama a todos Sus hijos, Él usará los métodos y medios mencionados para su bien con el paso del tiempo.

Aunque está claro que las consecuencias de la desobediencia en el Milenio son extremadamente graves y de larga duración, la verdad, merecemos algo peor. Si no fuera por la gracia y la bondad de Dios, todos seríamos echados al lago de fuego.

Pero a través de Jesucristo, nos hemos convertido en hijos de Dios y, por lo tanto, no estaremos condenados o “perdidos” para siempre. No obstante, es indudable que seremos disciplinados por nuestro Padre Celestial (Heb 12:6). Aquellos que no responden a esta disciplina durante sus vidas necesitarán más tratamiento cuando Jesús venga.

Aunque hay muchos, muchos versículos en el Nuevo Testamento que demuestran estas cosas claramente, no es un tema que se entiende o enseña comúnmente. Ya que es algo muy nuevo para muchas personas, es posible que algunos malentiendan esto, pues sus conceptos previos perjudican su comprensión de la verdad.

Una gran parte de la Iglesia actual no tiene el temor de Dios, sino una serie de medias verdades y malentendidos. Muchos hacen énfasis en solo una parte del evangelio de gracia y descuidan versículos que no les agradan. La gracia y la bondad de Dios, con frecuencia, se llevan a un extremo en el que dejan de ser ciertas.

## LA SANGRE DE JESÚS

Un ejemplo moderno de tales enseñanzas está vinculado con la sangre de Jesús. Mientras que la sangre de Jesús es lo más valioso, y este autor nunca pensaría en disminuir su potencia y eficacia, en la actualidad hay errores populares en relación con este tema que necesitan corregirse. Algunos han enfatizado una parte de la verdad y descuidado la otra, produciendo una enseñanza desequilibrada e incorrecta.

Por ejemplo: mientras meditan sobre la Palabra de Dios, algunos maestros se han dado cuenta de que Jesús murió por los pecados de todo el mundo. Murió una vez y murió por todos. En un acto de redención, Jesús derramó Su sangre para que todo el mundo pudiera salvarse.

De esto concluyen que, una vez que “aceptamos a Jesús”, todos nuestros pecados son perdonados, tanto los del pasado como los del presente y del futuro. Razonan que, dado que el peso de nuestro juicio cayó sobre Jesús, Dios ya no ve ninguno de nuestros pecados y no podría juzgarnos de ninguna manera. Como Él murió una vez por todos, entonces cada pecado de cada persona ya está perdonado. Todo lo que el hombre tiene que hacer, insisten ellos, es dar una especie de señal de aceptación de este hecho o, en otras palabras, “creerlo”, y seremos “salvos” y estaremos encaminados al cielo.

El problema de este punto de vista es que es muy unilateral. Cada ecuación tiene dos lados. Cada relación implica a más de una persona. Esto también es así en cuanto al perdón disponible

para nosotros a través de la sangre de Jesús. Dios, sin duda, ha hecho Su parte. En Su lado, “consumado es” (Jn 19:30).

Sin embargo, todavía tenemos que cumplir nuestra parte. Según la palabra de Dios, también debemos hacer algunas cosas. Una de las más obvias es arrepentirnos. Si no nos arrepentimos, Dios no nos perdonará.

Se nos enseña que es necesario que nos “acerquemos [a Dios] con corazón sincero” (Heb 10:22). Esto significa que la aflicción y el arrepentimiento que sentimos debe ser de todo corazón. Cuando Dios ve nuestra sinceridad, el perdón que recibimos es abundante. Si no somos sinceros, Él tampoco nos concederá el perdón.

Según la ley del Antiguo Testamento, Dios no aceptaba los sacrificios de los pecadores que no se arrepentían. Si alguien tenía la completa intención de continuar con su pecado, solo matar un animal inocente no los salvaría de su juicio justo ante Dios. Él los consideraba hipócritas. De la misma manera, en la actualidad, todos los que no se arrepienten no serán perdonados. Aunque, si han recibido a Cristo y han sido rescatados de la perdición eterna, no han escapado de la recompensa justa que Dios les dará cuando venga.

Cuando uno piensa en esto honestamente, se hace claro que, de nuestra parte, no es posible que todos nuestros pecados ya estén perdonados. Por una parte, no los hemos cometido todavía, así que no hemos tenido la oportunidad de confesarlos y arrepentirnos de ellos.

Solo a través de la confesión y el arrepentimiento se puede abrir el camino para el perdón. En 1 Jn (1:9) se nos dice: “Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”. La palabra “si” que se usa aquí es un factor importante en la ecuación. En nuestro lado de la relación, debemos confesar nuestro pecado para recibir perdón. Entonces, queda de parte de Dios liberar Su maravilloso perdón.

La palabra “confesar” que se usa aquí no significa meramente admitir que hicimos algo malo. La palabra griega que se usó originalmente significa de forma literal “hablar juntos”. Esto significa que estamos aceptando el punto de vista de Dios con respecto

a nuestros pecados y, también, Su juicio sobre estos. Su juicio es este: el que peque es merecedor de la muerte.

Así que, cuando “confesamos”, debemos aceptar que somos merecedores de la muerte. Aceptamos el juicio de Dios sobre nuestro pecado junto con Él. Vemos nuestro pecado, odiamos nuestro pecado y aceptamos Su juicio. Desde esta posición, podemos entonces recibir perdón.

Solo cuando aceptamos que nuestros pecados requieren nuestra muerte es que está disponible para nosotros la muerte de Jesús. Piense en ello de esta manera: si no cree que es merecedor de morir, ¿cómo podría ser necesario que alguien muera en su lugar? Si su muerte no es necesaria, ¿por qué alguien más tendría que tomar su lugar en esta ejecución? Por lo tanto, la muerte de Cristo no es necesaria en su caso. Entonces, Su muerte no se aplicaría a usted y no sería perdonado.

En 1 Juan también encontramos otro “sí” importante. Leemos que “si andamos en luz, como Él está en luz, [...] la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Jn 1:7). Aquí vemos que hay otra necesidad de nuestra parte si queremos recibir la limpieza de nuestros pecados: “andar en luz”.

Pero ¿qué significa esto? Significa que día a día caminamos en comunión con Jesús y disfrutamos Su presencia. Cuando pecamos, inmediatamente nos damos cuenta de ello porque sentimos la desaprobación de Dios a través del Espíritu. Entonces, podemos arrepentirnos y recibir perdón. Si nos negamos a arrepentirnos, esto rompe nuestro compañerismo con Él. Nuestra relación está dañada y ya no estamos andando en luz.

El “sí” ya no tiene efecto. La consecuencia de esto es que nuestro pecado no es perdonado y corremos peligro del juicio venidero. Otro pasaje claro que muestra que tenemos que hacer nuestra parte para recibir perdón es cuando leemos que si no perdonamos a otros que han pecado contra nosotros, Dios no nos perdonará (Mt 6:14,15).

Si todos nuestros pecados ya están perdonados, ¿cómo puede ser posible que Dios no nos perdone? Aquí, de nuevo, vemos que el perdón no es automático ni universal. En nuestro lado de la relación, necesitamos ser obedientes a Dios, perdonar

a los demás y arrepentirnos de los pecados que cometemos. A su lado, Él nos da el perdón completo y gratuito.

Indudablemente, el perdón está disponible para cualquier pecado. Sin embargo, como hijos sabios de Dios, no estamos intentando aprovecharnos de la situación y pecar tanto como queremos, esperando que más adelante nos podamos arrepentir, seamos perdonados y escapemos de nuestro castigo justo. Leemos lo siguiente: “Si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio” (Heb 10:26,27).

Cuando nos volvemos hipócritas y no nos arrepentimos sinceramente, sino que nos aprovechamos de la gracia de Dios, Su sacrificio ya no está disponible para nosotros. El padre no permitirá que abusemos de Su bondad y nos aprovechemos de la sangre preciosa de Su Hijo. Él nunca pensará en eximir a aquellos que no tienen una actitud correcta en sus corazones con respecto a Su justo castigo. Estos pecados no han “sido perdonados ya”, y, de hecho, no lo serán.

Vale la pena mencionar que “pecar voluntariamente” no se refiere a aquellos que pecan de forma ocasional, incluso cuando saben que está mal. La mayoría de las veces que pecamos ya sabemos que es un pecado. Sin embargo, después, nos convencemos de nuestro pecado y nos arrepentimos ante Dios. Este pasaje no se trata de este tipo de situación. No obstante, hay quienes persisten en su pecado. Conocen su error, pero continúan rebelándose ante Dios.

Por ejemplo, tal vez aman más a su relación pecaminosa con alguien del sexo opuesto que a Dios. Se rehúsan a abandonar esto. Posiblemente, su problema de consumo excesivo de alcohol o drogas es más valioso para ellos que su intimidad con Jesús. Ellos persisten en su rebelión. Para casos como estos, su pecado se ha convertido en un hábito arraigado. Tercamente, se rehúsan a arrepentirse y buscar a su Hacedor de corazón para que los perdone. Para ellos, solo queda esperar el día del juicio. Solo Dios sabe cuáles son Sus límites. Solo Él sabe cómo funciona el corazón humano. Solo Él sabe cuándo hemos pasado más allá del punto en el que el arrepentimiento sincero ya no es una opción. Sin duda, Él

está consciente de cuándo hemos jugado con las verdades eternas, sin valorarlas como esenciales y, de este modo, endurecido el corazón hasta el punto en el que ya no nos podemos arrepentir de una forma sincera y verdadera.

¿Existe tal punto? Juan, en sus epístolas, parece indicar esto. Él dice: “hay pecado de muerte” (1 Jn 5:16). Más adelante, indica que incluso nuestras oraciones para una persona así no serían eficaces. Esaú fue un caso así. Él vendió su primogenitura por una gratificación temporal y sensual. En su situación, era comida, pero hay muchos paralelos en el mundo malvado actual. En referencia a Esaú, el autor de Hebreos menciona específicamente la fornicación (Heb 12:16). Después, Esaú buscó arrepentimiento con lágrimas, pero no lo pudo encontrar (Heb 12:17).

¿Cuántos hijos de Dios están hoy en un estado como ese? Han ido contra Dios y sus conciencias por tanto tiempo y hasta tal punto en el que ya no pueden arrepentirse con sinceridad. Han abusado contra la gracia de Dios por tanto tiempo que ya no tiene ningún efecto. Solo hay una “horrenda expectación de juicio” (Heb 10:27).

Más adelante, en este capítulo de Hebreos (10:28-31), leemos lo siguiente: “El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda [de poco valor] la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a Su pueblo”.

El hecho de que este pasaje se refiere a los creyentes es claro. Estas personas fueron “santificadas” por la sangre. Solo los cristianos que nacen de nuevo son santificados. Además, leemos que el Señor juzgará “a Su pueblo”.

Por favor, no ignore estas importantes verdades. No cometa el error de tratar de escapar de las consecuencias obvias de la desobediencia aplicando estos versículos a los no creyentes. Continuar en pecado que uno sabe que está mal es insultar al Espíritu de Dios, degradar el valor de la sangre intentando abusar de esta, aplastar bajo sus pies a Jesús junto con Su sacrificio.

Pero podría argumentarse: “¿qué podría ser un peor castigo que la muerte mencionada en este pasaje?”. Y para responder esto, le contaré una pequeña historia. Mi esposa y yo, por un breve período, estuvimos involucrados en un barco de misión que hacía viajes a Haití. Ya que los que trabajaban con la misión pasaban tiempo navegando, de vez en cuando, surgía el tema de los mareos. Los que eran nuevos en la misión, incluyéndome, se preocupaban con frecuencia de marearse y, si les pasaba, qué tan malo sería.

Un individuo servicial que había pasado mucho tiempo en el mar lo explicó de esta manera. Dijo: “hay tres etapas de mareo. La primera es cuando uno comienza a sentirse revuelto, se pone verde y empieza a vomitar. La segunda es cuando se siente tan mal que cree que va a morir. La tercera es cuando comienza a temer que no morirá y que eso continuará para siempre”.

Verá, hay cosas peores que la muerte. Entre estas cosas, está el sufrimiento que parece no terminar nunca. Mil años es mucho tiempo y estoy seguro de que nadie disfrutará el castigo que Dios les dará a Sus hijos que son desobedientes. “¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (Heb 10:31).

Otro error sobre la sangre de Jesús es pensar en algo como esto: “ya que nos volvimos cristianos, Dios ya no ve nuestro pecado. Estamos completamente cubiertos por la sangre de Cristo, así que el Padre ya no sabe cuándo pecamos, sino que solo ve a Jesús”.

Esto no es más que idiotez. No tiene base en las escrituras. De hecho, la Biblia enseña justo lo opuesto. Leemos: “... todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Heb 4:13). Cada cosa que hacemos, decimos o pensamos es extremadamente obvia y visible para nuestro Señor. “Todas las cosas” son claras para Él. También se nos enseña: “Los ojos de Jehová están en todo lugar, mirando a los malos y a los buenos” (Pr 15:3). Dios ha entendido desde lejos nuestros pensamientos (Sal 139:2).

Queridos hermanos y hermanas, debemos vivir teniendo a la vista Su tribunal. Debemos vivir y andar en la luz de Su rostro para que cada actitud, acción y palabra esté disponible para Su inspección y aprobación. Es muy cierto que cuando confesamos y nos arrepentimos de nuestros pecados, estos se eliminan para

siempre. Sin embargo, también es cierto que no se eliminarán si no estamos contritos y arrepentidos.

El perdón del pecado está abundantemente disponible para cada creyente. Es una de las verdades más fundamentales reveladas en la Biblia. Es nuestro privilegio, como hijos de Dios, acudir a Él, confesar nuestros pecados en verdadero arrepentimiento y recibir perdón eterno. Ninguno de nuestros muchos pecados que son perdonados de esta forma será recordado por Dios. Se eliminan para siempre de la misma manera que está lejos el oriente del occidente (Sal 103:12) Ante Su tribunal, esos pecados no serán un factor. Podemos tener completa confianza en este hecho y descansar nuestra conciencia en Su eterna gracia.

Por lo tanto, amados hermanos y hermanas, acudamos continuamente ante el trono de Dios y arrepintámonos por nuestros pecados antes de que sea demasiado tarde. Tomemos Su oferta de misericordia y gracia seriamente y humillemos nuestros corazones ante Él mientras todavía es “hoy” (Heb 3:13). Dios nos ama. Él envió a Su Hijo para morir en nuestro lugar. Si somos débiles, Él nos ayudará. Cuando nos sentimos incapaces, Él puede fortalecernos para hacer Su voluntad. Nuestro fracaso y debilidad no debería convertirse en una excusa para que no busquemos la voluntad y la gracia de Dios con todo nuestro corazón.

Mientras caminamos con Él en íntima comunión, debemos actuar rápidamente para arrepentirnos por cualquier cosa que Él nos muestre que está en contra de Su santa naturaleza. Nuestro arrepentimiento abrirá el camino para que Su vida fluya en nosotros y a través de nosotros para limpiarnos. Dios no solo nos perdonará voluntariamente, sino que también obrará para cambiarnos de lo que somos a lo que Él es. Esta es una maravillosa promesa. Esto también será para nosotros una gran libertad. Podemos ser perdonados y liberados del pecado.

## COMPRENSIÓN DEL REINO

Ojalá que este capítulo sea de ayuda para los lectores para entender los planes y los propósitos de Dios de una manera más clara. Sin tal revelación, es fácil confundirse mucho cuando se intenta entender ciertos pasajes de la Biblia.

Algunos, por ejemplo, han tratado de aplicar por error los numerosos versículos del Reino al tema de nuestra vida eterna. Dado que no entienden el lugar del Reino Milenial en el plan de Dios, tratan de entender muchos de los versículos mencionados en este capítulo considerando nuestro destino eterno. Al hacerlo, han elaborado una teología muy insegura y confusa.

Después de leer los versículos sobre juicio y castigo, han sido suficientemente honestos para admitir que estos deben aplicarse a los creyentes. Pero, como no entienden la verdad sobre el Reino, se les ha hecho creer que un hijo de Dios puede perder su vida eterna.

Muchos de estos maestros también enseñan la gran necesidad del temor de Dios. Para ellos, el punto de vista “una vez salvado, siempre salvado” parece restar todo el temor del Señor y, por lo tanto, mucha de la motivación de escapar de los placeres del mundo y el pecado. Entonces, citan algunos de estos versículos para intentar probar que algunos de los hijos de Dios se perderán. No obstante, muchos de los versículos que los maestros de “perder la salvación” usan para probar sus argumentos son, en realidad, pasajes sobre el Reino venidero.

Como hemos dicho, el temor del Señor es esencial. Es un ingrediente que parece haberse perdido en la Iglesia actual. Es algo que, desesperadamente, necesita restaurarse entre el pueblo de Dios. Pero para que los creyentes conozcan este temor, debemos enseñar la verdad. Cualquier doctrina que no sea la verdad no tiene poder para cambiar realmente los corazones de los oyentes.

Por ejemplo, algunos enseñan que los creyentes pueden perder su vida eterna si pecan. Pero los cristianos pecadores suelen tener una experiencia incongruente. Sus conciencias los molestan, tal vez intensamente a veces, pero no se sienten “perdidos”. Todavía sienten algo de la presencia de Dios en su espíritu. Así que, aunque pueden creer con su mente que están perdidos, sus corazones les dicen algo diferente. Aunque saben que lo que están haciendo está mal, con frecuencia se consuelan a sí mismos con el hecho de que Dios no los ha dejado por completo. La enseñanza que están recibiendo y su experiencia no coinciden. El verdadero temor del Señor no se genera de esta manera.

Otro problema que se plantea cuando se enseña que nuestra vida eterna puede perderse a través del pecado es: ¿cuánto pecado es necesario? ¿Qué tan “malo” debe ser un pecado o cuántos pecados debemos cometer antes de perdernos en serio? Aparentemente, debería ser un pecado muy malvado o una gran cantidad de pecados a fin de calificar para resultados tan terribles. Esto, entonces, deja fuera a aquellos que tienen pocos o casi ningún pecado evidente, pero que en verdad se resisten al Señor en muchas áreas de su vida, libres de mucha condenación.

Son desobedientes, pero no de manera lo bastante obvia para notarlo. Tal vez aquellos más cercanos a ellos se den cuenta de que hay un problema, pero la mayoría de los demás creyentes creerán que están bien.

Este tipo de enseñanza solo abarca los tipos de pecados más obvios, pero no penetra en el corazón ni exige una completa sumisión al Rey. No genera el verdadero temor del Señor. Muchas iglesias que creen en “perder la salvación” están llenas de chismes, mentiras, lujuria, discordia, envidia, murmuración, odio, envidia, ira, orgullo y muchas cosas similares. Pero nadie cree o enseña que estos miembros han perdido su salvación.

La enseñanza de perder nuestra vida eterna tiene el fin de generar el tipo de respeto de Dios que purificará las vidas de los seguidores. Pero, en mi experiencia, no lo logra. Si comparáramos honestamente la cantidad de pecado que se encuentra en iglesias que creen en seguridad eterna con aquellas donde no se cree esto, creo que los resultados serían iguales.

Si pudieran dejarse a un lado los factores externos, como los códigos de vestimenta u otras prácticas superficiales, los pecados del corazón se evidencian en cantidades iguales en ambos tipos de grupos. Los seres humanos son los mismos en cada clase de entorno. Otro factor que entra en el debate es el relacionado con los dones de Dios. Cuando ministramos a otros usando los dones espirituales que nuestro Señor nos ha dado, suele haber una poderosa sensación de la unción y de Su presencia.

Cuando pecamos, o vivimos en pecado a sabiendas, no siempre perdemos esta unción en nuestros dones. Tomemos el ejemplo de un predicador que también tiene un don de sanación.

Cuando Él predica, él siente una poderosa unción en sus palabras, y muchas personas son sanadas a través de su ministerio.

Pero supongamos que este hermano cae en pecado. Comienza a tener relaciones sexuales con una integrante de la iglesia con quien no está casado. Naturalmente, su conciencia lo condena.

Pero cuando sube al púlpito a predicar, la unción sigue allí. Él todavía “siente” la presencia de Dios en el uso de su don ministerial. Quizá algunos todavía sean sanados. Así que se consuela a sí mismo con este hecho. No está perdido. Dios no lo ha abandonado. Tal vez incluso, según supone él, su pecado no es tan malo o está siendo “permitido por Dios” por su posición, circunstancia o “necesidad” especial. Por supuesto que eso es una mentira, pero es fácil engañarse a sí mismo, especialmente cuando nuestra doctrina es incorrecta desde el principio.

Mientras que unos podrían insistir en que cualquiera que vive en pecado no podría tener poder en sus áreas de dones, la experiencia de muchos creyentes con el paso de los años cuenta una historia distinta. Incontables hombres y mujeres de Dios se han encontrado en posiciones como esa. Han caído en pecado, pero todavía saben que, hasta cierto punto, Dios no los ha abandonado. Sus dones todavía “funcionan”. Todavía sienten una unción. Así que se aferran a sus experiencias e intentan justificarse en sus mentes y corazones.

Lo que se necesita en estos casos es el evangelio del Reino. Estos hermanos y hermanas necesitan conocer la verdad desesperadamente. Dios no puede ser burlado (Gal 6:7). Ellos no pueden continuar “sirviendo al Señor” y vivir en pecado a sabiendas. Segarán exactamente lo que están sembrando cuando Jesús venga. A menos que se arrepientan, serán juzgados por estas cosas y su Padre celestial los castigará por ellas.

No es la intención de este libro tratar de abordar el tema de la seguridad eterna de una forma intensiva o completa. No obstante, espero que muchos creyentes, a través de este texto, adquieran una nueva perspectiva con la que interpretar la Biblia de una forma clara y cohesiva. Para entender mejor el panorama general,

me gustaría recomendarle mi libro *De gloria en gloria*, que examina en mayor detalle el tema de la salvación.

Lo que hará que los creyentes teman a Dios es una buena dosis de Su verdad, predicada bajo la unción del Espíritu Santo. Tenemos una gran necesidad de la revelación de los apóstoles del Nuevo Testamento acerca del Reino de Dios y el juicio venidero de Su pueblo.

El evangelio del Reino era algo que se entendía claramente en las iglesias de la época de Pablo. Nos irá bien si lo practicamos y predicamos también.

## 11.

## EL HIJO VARÓN

*P*ara continuar el análisis de este importante tema de cómo Dios está obrando para establecer Su Reino en esta Tierra y derrotar a Su enemigo, leamos juntos un fragmento del libro de Apocalipsis, capítulo 12, versículos 1-11.

“Apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. Y estando encinta, clamaba con dolores de parto, en la angustia del alumbramiento.

También apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas; y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra.

Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese. Y ella dio a luz un hijo varón, que regirá con vara de hierro a todas las naciones; y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono. Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días.

Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él. Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de

su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche. Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte”.

Comencemos nuestra investigación sobre el significado de esta importante visión con la pregunta: ¿quién es este hijo varón? Hay que considerar dos posibilidades aquí. La primera opción es que se pudiera referir a Jesucristo. Nuestra principal pista de la identidad de este hijo varón se encuentra en el versículo 5, donde leemos que está destinado a “regir con vara de hierro a todas las naciones”.

Sin importar quien sea, ha sido seleccionado por Dios para reinar sobre la Tierra. En Apocalipsis, capítulo 19, se nos habla sobre un jinete en un caballo blanco que regirá las naciones con una vara de hierro (vers. 15). Claramente, esta es una referencia a Jesucristo, que viene a la Tierra a establecer Su Reino. Por lo tanto, la primera posibilidad es que este hijo varón sea el Señor Jesús.

Sin embargo, además hay una segunda opción que también debe considerarse como la identidad del hijo varón. En Apocalipsis 2:26, 27, leemos lo siguiente: “Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero”. Entonces vemos que ahí hay una segunda posibilidad. Hay otra “persona” o conjunto de personas a quienes se les dará esta misma autoridad. En consecuencia, el hijo varón también podría ser un conjunto de seguidores de Jesucristo que han demostrado, mediante sus vidas y sus “obras” (vers. 26), que son fieles y, por lo tanto, han “vencido”. De ahora en adelante, haremos referencia a estos como los “vencedores”.

Si este “hijo varón” es Jesucristo, entonces la mujer que da a luz debería ser María. Históricamente hablando, Jesús no fue arrebatado para el trono de Dios “tan pronto como nació” (Ap. 12:4) para evitar que lo devorara el dragón. Además, sabemos que María no “huyó al desierto” después de la resurrección de Jesús por “mil doscientos sesenta días”. De hecho, apenas unos meses después de la crucifixión, específicamente se la menciona como alguien que

estaba en el “apósito alto” con los demás discípulos en el día del Pentecostés (He 1:14). Por lo tanto, sin estirar ni retorcer las palabras de la Biblia hasta el punto de que no se puedan reconocer, la “mujer” no puede ser María y, por lo tanto, el “hijo varón” no puede ser Jesucristo.

Esto, entonces, nos deja con nuestra segunda posibilidad. El hijo varón debe ser un conjunto de “vencedores” a quienes el mismo Jesús les prometió que reinarían sobre las naciones con una vara de hierro. Este entendimiento se fundamenta más cuando leemos que se hace referencia al “hijo varón” (singular), posteriormente, como “ellos” (plural). En el versículo 11 de este capítulo veremos que “ellos le han vencido [al dragón] por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos”.

Por lo tanto, este hijo varón, durante la visión, se revela como un grupo de individuos espiritualmente victoriosos. La identidad de la “mujer” entonces tendría que ser la Iglesia o algún tipo de conjunto de personas de Dios.

La llegada de este grupo o “hijo varón”, ante el trono de Dios, tiene un resultado sorprendente: provoca una guerra. De repente, Miguel y todos sus ángeles están luchando contra el dragón y su grupo de ángeles. Al terminar la batalla, las fuerzas de Miguel han ganado y el diablo es echado fuera del cielo junto con sus ángeles caídos.

Esto nos lleva a considerar otra pregunta importante. Si Miguel tiene las fuerzas y el poder necesarios para vencer al diablo y echarlo fuera del cielo, ¿por qué esto no se hizo antes? ¿Por qué no lo echaron hace mucho tiempo?

Por supuesto, hay algunos cristianos que piensan que el diablo ya ha sido expulsado del cielo. Sin embargo, este no puede ser el caso. Aquí leemos, en el libro de Apocalipsis, al final de la “era de la iglesia”, que el diablo todavía está “en el cielo” (Ap 12:3).

También sabemos con certeza por otras partes de las escrituras que el diablo y sus ángeles están “en lugares celestiales” (Ef 3:10, 6:12) ahora mismo, reinando con autoridad sobre esta Tierra. El diablo es, verdaderamente, el príncipe de la potestad del aire (Ef 2:2).

Por lo tanto, cuando Jesús dijo “Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo” (Lc 10:18), esto debe ser un presagio profético o una descripción de cómo se rebeló contra el Altísimo por primera vez.

## NO HABRÁ “LUGAR” PARA ELLOS

Así que, consideremos aquí cómo es que la llegada del hijo varón ante el trono de Dios precipita esta guerra. El versículo 8 de este capítulo nos da la información necesaria. Aquí leemos que no “se halló *lugar* para ellos (el diablo y sus ángeles) en el cielo”.

Antes de la llegada del hijo varón, parece que Satanás y sus fuerzas tenían alguna clase de “lugar” en el cielo. Pero cuando llegue el hijo varón, sus lugares habrán sido tomados. Aquellos que tienen la autoridad para reemplazar a estos malvados gobernantes por fin llegaron. Esto, entonces, aparentemente le da a Miguel y a sus ángeles el derecho de pelear contra las hordas del diablo, ganar la batalla y, por fin, expulsarlos.

Ahora mismo, el diablo y sus anfitriones malvados están reinando sobre la Tierra desde sus posiciones de poder en “lugares celestiales”. Pero habrá un día, tal vez muy pronto, cuando “las estrellas caerán del cielo, y las potencias que están en los cielos serán conmovidas” (Mc 13:25).

Recordará del capítulo 5 que a veces llaman a los ángeles “las estrellas del cielo” (Job 38:7, Dn 8:10). Aunque esto no ha pasado todavía, es algo que Jesús profetizó y que pasará. A los gobernantes actuales de este mundo se les quitará su lugar en los cielos y su autoridad.

¿Qué es lo que hace especial a este hijo varón? En el versículo 11 leemos que “ellos le han vencido” (refiriéndose al diablo). Este conjunto selecto de hombres y mujeres es esencial para el plan de Dios porque son aquellos que fueron victoriosos en sus vidas cristianas. Ellos son los que lucharon contra los principados y potestades en las regiones celestes (Ef 6:12), y ganaron. Ellos son aquellos en quienes no tuvieron influencia las tentaciones y el poder del diablo. Por lo tanto, están calificados para reinar sobre la Tierra con Cristo, tomando el lugar de los actuales gobernantes espirituales y malvados. ¿Recuerda cómo hablamos

del plan de Dios desde el principio? ¿Cómo creó Él la humanidad con el propósito de que se sometiera a Él y recuperara la Tierra perdida del reinado del diablo? Además, ¿recuerda cómo, cuando la mayoría no pudo hacer Su voluntad, Él acudió a un grupo selecto de vencedores a través de los cuáles Él podría lograr Sus propósitos?

Bueno, aquí vemos que, al final, Dios vencerá. Él, viviendo en y a través de los hombres y las mujeres que se someten a Él, demostrará Su autoridad al universo. “Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales” (Ef 3:10).

Desafortunadamente, parece que estos espíritus malignos saben mucho más sobre esto que nosotros. Muchos cristianos tienen dificultad para entender por qué el diablo está luchando contra ellos. ¿Por qué debería importarle si Dios quiere llenar el cielo con un montón de seres humanos que Él redimió de la Tierra? ¿Qué importancia tiene para Satanás si muchas personas nacen de nuevo?

El factor significativo aquí es que todos los que reciben vida eterna se convierten en una potencial amenaza para su reino. Cada bebé espiritual recién nacido tiene el potencial para desarrollarse hasta la madurez, entregarse completamente a Dios y convertirse en una amenaza para el imperio del diablo. Cada creyente tiene la capacidad para vencer. Todos y cada uno de los hijos de Dios tiene al Altísimo habitando en ellos y, por lo tanto, tiene la posibilidad de vivir victoriosamente en este mundo.

Verá, debe haber un número finito de ángeles caídos que trabajan con Satanás. Apocalipsis 12:4 menciona que él arrastraba la tercera parte de las “estrellas” a la tierra con su cola. Así que, lógicamente, Dios debe necesitar el mismo número de seres humanos que han vencido para tomar los lugares de estos seres malignos en el gobierno del mundo. Aunque esta idea acerca de un cierto número podría no ser exactamente correcta, parece importante que Dios tenga, al menos, la misma cantidad de vencedores a través de quienes Él pueda gobernar. Estos, entonces, tomarán los lugares de aquellos espíritus malignos que hoy ejercen autoridad sobre la Tierra.

En este punto, cuando el hijo varón sea arrebatado, Satanás estará prácticamente derrotado por completo. Tenga en cuenta la canción que se cantará después de este evento, la cual inicia en el versículo 10 del capítulo 12: “Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche. Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas [del alma] hasta la muerte.” (Ap 12:10, 11).

¡Alabado sea Dios! ¡Ahora llegó la salvación y la fuerza y el Reino! ¡Por fin el Reino de Dios se manifestó en victoria!

Esto, entonces, explica por qué el diablo y sus huéspedes luchan contra usted y contra mí. Ellos constantemente tratan de desmotivarnos, hacer que nos rindamos o cedamos ante sus constantes tentaciones. Están luchando para hacer que pequemos de alguna manera. Puede ser un pecado grave, como la fornicación, el adulterio, el robo, entre otros, o un pecado simple e “inocente”, como chismear y criticar a los demás, enfurecerse, codiciar algo de alguien más, tener pensamientos de orgullo o algo como eso. Entonces, tan pronto como mordemos el anzuelo y pecamos, ellos van corriendo al trono de Dios para acusarnos. En el versículo 10 de nuestro pasaje vemos que somos acusados delante de Dios de día y de noche.

Pero ¿por qué nos acusan? Es para demostrar al Altísimo que están ganando. Es para mostrar que están venciéndonos con su poder y que estamos cayendo ante sus tentaciones. Esto es esencial para ellos porque, mientras puedan engañarnos y tener sus pequeñas (o grandes) victorias sobre nosotros, pueden probarle a Dios que no estamos calificados para tomar sus lugares.

Aunque Dios nos puede perdonar y nos sigue amando, esto no niega el hecho de que, cuando pecamos, revelamos al universo espectador que todavía no somos competentes para reinar en el lugar de las fuerzas malignas presentes.

¿Está usted pasando por tentación y prueba en su vida cotidiana? ¿Está en una situación que parece muy difícil o imposible de soportar? ¿Parece que no hay salida, excepto pecar? ¡No lo

haga! Dios puede darle la gracia para soportar todas las pruebas y tentaciones. Nunca será feliz fuera de la voluntad perfecta de Dios. El universo observa.

De hecho, la creación misma está gimiendo en penuria, como una mujer a punto de dar a luz, esperando que los hijos maduros de Dios se manifiesten (Ro 8:19).

Los bebés son lindos. A veces son tiernos y adorables. Sin embargo, son los hijos y las hijas maduros quienes son útiles para hacer la obra y ayudar a la familia. Así es en la casa de Dios. Nuestro Padre está buscando a aquellos que serán fieles, aquellos que Lo seguirán en medio de todo tipo de circunstancia y prueba, aquellos que Le permitirán demostrar Su victoria en sus vidas.

La forma como vivimos es esencial, no solo para nuestro propio beneficio, sino también para el Reino de Dios e incluso para toda la creación. Nuestras decisiones diarias tienen muchas consecuencias. El plan de Dios para Sus hijos no es solo darles un nuevo nacimiento y, luego, llevárselos rápidamente al cielo. No, Sus intenciones son mucho más profundas que esto. Lo que Dios está planeando requiere nuestra entera cooperación y fidelidad.

Su voluntad es establecer Su autoridad sobre la Tierra, sobre los habitantes y el territorio. Él hará esto a través de Su representante, el hombre. El receptáculo débil y frágil a quien el diablo odió y derrotó en el Jardín del Edén podrá, mediante la gracia de Dios, vencer finalmente al enemigo de Dios y tener dominio sobre la Tierra.

Dios está obrando en y a través de los seres humanos para derrotar a Su enemigo. Cuando Su obra se completa en nosotros, nos hacemos hijos maduros de Dios capaces de resistir los esfuerzos y las tentaciones del maligno.

En 1 Juan 2:13 leemos acerca de un grupo de creyentes que son llamados “jóvenes”. Juan dice que estos han “vencido al maligno”. Cuando los hombres y mujeres cristianos se someten a Dios cada día y comienzan a vivir más y más en la victoria de Cristo, las puertas del infierno comienzan a temblar. Los principados y las potestades ven más y más santos preparados. Ven que sus engaños y tentaciones ya no funcionan y que están siendo

derrotados por humildes seres humanos que se están sometiendo a Dios y están llenos de Él.

Creo en estos días que sus esfuerzos se están haciendo más y más desesperados a medida que ven que se acerca el día en que los hijos maduros de Dios se manifestarán para que el universo los vea (Ro 8:19) y, luego, tomarán su lugar como los gobernantes de este mundo.

¿Puede ver en esta corta explicación por qué nuestra vida diaria es tan importante, tanto para Dios como para nosotros? Cada pequeño detalle de nuestras vidas, todas nuestras actitudes, palabras y acciones están siendo monitoreadas cuidadosamente por muchos seres diferentes. Sin duda, hay “una grande nube de testigos” (Heb 12:1). Nos guste o no, lo queramos o no, estamos involucrados en una batalla por el control de la Tierra. Cada hijo de Dios está involucrado en esta lucha.

En consecuencia, no es suficiente tener un aspecto de rectitud, tal vez ser un miembro de la iglesia “normal”, no ceder ante algunos pecados “graves” o hacer algunas cosas por Dios. Ahora vemos que es esencial que cada hijo de Dios permita que Jesucristo reine sobre cada aspecto de su vida. Él debe ser el Señor de nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestras actitudes y nuestras acciones. Él debe ser el que se debe ver y notar en cada aspecto de nuestras vidas. ¡Debemos entrar en el Reino de Dios hoy! Solo al permitir que la vida de Dios domine y predomine en nuestro ser viviremos la experiencia de ser un “vencedor”.

Espero que esto ayude a aclararles a todos los lectores por qué solemos encontrar tanta dificultad para tratar de vivir una vida cristiana. Los poderes del infierno están desplegados contra nosotros. Las fuerzas del enemigo intentan constantemente mostrar que su “lugar” está asegurado como los gobernantes de este mundo. Sin embargo, nuestro Señor Jesucristo los ha vencido a todos.

Él ha entrado por nosotros como precursor (Heb 6:20) y exhibió la victoria de Dios. Por lo tanto, ya que Él ahora vive en cada uno de Sus hijos, Él puede mostrar esta misma victoria sobre nuestras vidas. Nadie es demasiado débil. Nadie es incapaz. En consecuencia, cuando nos presentamos frente al tribunal de Cristo, no habrá excusas aceptables. El poder más maravilloso del univer-

so vive en nosotros. El hombre Jesucristo, quien venció cada tentación del diablo y exhibió la vida y la naturaleza de Dios al mundo, ahora vive dentro de cada creyente. Lo único que necesitamos es someter completamente nuestras vidas a Él y permitirle dominar cada aspecto de ellas. De esta manera, Su victoria se manifestará a través de nosotros.

Sorprende que estas mismas pruebas y tribulaciones que el diablo está tratando de usar para derrotarnos también las usa Dios. Lo que el diablo intenta hacer para tentarnos y desmotivarnos nuestro Padre lo utiliza para nuestro bien. Él usa nuestras dificultades para purificar nuestras vidas. Toda la tribulación por la que pasamos, con la que ganamos la victoria por el poder de Jesús, nos sirve para transformarnos en la imagen de Cristo.

Nuestras dificultades obran para exponer el pecado dentro de nosotros. Entonces, mientras nos arrepentimos y nos entregamos más completamente a Dios para que Él pueda hacer Su obra en nosotros, cambiamos más para asemejarnos a Él. Incluso el diablo está siendo usado por Dios para completar Sus propósitos en la Tierra. Así que no se desanime, todo está trabajando en conjunto para el bien de aquellos que aman a Dios y son llamados según Sus propósitos (Ro 8:28).

## LA MUJER

Dado que juntos descubrimos que el “hijo varón” de Apocalipsis 12 es un conjunto de creyentes vencedores, ¿cómo debemos entender a la mujer que los da a luz? Si bien esta mujer podría ser una clase de “amalgama” de varias cosas, como Israel, creyentes del nuevo pacto, toda la creación, entre otros, parece obvio que la agrupación de personas de Dios que conocemos como “la Iglesia” debe ser al menos una parte de esta “mujer”, si es que no es la mujer completa.

Es la Iglesia que coopera con Dios para generar creyentes vencedores. Es a través de la Iglesia que Dios dará a conocer su multiforme sabiduría (Ef 3:10). Y, por lo tanto, la Iglesia debe componer al menos la mayor parte de este conjunto.

Sin embargo, mientras examinamos la Iglesia como es hoy, llegamos a una desafortunada conclusión. No todos los que son parte de ella viven en victoria espiritual. En la actualidad, muchos

cristianos no viven en el Reino de Dios, es decir, no permiten que Cristo reine en cada aspecto de sus vidas. Aunque puedan nacer de nuevo, no están aprovechando la oportunidad de permitir que la vida de Dios prevalezca y viva a través de ellos.

Sus vidas todavía exhiben una gran parte de su vieja naturaleza. Muchas de sus metas son terrenales y en ellos persiste mucho pecado. En consecuencia, no pueden considerarse como parte del hijo varón, sino simplemente como parte de la mujer. No exhiben la vida triunfante y la victoria de Jesús sobre el diablo.

Notamos en el versículo 14 que cuando esta mujer es rescatada del dragón y llevada al desierto, necesita sustento. Necesita alimentación. Posiblemente, esto podría hacer referencia al hecho de que, en la actualidad, muchos en el “cuerpo” no están recibiendo el alimento que necesitan. No están creciendo hasta madurar ni teniendo victoria en parte por la carencia de un alimento espiritual adecuado. Es allí, en el desierto, que ella “es sustentada” con algún tipo de sustento que la ayuda. No sé cómo es que Dios logrará todas estas cosas, pero es interesante ver cómo Dios cuida a todo Su pueblo, incluso a aquellos que no están donde deberían en términos de crecimiento y madurez.

Esto nos lleva a una observación interesante. Una mujer embarazada es una persona que tiene dentro de sí a otra persona. Hay un cuerpo dentro de otro cuerpo. Cuando el hijo es varón, tiene el potencial de ser más fuerte que aquella que lo da a luz.

Si aplicamos esto a la Iglesia de hoy, podemos comenzar a sospechar que dentro de esta “mujer”, que en muchos aspectos no parece estar cumpliendo todos los propósitos de Dios, como vencer a las fuerzas del diablo, existe otro “cuerpo”. Dentro de la mujer, que podría verse como alguien débil, vive un hijo varón fuerte y vencedor. Esto se aplicaría no solo para la Iglesia actual, sino que es una situación que, sin duda, existió desde los primeros días de la Iglesia.

Por consiguiente, cuando vemos a la Iglesia como un todo y el estado no preparado en el que encontramos a muchos creyentes, no debemos desmotivarnos. Podemos tener confianza en Dios de que, en medio de lo que parece ser un desastre, Él está obrando para completar Sus propósitos. Él tiene a muchos de los Suyos, al

igual que en los días de Elías (1 Re 19:18), que están venciendo y dando testimonio de Su victoria con éxito.

En Mateo 22:14, Jesús nos enseña lo siguiente: "... muchos son llamados, y pocos escogidos". ¿Qué significa esto? ¿Para qué son escogidos estos "pocos"? ¿Por qué solo son pocos? Desde la muerte y resurrección de Cristo, nuestro Señor ha estado llamando a millones de individuos a seguirlo.

No obstante, como ya lo hemos mencionado, aunque muchos vienen a Cristo cada día, solo unos pocos de estos accederán a la victoria que Él ha comprado para ellos. Solo unos pocos creyentes están venciendo a las fuerzas del mal con éxito. Parece que la mayoría no está exhibiendo una rectitud en sus vidas cotidianas que los califique para sustituir a los principados y las potestades que ahora tienen el control.

Por lo tanto, no están calificados para reinar. Solo podrán aquellos que tienen un testimonio (Ap 12:11) ante Dios y el universo espectador, que muestran que han sido fieles, que pueden tomar los lugares de las legiones satánicas y reinar. Por lo tanto, solo estos son los que pueden ser "escogidos" por Dios para esta tarea. Solo los vencedores serán escogidos por Dios para ejercer Su autoridad sobre el planeta y, finalmente, sobre el universo.

No podemos seguir aquí mucho más sin una importante advertencia. Cuando comenzamos a entender estas cosas, existe la posibilidad de un error en el que muchas personas de Dios han caído. Este error es que algunos comienzan a pensar que ellos mismos son "vencedores". Junto con esta idea viene otra más: que los demás no son tan avanzados espiritualmente como ellos.

Innumerables grupos, "iglesias" e individuos que comienzan a entender esta y otras verdades similares comienzan a suponer que, porque las entienden, ellos deben ser realmente lo que ven. La verdad es que Dios está revelándoles a ellos la meta, no su posición actual en la carrera. Puede que vean lo que Dios quiere, pero no el lugar donde están realmente.

Este es un error grave. No somos nosotros los que decidiremos si entraremos al Reino venidero de Dios o no. No somos los jueces de nosotros mismos ni de los demás. Cuando comenzamos a pensar que somos mejores o más avanzados, esta es una prueba de

que perdimos una actitud humilde y, por lo tanto, ya no vivimos en el Reino. Cuando comenzamos a imaginar que nosotros, o nuestro pequeño grupo que está de acuerdo con nosotros, somos alguna clase de élite espiritual, dejamos de ser dignos de entrar al Reino de Dios por el orgullo y la arrogancia que tenemos.

## OFERTAS ESPECIALES

Aunque la puerta al Reino Milenial de Jesucristo está abierta para todos los creyentes, no todos deciden entrar. Por distintos motivos, muchos de los hijos de Dios rechazan Su legítimo señorío sobre sus vidas y, en su lugar, viven principalmente para sí mismos y los placeres de este mundo.

Tal vez sea por esta razón que, en el libro de Apocalipsis, Jesucristo hace varios llamados a los “vencedores”. Cuando habla a cada iglesia, Él dice sus atributos y algunos defectos y, luego, les hace unas ofertas muy especiales a aquellos que están dispuestos a vencer, aquellos que tienen “oídos para oír” (Ap 2:7).

Para el momento en el que fue escrito el libro de Apocalipsis, se había hecho obvio que no todos los creyentes iban a ser obedientes y, de nuevo, Dios hace un llamado a aquellos que quieran responderle y les promete recompensas especiales (Ver Ap 2:7,11,17,26-28; 3:5,12,21).

No debe haber duda, al leer estos versículos, de que muchas de las recompensas que se mencionan aquí se aplican al Reino venidero. Los versículos que hablan de reinar sobre las naciones con vara de hierro (Ap 2:27) y sentarse con Él en Su trono (Ap 3:21) son referencias obvias a compartir la autoridad de Cristo durante Su Reino Milenial. Los pasajes que mencionan tener el derecho a comer del árbol de la vida (Ap 2:7) y comer del maná escondido (Ap 2:17) muestran el aspecto del banquete de la experiencia del Reino.

Un par de otras promesas para “vencedores” que se relacionan con el Reino son la que menciona estar vestidos con vestiduras blancas y otra en la que Jesús promete confesar los nombres de los creyentes fieles ante Su Padre y los ángeles (Ap 3:5). Es posible que recuerde que analizamos en el capítulo 9 a quién el Señor confesará conocer o no en ese día. Jesús está llamando hoy a los hombres

y las mujeres, a cualquiera que escuche, para que venzan. Él dice que, si vences, comerás un banquete conmigo; si vences, reinarás conmigo; si vences, te recompensaré con más que lo que podrías entender o imaginar.

Finalmente, a través de estos vencedores, se cumple la comisión original de Dios para la humanidad. Aquí hay un conjunto de individuos, hechos a la imagen y semejanza de Dios, que han tenido y tendrán dominio sobre la Tierra. Ellos conquistaron las fuerzas hostiles que estaban sobre ella. Ellos no vivieron de acuerdo con el reinado de Satanás, sino de acuerdo con el de Dios; y al hacerlo, le dieron a Jesucristo el derecho de reclamar esta Tierra como suya y establecer Su Reino Milenial en ella.

Estas personas querían a Jesucristo más que al diablo o cualquier parte de su reino y estaban dispuestas a sacrificar incluso sus vidas para ver que el Reino de Dios fuera traído a esta Tierra.

Alabado sea Dios por tales hombres y mujeres que estaban dispuestos a pagar cualquier precio para ver que el reino de este mundo se transfiriera a Jesucristo, cumpliendo Su oración al Padre: “Venga tu reino... como en el cielo, así también en la tierra” (Mt 6:10).

Ahora déjeme preguntarle: ¿será usted uno de estos? Tiene la oportunidad. El llamado de Jesús a los vencedores ha sido enviado a todos los que tengan oídos para oír. La puerta no está cerrada para nadie, pero debe estar dispuesto, si es necesario (y probablemente será así), a darlo todo por el Reino.

Si está listo y dispuesto, Dios está listo y le permitirá vivir de esta manera. Su vida, viviendo en usted, se convertirá en todo lo que necesita para vencer al mundo, a Satanás, al “ego” y al pecado, todas las cosas que se atraviesan en el camino. Que Dios, en su amable misericordia, le dé la voluntad de vivir por Él hasta que Él venga.

Esta página fue dejada intencionalmente en blanco.

## 12.

## VIVIENDO EN LA VICTORIA

*H*emos estado examinando la maravillosa posibilidad de vivir una vida que vence al enemigo. Hemos estado viendo que, dentro del cuerpo de Cristo hoy, hay muchos miles de hombres y mujeres que, mediante el poder de Dios, están logrando resistir la tentación y soportar mucha tribulación.

Por lo tanto, están manifestando la victoria de Jesús al universo que los observa. Pero ¿cómo podemos también vivir de esta manera? ¿Cómo podemos exhibir ante principados y potestades la amplia sabiduría de Dios?

Algunos han pensado que su victoria sobre las fuerzas invisibles de la maldad es una cuestión de guerra espiritual. En la Iglesia de hoy, este tema es muy popular. Muchos escriben libros, imparten seminarios y se enfocan atentamente en este aspecto de la vida cristiana.

Sin embargo, parece que mucho de lo que se está enseñando (aunque aquellos que enseñan, sin duda, tienen buenas intenciones) implica muchos malentendidos y hasta errores.

Ya hemos mencionado este tema antes, en el capítulo 5. Allí, estudiamos la probabilidad de que los ángeles caídos no sean el mismo tipo de seres que los demonios. (Si no ha leído o no recuerda este capítulo, revíselo ahora antes de continuar). Dado que no son lo mismo, nuestra guerra con ellos y la victoria sobre ellos son diferentes.

Una táctica que aparentemente es muy popular entre algunos grupos es “atar” al diablo. Oh, cuánto aliento se ha gastado,

cuántos gritos enérgicos y esfuerzo emocional se ha aplicado para “atar al diablo a los lados del abismo”.

Pero, por alguna extraña razón, parece seguir suelto. Parece que el diablo todavía puede obrar como siempre. Si somos honestos con nosotros mismos, debemos admitir que no está atado en absoluto. El mundo es tan malvado como antes, tal vez más. Las guerras y la maldad de todo tipo siguen siendo una realidad. Los cristianos todavía sufren ataques y confrontan todo tipo de pruebas y tentaciones.

Pensemos en esto con lógica y honestidad. Si “atar al diablo” y sus ángeles de verdad funcionara, entonces todos deberían participar seriamente en esta labor. Si la victoria sobre el diablo fuera una simple cuestión de vociferar u orar hacia él, entonces, por supuesto, reunamos a los hermanos y hermanas más espirituales del mundo y “oremos” de esta manera día y noche hasta que no funcione ningún principado ni una potestad.

Entonces, podremos proceder a hacer la obra de predicar sobre el Reino de Dios sin obstáculos. Pero si esto no hace ningún bien y solo es una pérdida de tiempo y hasta una distracción de la verdadera victoria, entonces busquemos una mejor solución.

Si “atar” al diablo no es la clave, entonces ¿cómo se supone que luchemos contra estos tipos de fuerzas malignas? ¿Cómo podemos vencerlas? Para entender la respuesta, primero debemos ver la vida de Jesús. Él es el que ya ha derrotado al enemigo. Él es el que se ha adelantado a nosotros y ha vencido. Pero ¿cómo lo hizo? ¿Cómo es que Él logró derrotar por completo a Satanás?

La respuesta aquí es algo que parece muy simple, pero es extremadamente profundo. Jesús venció al diablo viviendo por la vida del Padre. Mediante la pureza de esta Vida, Él resistió al enemigo y todas sus tentaciones. Su victoriosa vida culminó en Su muerte en la cruz. Así es como Jesús venció a Satanás.

Cabe destacar que no hizo falta vociferar. No fue una oración especial la que hizo magia. En su lugar, fue el resultado de una vida humilde y modesta completamente sometida al Padre. En última instancia, Jesús fue crucificado y fue allí que Él exhibió Su victoria total sobre el enemigo. Durante la vida de Jesús aquí en la Tierra, el diablo hizo todo lo que pudo contra Él. Jesús fue

tentado en cada aspecto de Su vida. En el desierto, fue tentado con hambre y sed, incluso con todas las cosas “gloriosas” del reino de Satanás.

Más adelante, fue acusado falsamente. Fue objeto de calumnias, burlas, hostigamiento, amenazas y rechazo por parte de muchos hombres. Los líderes religiosos de Su tiempo no solo rechazaron Sus palabras, sino que intentaron matarlo. Todos aquellos en los que el enemigo ejercía influencia y control fueron usados para tratar de que Jesús hiciera o dijera algo incorrecto.

Incluso los propios seguidores de Jesús fueron usados como parte de esta estrategia (Mt 16:23). Todo el esfuerzo de Satanás se concentró en intentar todo lo que normalmente hace que los hombres pequen. Él trató de crear situaciones en las que un hombre ordinario se enojaría, diría algo brusco o incorrecto, actuaría sarcástico, comenzaría a odiar, se desmotivaría o mostraría de alguna otra manera su naturaleza caída.

El diablo usó todo su arsenal. Pero nada funcionó. Sorprendentemente, Jesús soportó cada prueba sin pecar. Él fue el primer hombre en el que el poder del diablo no tenía efecto. Eva aguantó el engaño de Satanás quizá unos 5 o 10 minutos. Jesús vivió una vida perfecta y nunca fue objeto de su influencia de ninguna manera.

Finalmente, desesperado, Lucifer trabajó con sus siervos para lograr que mataran a Jesús. No solo hizo que lo mataran, hizo que muriera de la forma más horrible, dolorosa y humillante. Pero en medio de toda la tortura y el tormento, todo el dolor y la vergüenza, Jesús nunca sucumbió. Nunca dijo una palabra incorrecta ni hizo ninguna cosa malvada. Nunca tuvo una actitud o expresión facial que fuera egoísta o pecaminosa.

Gloria a Dios, ¡jeste fue un hombre que venció al diablo! ¿Cómo lo hizo? Él lo logró manteniendo su fidelidad al Padre mediante todo, incluso “hasta la muerte” (Flp 2:8), nunca dando “lugar al diablo” (Ef 4:27) y rehusándose a permitir que Sus circunstancias y dificultades lo hicieran pecar.

En toda situación, Él permitió que el Padre viviera en Él y a través de Él. Él se sometió completamente a Dios y Le permitió reinar en todos los aspectos de Su ser. De esta manera, Él venció. Él salió victorioso.

## CÓMO VIVIR EN LA VICTORIA

La vida incorruptible de Jesús nos conduce a una maravillosa meditación. Su carácter y pureza inmaculados son excelentes fuentes de motivación e inspiración. Sin embargo, demasiados creyentes se conforman con solo saber que Jesús venció. Se regocian en lo que Él ha hecho, pero no notan que esto tiene repercusiones importantes para ellos.

Lo que no entienden es que nosotros también debemos experimentar esta victoria en nuestras vidas. No es suficiente que Jesús haya vencido y ascendido al cielo. Dios también nos exhorta a que lo sigamos en este camino victorioso.

Entonces la pregunta es: ¿cómo podemos “vencer” y vivir en este tipo de victoria? ¿Cómo podemos vencer al diablo y manifestar el Reino de Dios en este mundo? ¿Cómo podemos hacer una “guerra espiritual” que sea exitosa?

Para entender esto claramente, debemos tener una revelación muy básica: una vez que recibamos vida eterna, tenemos en nosotros dos “vidas”. Tenemos nuestra vida natural y antigua, que recibimos de Adán, y tenemos una vida nueva y sobrenatural que recibimos del Padre. Esta nueva vida de Dios es la que tiene la naturaleza santa necesaria para vencer. *Solo* la vida de Dios, que Él nos da en Cristo Jesús, puede resistir al enemigo. No hay ninguna cantidad de esfuerzo, ningún nivel de consagración, ninguna intensidad de fervor de nuestra parte que bastará para esto. Solo la vida de Dios es y será victoriosa.

Por otro lado, con la misma certeza, nuestra vida natural y antigua siempre fracasará. El hombre natural que manifiesta la naturaleza pecaminosa siempre sucumbirá ante las tentaciones y las pruebas del enemigo. Al igual que Adán y Eva cayeron rápida y fácilmente, la vida natural que heredamos de ellos nunca podrá pasar la prueba.

Por lo tanto, para vencer necesitamos aprender a vivir por la nueva vida que tenemos de Dios. Al igual que Jesús no vivió por su vida humana, sino que vivió por el Padre (Jn 6:57), también debemos aprender a “andar en vida nueva [de Dios]” (Rm 6:4).

Verá, Jesús tuvo una vida natural que heredó de María. Pero Él también recibió una vida sobrenatural de Su Padre. Así,

también tenía en Él estas dos vidas. Sin embargo, Él constantemente elegía vivir por la vida increada. Él, fielmente, eligió dejar que la vida de Dios dominara cada pensamiento, actitud, palabra y acción Suya. Dijo: “Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, Él hace las obras” (Jn 14:10). Todas las palabras y obras de Jesús fueron el resultado de la manifestación de la vida Divina dentro de Él.

De la misma manera, nosotros también podemos “vivir por Él” (Jn 6:57). Tenemos la posibilidad de vivir como Jesús lo hizo, no por nuestra propia vida natural, sino por la vida de Dios dentro de nosotros. Este mismo Jesús que venció al diablo en cada aspecto de la vida, que resistió la tentación incluso hasta la muerte, ahora vive en cada creyente.

No importa si somos débiles. No importa cuáles son nuestras capacidades personales. El Dios del universo vive en nosotros y Él ya ha vencido. Todo lo que necesitamos es someternos completamente a Él. Solo debemos dejar que Su vida domine y predomine en nosotros. A medida que dejamos que Su vida nos llene y viva a través de nosotros, podemos demostrar la misma victoria sobre Satanás y el pecado.

## EL CAMINO DE LA CRUZ

Uno de los aspectos más importantes de esta victoria implica la muerte de nuestro ser. También debemos experimentar la muerte, incluso la muerte de la cruz. Jesús les enseñó a sus discípulos que, para seguirlo, debían negarse a sí mismos, tomar su cruz y seguirlo (Mt 16:24).

Esto no significa que debemos llevar un pedazo de madera en forma de cruz. Significa que nuestra vida antigua, la que recibimos de Adán, debe morir. Mientras viva, inevitablemente se expresará en pecado. El diablo siempre podrá salir victorioso sobre esta. La única solución es eliminarla.

Cuando Jesús murió en la cruz, nosotros también morimos con Él (Gál 2:20). Por lo tanto, la realidad de esta muerte puede y debe convertirse en nuestra experiencia. Podemos “morir cada día” (1 Co 15:31). Podemos experimentar “siempre por todas partes la muerte de Jesús” (2 Co 4:10).

Uno de los grandes secretos de vivir en victoria sobre Satanás es nuestra muerte en la cruz. Nuestro ser debe morir y tenemos que vivir para Dios. Esta es la manera en que Jesús mostró la victoria final sobre el diablo. Si queremos también tener el poder espiritual para derrotar al reino de la oscuridad y vivir en la victoria de Cristo, esta es la única manera. También debemos morir.

Mientras más experimentemos vivir por la vida sobrenatural y la muerte de nuestro ser, más venceremos al diablo y sus fuerzas malvadas. Mientras más opere la cruz en nosotros y sobre nosotros, más victoria experimentaremos.

Tenga en cuenta que aquellos que componen el hijo varón en Apocalipsis “menospreciaron sus vidas hasta la muerte” (Ap 12:11). La palabra “vidas” aquí en griego es “PSUCHE”, que se refiere a nuestras vidas naturales, del alma. Una de las maneras en que “lo vencieron” fue no amarse a sí mismos. Estaban dispuestos a morir.

Nuestra victoria aquí tiene poco que ver con vociferar y “atar”, y mucho que ver con someterse y morir. A medida que sometamos nuestras vidas a Jesús, permitiéndole “ser” nuestra vida (Col 3:4), venceremos. Es cuando muere nuestro ser y vivimos para Dios que se ata al “hombre fuerte” y tendremos el poder para saquear el reino de Satanás. Que Dios nos dé paz para vivir cada día más y más en esta victoria.

Jesús enseñó que: “Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto” (Jn 12:24). Aquí vemos que morir es el secreto de una vida fructífera. A medida que morimos, la vida de Cristo tiene más “espacio” para vivir y moverse en nosotros. Así mismo, cuando nuestro ser muere, el reino de la oscuridad tiene menos influencia en nosotros.

Por lo tanto, podemos, siguiendo la orientación del Espíritu Santo, ser más fructíferos en nuestra obra para él. Podemos vivir una vida de victoria sobre el pecado y sobre todas las artimañas del enemigo mientras ayudamos a otros a hacer lo mismo.

La Biblia nos enseña que solo a través de muchas tribulaciones entramos al reino (He 14:22). Leemos que: “Si sufrimos, también reinaremos con Él” (2 Tim 2:12). Por lo tanto, nuestra entrada a Su Reino, sin duda, implicará mucha dificultad, lucha y

aflicción. Esto es una verdad bíblica. Jesús nunca dijo que seguirlo sería fácil. Él no indicó que no habría tristeza ni dolor. Aquellos que insisten en que los creyentes siempre deben estar saludables, felices y ser ricos se engañan a sí mismos y engañan a sus seguidores. Sin embargo, Jesús nos prometió gozo y fuerza interior, que vienen de creer y obedecer.

Solo cuando negamos nuestro “ser” y lo ponemos a los pies de Jesús, podemos entrar en el gozo eterno y espiritual que está disponible en Cristo. Solo a medida que perdamos nuestras propias vidas podremos experimentar la Suya.

Mucho del cristianismo de hoy es superficial simplemente porque no ha pasado por la cruz. La vida que los cristianos vivimos tiene muy poco del poder de la resurrección de Jesús porque tenemos muy poca parte en sus sufrimientos (Flp 3:10). No experimentamos Su exaltación y glorificación porque no compartimos Su cruz. No exhibimos Su victoria porque nuestras propias vidas todavía predominan en nosotros.

Es muy fácil que nosotros, en medio de nuestras situaciones cotidianas, nos desmotivemos. Hay sufrimientos que nunca parecen terminar. A veces nos encontramos en situaciones que son emocionalmente o físicamente dolorosas. Oramos y oramos y oramos. Pero parece que no llega una respuesta. Clamamos a Dios. Pero los cielos parecen permanecer cerrados. El sufrimiento continúa con el largo paso de los años.

La gran tentación aquí es rendirse, hacer algo que sabemos que está mal para dar fin al dolor o amargarnos. ¿Qué está haciendo Dios? ¿Por qué no responde? La verdad es que Dios está escuchando y respondiendo. Pero en lugar de hacer lo que queremos, Él está haciendo lo que es mejor para nosotros.

En lugar de hacer lo que creemos que está bien en un sentido mundano y a corto plazo, Él está haciendo lo que sabe que está bien desde una perspectiva eterna. Usted, sí, usted, necesita desesperadamente morir. Su vieja vida con su vieja naturaleza y todos sus deseos y “necesidades” tienen la tremenda necesidad de la crucifixión. La muerte de su ser es esencial para su gozo eterno.

La respuesta es humillarse ante Dios, aceptar Su voluntad para usted donde está y dejar que Su Espíritu haga una obra

transformadora en usted. Cuando se somete a Dios en medio de la prueba y el dolor, encuentra una dulce liberación de lo que usted es y de lo que quiere. Poco a poco, morirá. Algún día, incluso Le agradecerá por su experiencia.

Finalmente, cuando haya desistido de sus propios deseos relevantes y sus preciados “sentimientos”, cuando ya no se sienta afligido por su situación, cuando esté satisfecho en Cristo sin importar la situación en la que esté, entonces estará listo para un cambio.

Cuando Jesús lo haya liberado de lo que usted es, entonces Él podrá liberarlo de *donde* está. Cuando el pan está bien cocido, es hora de sacarlo del horno. Es entonces cuando su vida se convierte en un testimonio para el mundo y para los principados y las potestades.

Cuando usted se hace fiel hasta la muerte, es victorioso sobre el enemigo, su ser y el pecado. Es, entonces, cuando su vida puede comenzar a ser usada por Dios de una manera poderosa para saquear el reino de la oscuridad y traer mucho fruto. Cuando haya pasado por la muerte, entonces podrá experimentar la vida de resurrección y la victoria.

## RECTITUD QUE CALIFICA

Mientras enseñaba sobre el Reino, Jesús dijo: “Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos” (Mt 5:20).

Esta es una declaración sorpresiva. Los escribas y fariseos eran la élite religiosa de su época. Tenían una apariencia de rectitud que seguía la ley al pie de la letra. Diezmaban, ayunaban, oraban y estudiaban las escrituras a diario de una manera impresionante. Aparentemente, eran la cúspide de lo que Dios exigía.

Las vidas de muchos cristianos ni siquiera se acercan a esta clase de dedicación. Sin embargo, Jesús insiste en que debemos poner a la vista incluso más rectitud. ¿Cómo se puede lograr esto?

En las escrituras, encontramos que los requisitos de rectitud para entrar en Su Reino son definidos con más detalle. Leemos las palabras de Jesús: “Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la Tierra por heredad” (Mt 5:5). “Bienaven-

turados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mt 5:3). Así, vemos que hay un requisito de mansedumbre y humildad.

En 2 Pedro, se nos presenta una lista todavía más larga de requisitos previos. Pedro nos exhorta a lo siguiente: “... añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pe 1:5-7,10,11).

¡Qué lista! Todas estas cosas son características deseables para un cristiano, pero ¿cómo puede alguien vivir de esta manera? Si se requiere un carácter tan divino, ¿cómo alguno de nosotros podría siquiera imaginar que podríamos entrar?

Lo que Dios busca y nos facultará entrar a Su Reino es su nueva Vida, de la que hemos estado hablando. Una vez más, nuestra propia vida, incluso si dedicamos todo el esfuerzo y la energía que poseemos, nunca puede compararse con el estándar divino.

Tal vez haya muchos creyentes hoy que imaginan que se han consagrado. Tienen una determinación y un fervor verdaderos para agradar a Dios y hacer Su voluntad. Incluso, es posible que imaginen en secreto que están espiritualmente un poco por encima de otros debido a su dedicación. Esta opinión podría reforzarse si tienen dones espirituales poderosos y evidentes.

Pero esto no califica como mansedumbre. No es humildad. Es solo el tipo de rectitud que los escribas y fariseos pudieron producir. Y se nos ha dicho claramente que eso no bastará para entrar al Reino de Dios. Cuando Jesús caminaba en esta Tierra, dijo: “Yo soy el camino” (Jn 14:6). Vale la pena señalar que Él no dijo que simplemente nos estaba enseñando el camino, sino que Él *era* el camino. Hoy, el camino de Dios es una persona. Cuando permitimos que esta persona viva en nosotros y a través de nosotros, podemos recorrer este camino divino.

Jesús nos exhorta a “entrar por la puerta angosta” y, posteriormente, dice que “muchos procurarán entrar, y no podrán” (Lc 13:24). Él también es la puerta angosta. Cuando Le permitimos

ser nuestra vida es cuando tendremos éxito en entrar. Mientras entramos por esta estrecha vía, todo lo que somos debe quedar atrás.

Lo que tenemos y lo que somos por naturaleza, aunque se vea “bueno” a nuestros ojos, simplemente no cabrá. Cuando busquemos entrar pero sin estar dispuestos a quitarnos de encima todo lo que somos, no podremos pasar por la puerta y entrar al Reino.

Solo la vida de Jesús viviendo en nosotros y a través de nosotros puede satisfacer al Padre. Es en Él que el Padre tiene complacencia (Lc 3:22). En efecto, el camino es angosto. Es solo una persona y debemos entrar a través de Él. La puerta es excesivamente angosta y, como el camello pasando por el ojo de la aguja, la única manera de pasar es despojarnos de todo el equipaje. Nuestras habilidades, nuestro fervor, nuestro liderazgo natural, nuestras posesiones, sí, incluso nuestras propias vidas no cabrán.

Cuando cedemos nuestra vida más y más a Él para que nuestra vida pueda morir y, en su lugar, Su vida pueda vivir a través de nosotros, entonces estos maravillosos atributos de la propia naturaleza de Dios se podrán manifestar en nuestras vidas. Todos los atributos de Su carácter son evidentes. Cuando ya no somos nosotros los que vivimos, sino Cristo (Gál 2:20), entonces el mundo alrededor de nosotros puede comenzar a ver cómo es Jesús en verdad. Cuando la vida de Dios domina en nosotros, entonces nuestro testimonio ya no son solo palabras, sino que se manifiesta en todas nuestras actitudes y acciones. De esta manera, nuestra entrada en Su Reino se “suministrará en abundancia”.

## VENCER AL MUNDO

Otro aspecto de la victoria del Reino implica vencer al mundo. La Biblia nos enseña que el mundo y todo lo que está en él es parte del reino del diablo. Por lo tanto, cualquier creyente que desea entrar al reino de Dios también debe vencer al mundo. Esto incluye lo que podría llamarse “el sistema de este mundo”, con toda su lujuria, su opulencia, su avaricia, su brillo y esplendor.

Dios nos exhortó a separarnos del mundo. Él dice en Su palabra: "... Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundado; y yo os recibiré" (2 Co 6:17).

Otro versículo dice: "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo [...] Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre" (1 Jn 2:15-17).

El mundo y todas las cosas en él son un elemento importante del reino del diablo. Es una de las trampas más sutiles con las que atrapa al pueblo de Dios. Satanás le ofreció a Jesús y nos ofrece a nosotros todos los reinos de este mundo si nos sometemos a él.

El diablo también es capaz de darle a los hombres y las mujeres muchas cosas que parecen deseables desde un punto de vista humano. Esto incluye cosas como dinero, fama, posesiones y posición social a los ojos de los demás. Él puede otorgar reconocimiento, poder e influencia. Pero, como nuestro Maestro, debemos aprender a huir de estas cosas a toda costa porque, si no lo hacemos, nos costará el Reino.

En las escrituras leemos: "Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas" (Mt 6:24). La riqueza que menciona las escrituras se refiere a dinero, placeres, entretenimiento y elogios que el mundo y sus habitantes pueden impartir.

Es imposible servir a Dios y perseguir las cosas del mundo. A menos que nuestros corazones se purifiquen de estas cosas y nos propongamos solamente servir a Dios, seremos engullidos por las preocupaciones de esta vida, por las cosas de este mundo que pensamos que necesitamos, y no seremos dignos de la meta para la que hemos sido llamados. "Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios" (Sant 4:4).

El dinero es, hoy, la cosa más poderosa del mundo físico. Jesús dice que "es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el Reino de Dios" (Mt 19:24). Sus discípulos seguramente pensaron que esto era imposible, pero Jesús les

aseguró que, con Dios, todas las cosas son posibles. Las riquezas son engañosas. Engañan a aquellos que las poseen al hacerlos creer que son un fin en sí mismas. Más personas han sido engañadas por esto que por cualquier otra cosa. En la actualidad, incluso hay una rama completa del cristianismo que enseña a los hombres y las mujeres a buscar las riquezas. Al hacer esto, estos maestros apartan las mentes de los creyentes del Reino de Dios y las impulsan hacia la más poderosa influencia del reino de Satanás.

1 Timoteo 6:9,10 dice: “Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores”.

Las riquezas no solo son una distracción, sino que, si nos enfocamos en ellas y pasamos nuestro tiempo buscándolas, no entraremos en el Reino que Dios está preparando. Si tenemos dinero, solo podemos vencer cuando ofrecemos todo que tenemos a la autoridad de Jesucristo. Y así como el gobernante rico joven, esto puede implicar que demos mucho o todo.

El dinero debe usarse para la obra de Dios y cumplir Sus propósitos, no para ponernos en una posición segura y cómoda, ganar posesiones materiales y satisfacer nuestros propios deseos.

El dinero que está bajo el control de Dios será usado para apoyar a Sus siervos, dar a los pobres y de cualquier otra manera que ayude a que los propósitos de Dios progresen en este mundo.

El dinero puede ser una herramienta muy importante para aquellos que saben cómo usarlo para el Reino de Dios, pero la escritura nos advierte que el poder del dinero es muy engañoso, tanto que tenemos que tener extrema precaución y cuidado cuando lo manejemos. “Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado” (2 Tim 2:4).

Todos los hijos de Dios deben asegurarse de que sus finanzas estén completamente bajo la autoridad de Dios y que estén dispuestos a obedecerlo sin importar el costo.

Pedro le dijo una vez a Jesús: “He aquí, nosotros hemos dejado nuestras posesiones y te hemos seguido” (Lc 18:28). Y Jesús

le respondió: “De cierto os digo, que no hay nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o mujer, o hijos, por el reino de Dios, que no haya de recibir mucho más en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna” (Lc 18:29,30). En “este tiempo”, ese “más” puede significar bendiciones espirituales. Podría parecer que nunca poseeremos muchas cosas mundanas, pero en el día que Jesús regrese, seremos recompensados enormemente.

Les pido, hermanos y lectores, que no le den prioridad al mundo y las cosas dentro de él. Apártenlas. No se enreden en las cosas de esta vida. Busquemos, primeramente, el reino de Dios y Su justicia, y todas estas cosas que necesitamos para seguir viviendo en este mundo nos serán añadidas (Mt 6:33).

Esta página fue dejada intencionalmente en blanco.

## 13.

## OBRAS DE FE

La salvación ocurre por gracia a través de la fe. En esta época, casi todos los cristianos que tienen acceso a una Biblia están conscientes de este hecho. No hay nada que podamos hacer nosotros mismos que pueda complacer a Dios o hacer que nos salve. Es solo por Su gran misericordia y Su amor que envió a Su Hijo para que muriera en nuestro lugar.

Ninguna obra que podamos hacer nos traerá la vida eterna, solo puede servirnos el gran sacrificio que hizo Jesús. Cuando verdaderamente nos arrepentimos de nuestros pecados y creemos en Él, Dios nos considera justos. Está satisfecho con la ofrenda perfecta de Su Hijo y nos recibe en el Amado. Esto es algo que todo cristiano debe entender.

Aunque esto es así, como hemos estado aprendiendo en los capítulos anteriores, la entrada de un creyente al Reino Milenial se basa en sus obras. Cuando estemos frente al tribunal de Cristo, debemos dar cuenta de las *obras* que hacemos con nuestro cuerpo, ya sea que hayan sido buenas o malas (2 Cor 5:10). Jesús dice que les dará a todos los hombres según sus obras (Ap 2:23).

Esto nos presenta una contradicción evidente. Por un lado, la salvación es el regalo gratuito de Dios a través de Cristo Jesús. Sin embargo, por otro lado, cuando nos presentemos ante Él, nos juzgará de acuerdo con nuestras obras.

En este capítulo, analizaremos a fondo este tema que aparenta ser contradictorio. Se espera que el lector, después de finalizar este capítulo, vea que en realidad no hay ninguna

contradicción, sino que nuestras “obras” son solo el resultado automático de la verdadera fe.

## LA NECESIDAD DE LAS “OBRAS”

Recibir la vida eterna es algo que ocurre, realmente, por gracia y no por nosotros mismos. Pero nuestra entrada al Reino Milenial es otra cosa. Nuestra entrada será determinada por lo que hemos hecho con lo que Dios nos ha dado. Jesús nos ha entregado un regalo indescriptible y espera que hagamos algo con ese regalo mientras Él esté fuera.

Así como Jesucristo pasó su tiempo haciendo la voluntad del Padre, también nosotros debemos traerle frutos a Dios. Cuando un agricultor siembra semillas en el suelo, lo hace con la expectativa de que crezcan y produzcan frutos. De la misma manera, Dios espera que hagamos obras que lo glorifiquen.

Pedro escribe que no debemos estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de Él (2 Pe 1:8). Dios requiere que generemos el fruto de las buenas obras mientras estamos en esta Tierra (Ef 2:10). A través de Jesús, nos dio una nueva vida y nos confió un gran encargo. Su propósito para esto es que usemos nuestro tiempo aquí para servirle, lo que lo ayudará a lograr su voluntad.

Probablemente todos recuerden la parábola de Mateo 25:15-30 en relación con los talentos otorgados a ciertos siervos del rey. Se indica claramente que esta parábola se relaciona con el Reino venidero.

Los siervos que fueron fieles fueron recompensados con el permiso de “entrar en el gozo del [su] Señor”. Pero el siervo que recibió solo un talento y no hizo nada con él fue castigado echándolo a las tinieblas. Fue disciplinado porque no hizo nada durante la ausencia de su señor.

Hay una parte interesante de otra parábola del Reino que se encuentra en Mateo, capítulo 22, que aborda el tema del vestido de boda. Leemos al principio del versículo 11: “Y entró el rey para ver a los convidados [en el banquete de bodas], y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle

en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. Porque muchos son llamados, y pocos escogidos.” (Mt 22:11-14).

Obviamente, a este pobre hombre le faltaba algún requisito para entrar al banquete de bodas del Reino. ¿Cuál era este requisito? Debía estar vestido con las buenas obras de la fe. Apocalipsis 19:8 nos muestra que el vestido de boda era, de hecho, las buenas obras, cuando leemos: “Y a ella [la novia] se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos”.

## PROBADO CON FUEGO

Entendemos, entonces, que las buenas obras son necesarias y deseables. Son algo que todos los creyentes deben estar generando. Sin embargo, también queda claro a partir de las escrituras que no cualquier tipo de esfuerzo para el Señor será aceptable. Las obras que hacemos en el nombre de Jesús deben ser de un tipo especial para merecer una recompensa.

Cuando llegue el día del Señor, todas las obras que hayamos hecho se probarán por fuego. En 1 Corintios 3:12-15 leemos lo siguiente: “Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará [expondrá], pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego.”

Este fuego que probará nuestras obras no es más que la presencia del eterno Dios. “Porque nuestro Dios es fuego consumidor” (Heb 12:29). La intensidad de Su presencia y la gloria de Su semblante revelarán rápidamente la sustancia de nuestras actividades.

La frase “sufrir pérdidas” que se utiliza aquí debe incluir la pérdida de la herencia del Reino Milenial, ya que esta es una de las recompensas que recibirá el fiel. Aunque existen otros tipos de recompensas mencionadas en la Biblia, como diversos tipos de coronas, muchas de estas también se pueden comprender en el contexto del Reino.

Las coronas, por ejemplo, hablan de reinado y dominio que, como hemos estado viendo, será exactamente la función de los creyentes que sean considerados dignos. Perder nuestras obras inaceptables no podría ser la pérdida que se menciona aquí, ya que las obras no serán nuestra recompensa, sino que nos darán derecho a obtener una.

Este pasaje también muestra que aquellos cuyas actividades se rechazan en el tribunal de Cristo aún son salvados eternamente, aunque “sufren pérdidas” (1 Cor 3:15).

En el anterior pasaje, se mencionan dos categorías específicas de obras: madera, heno y hojarasca, u oro, plata y piedras preciosas. Las valiosas soportan la prueba y nos permiten obtener una recompensa, mientras que los elementos combustibles se consumen y exponen nuestra desobediencia, lo que nos descalifica de entrar al Reino.

Dado que estas acciones que hacemos son tan importantes para determinar si seremos aprobados o no cuando comparezcamos ante el Señor, vale la pena dedicar un tiempo a analizar con detalles su sustancia. Cada creyente debería entender bien qué actividades complacerán a Dios y cuáles no. Muchos cristianos, por ignorar los criterios de Dios, fácilmente podrían estar desperdiciando mucho tiempo construyendo algo que Dios no desea.

Aunque debemos pasar un poco de tiempo hablando sobre cosas negativas y desagradables, es esencial que todos los seguidores de Jesús comprendan perfectamente estas verdades. Por lo tanto, téngame paciencia mientras abordamos este tema juntos.

## MADERA, HENO Y HOJARASCA

Sin duda, todos debemos saber que estas obras que debemos hacer mientras Jesús no está aquí en la Tierra no son obras de la ley, ya que las escrituras dicen que “por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de Él” (Rom 3:20). Aunque esto debería ser obvio para cualquiera que abra su Biblia y medite sobre las cosas de Dios por sí mismo, hay un movimiento creciente en estos días que alienta a los creyentes a regresar a la ley.

Hay una nueva corriente doctrinal, que en algunas partes del mundo es casi una manía, de volver al judaísmo del Antiguo

Testamento. Parece que hay muchos que no han podido atravesar el velo y establecer una relación íntima con Dios. O, quizás a lo largo de los años, su relación con Él se ha vuelto distante, aburrida o fría. Estos, entonces, buscan una manera superficial y humana de sentirse bien consigo mismos e imaginar que están sirviendo al Señor.

Ya que no disfrutan del tipo de relación con el Invisible que los justifica día tras día, buscan otra vía para satisfacer su conciencia y sentir que están haciendo lo correcto. Dedican su tiempo a rituales, terminología, festivales y prácticas del Antiguo Testamento con la esperanza de que, de alguna manera, esto llene el vacío.

Sin embargo, como todos debemos saber, la ley y todos los mandamientos son débiles porque solo obran a través de los esfuerzos de la carne (Rom 8:3). Por lo tanto, nunca pueden producir los tipos de obras que soportarán la prueba del Día del Juicio.

Además, cada creyente también debe ser consciente de que tratar de hacer lo correcto de acuerdo con los “principios del Nuevo Testamento” tampoco será aceptable para Él. Si bien algunos han entendido que la ley no puede producir rectitud, en su lugar, han desarrollado para sí mismos otro tipo de “ley” compuesta de principios del Nuevo Testamento.

Han investigado los evangelios y las epístolas y sintetizaron a partir de ellos una especie de código “espiritual” de ética y comportamiento por el cual tratan de guiar sus vidas. Hacen todo lo posible para seguir estos principios. Son fervorosos en su afán por hacer lo correcto. Pero, una vez más, estos tipos de obras solo se pueden realizar a través de los esfuerzos del hombre natural. Las personas con una voluntad fuerte y mucha determinación podrían dar una buena imagen de cómo es seguir estos distintos principios. Sin embargo, estos esfuerzos representan materiales muy combustibles.

Las personas que viven sus vidas solo por las directivas externas que se encuentran en las escrituras serán las que hagan que Jesús diga: “apartaos de mí, hacedores de maldad (anarquía, rebelión)” (Mt 7:23). Llama la atención que el número de los que se encuentran en esta categoría se representa como “muchos” (Mt 7:22).

Proponerse lograr lo que dicta la Biblia por nuestra cuenta, incluso “con la ayuda del Espíritu Santo”, es realmente un acto de rebelión contra Dios. Algunas de las personas que fueron rechazadas eran personas que habían hecho cosas impresionantes en el nombre de Jesús. Habían predicado y profetizado. Habían echado fuera demonios. Habían hecho muchas obras extraordinarias, e incluso milagros. Quizás incluso construyeron catedrales espléndidas y tenían ministerios de gran alcance.

Pero nada de esto se hizo en verdadera sumisión a Él. Fueron solo obras de la carne. Todas estas cosas pueden hacerse con la energía, el conocimiento y la capacidad humanas de forma independiente de Él. Podemos suponer que estas mismas personas al menos vivían vidas morales exteriormente y, quizás, las personas que las rodeaban quedaban impresionadas por su cristianismo.

Pero la vida moral, los milagros, los hermosos edificios y los mensajes elocuentes no complacen al Padre. Solo se puede satisfacer al Padre si nos sometemos completamente a Jesús y le permitimos que obre a través de nosotros.

El camino de Jesús es uno de completa dependencia y sumisión a Él. Su camino para nosotros es simplemente obedecerlo. Cualquier obra que hagamos que sea legalista, esté automotivada o sea simplemente un logro humano estará expuesta a ser solo “madera, heno y hojarasca”.

## EL HOMBRE NATURAL

Esto nos lleva a otra categoría de obras rechazadas, que son las obras del hombre natural o de la “carne”. Cuando venimos al Señor y comenzamos a conocerlo de manera íntima, es normal que nos emocionemos por trabajar para Él. Sin embargo, es aquí que la naturaleza natural y humana puede entrar en juego. Si somos inteligentes, ingeniosos y enérgicos con muchos planes e ideas geniales, es muy fácil para nosotros comenzar a hacer obras para Dios.

Sin embargo, nuestro Señor tiene algunos criterios muy específicos para nosotros en nuestras obras. Uno es que lo que hacemos por Él primero debe ser dirigido por Él. Debe ser el que está iniciando la obra. Además, lo que hacemos no se puede hacer

simplemente mediante los recursos y la energía propios, sino por una dependencia de Su fuerza y poder. Sin duda, “la carne para nada aprovecha” (Jn 6:63).

Cuántos hijos de Dios están atrapados en las obras de la carne. Quieren complacerlo, pero les falta entendimiento sobre cómo hacerlo. Han edificado ministerios, comenzado iglesias e iniciado programas. Han predicado, enseñado y trabajado para hacer lo que piensan que el Señor podría desear que hagan.

Todo lo que podamos producir para Dios por nuestra energía y esfuerzo propios será rechazado el Día del Juicio. No importa si pensamos que nuestros esfuerzos son “bíblicos”. Da igual si lo que estamos haciendo parece ser correcto o bueno. La cuestión no es la apariencia de las acciones que hacemos, ya sean populares o exitosas, por ejemplo, sino su sustancia.

Los edificios muy impresionantes se pueden construir con madera, pero es un material extremadamente combustible. Jesús debe ser la fuente y el contenido de toda nuestra obra para Dios. Él debe ser el que inicia nuestras acciones y debe ser el que está fluyendo a través de nosotros para lograrlas.

## FE

Las obras que complacen a Dios y pasan la prueba del Día de Juicio son obras de fe. Pero ¿qué significa esto? ¿Cuál es esta verdadera fe que producirá obras que glorifican y complacen a Dios? Para entender esto realmente, puede ser necesario desengañarnos acerca de cierta información errónea común. Debemos comprender con claridad lo que no es la fe.

La fe no es un ejercicio mental. La fe real no es nuestro acuerdo mental con los hechos bíblicos. La verdadera fe no es algo que podamos crear mediante la reafirmación constante de las verdades de las escrituras. En cambio, la fe auténtica es la respuesta de nuestro corazón a la revelación de Dios de Sí mismo.

Cuando se revela a Sí mismo, a través de Su hablar en nuestro espíritu, en las escrituras o por otros medios, y creemos lo que nos muestra, eso es fe. A menos que Dios se nos revele de alguna manera, no podemos poseer el tipo de fe que Le agrada.

La fe real no es algo que podamos crear nosotros mismos. En su lugar, es un “don de Dios” (Ef 2:8).

Cuando Dios se nos revela y, por Su gracia, respondemos creyendo, esta es verdadera fe.

Examinemos algunos ejemplos de la Biblia para aclarar este punto. ¿Cómo llegó a la fe nuestro padre Abraham? ¿Echó a perder sus pensamientos hasta que casi se sobrecalentaron y finalmente decidió que debía existir un Dios? ¿Contempló el cosmos usando toda su fuerza racional y finalmente concluyó que debía haber un Creador? No.

Ocurrió exactamente lo contrario. Primero “...vino la palabra de Jehová a Abram en visión” y, luego, Abram le “creyó a Jehová” (Gén 15:1,6). El orden de estos eventos es muy importante. Abraham llegó a la fe por su respuesta positiva a la revelación de Dios.

¿Y los primeros discípulos? ¿Vinieron a la fe por analizar el árbol genealógico de Jesús? ¿Investigaron las profecías y concluyeron que Él era quien las cumpliría, por lo que debía ser el Cristo? No. De hecho, aquellos que sabían de Su lugar de nacimiento profetizado eran los que no creían ni lo adoraban.

Aunque la genealogía de Jesús y su cumplimiento de las profecías llegaron más adelante a la comprensión de los discípulos, no fueron estas cosas las que generaron su fe. En cambio, lo que sucedió primero fue: Jesús “manifestó Su gloria” y, luego, “sus discípulos creyeron en Él” (Jn 2:11).

Cuando Pedro hizo su famosa declaración de que Jesús era el Cristo, Jesús afirmó que esto no había sido algo de lo que Él se había convencido por medios humanos. No fue “carne ni sangre” lo que se lo había explicado, sino el “Padre que está en los cielos” fue quien se lo reveló (Mt 16:17).

La fe de Pedro fue el resultado de la revelación divina. En cada caso, cuando los discípulos encontraron a Jesús por primera vez, lo siguieron porque vieron algo sobrenatural en Él. Desde una perspectiva humana, Jesús era poco atractivo (Is 53:2), pero Dios abrió sus ojos para ver más allá de la apariencia exterior y en el ámbito espiritual. Luego, sus corazones respondieron creyendo en Él.

Cuando nacemos de nuevo, es porque de alguna manera Jesús se nos reveló y respondimos con fe a esta revelación. Si nunca se le ha revelado el Hijo de Dios de ninguna manera, incluso si está de acuerdo con algunos versículos de la Biblia o si se ha convencido de algunas verdades de las escrituras, no puede ser un verdadero discípulo de Jesús. Solo se ha convencido, pero no se ha convertido.

## CAMINAR POR FE

Nuestra relación con Jesús comienza con esta revelación sobrenatural. También continúa de la misma manera. Día tras día, Jesús está revelándose a Sí mismo y Su voluntad para nosotros a través de Su Espíritu en nuestro espíritu. Cuando nacemos de nuevo, comenzamos una relación espiritual con Él.

Él es invisible, pero constantemente nos muestra Su voluntad y Sus caminos. Se nos está revelando constantemente en nuestro espíritu. A medida que le seguimos respondiendo con fe a lo que está revelando y a la dirección hacia la que nos guía, cumplimos Sus deseos. Esto es lo que significa caminar por fe. Significa que tenemos una relación íntima y personal con nuestro Maestro invisible a través de nuestra fe. Y es a través de esta relación de fe que caminamos con Él.

Cuando creemos por primera vez, recibimos a una Persona viva dentro de nosotros. Dado que Él ahora vive dentro de nosotros, constantemente se nos revela de diversas maneras. Conocemos Su hablar interno. Percibimos Sus sentimientos con respecto a diversas situaciones. Podemos percibir Su compasión, Su gozo, Su paz, Su satisfacción o incluso Su ira. Podemos conocer Su liderazgo y Sus deseos. Todos los diversos componentes de Su personalidad se están revelando dentro de nuestro espíritu.

Por lo tanto, podemos afirmar y creer constantemente en lo que Él nos está revelando de Sí mismo. Por lo tanto, caminamos en comunión con Él por fe, creyendo en la revelación invisible del Hijo que vive dentro de nosotros. De esta manera, podemos seguirlo día tras día. De esta manera, podemos expresarlo, ya que sentimos todos los aspectos de Su personalidad dentro de nuestro espíritu. A medida que discernimos Sus sentimientos, Sus pensamientos,

Sus decisiones y Su liderazgo, podemos elegir fluir junto con lo que se está revelando.

Si decidimos no afirmar lo que nos muestra en nuestro espíritu, interrumpimos el flujo de vida. Pero cuando creemos, le expresamos al universo quién y qué es Él.

Naturalmente, para un nuevo creyente, la fe es pequeña y la capacidad para sentir Su presencia en Su plenitud está restringida. Así como un niño está muy limitado en muchas maneras de entender el mundo que lo rodea, ocurre para los hijos de Dios que, cuando son jóvenes, no tienen una sensación tan clara de Su presencia.

Pero nuestro propósito no es que sigamos siendo niños. El plan de nuestro Padre es que crezcamos hasta la madurez. A medida que crecemos espiritualmente, nuestra fe crece y nuestra capacidad para sentir la presencia y la personalidad de nuestro Salvador se vuelve más aguda. En consecuencia, nuestra expresión de Su naturaleza y Su voluntad también se volverán más claras.

Por ejemplo, un signo de madurez espiritual —el hecho de que estamos en una comunión íntima y constante con Jesús— es que nos amamos unos a otros. Dado que Dios es amor y ama a cada uno de Sus hijos apasionadamente, cuando estamos en una relación de fe con Él, sentimos este gran amor por todos los demás creyentes. A medida que reafirmamos este amor, también lo expresamos. De esta manera, y de muchas otras, la personalidad de Jesús y la voluntad de Dios fluyen a través de nosotros para expresarse a un mundo moribundo.

La práctica de profecía también nos ayuda a entender la fe. Romanos 12:6 dice: “teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe”. Algunos interpretan esto como predicar, mientras que otros ven un tipo de don espiritual que permite ver el pasado o el futuro. Sin embargo, cualquiera sea nuestra interpretación, la forma en que funciona la profecía es la misma.

Mientras caminamos en una relación íntima con Jesús, a veces sentimos que hay algo que quiere decir a través de nosotros. Por fe, entonces, reafirmamos y creemos que es Él quien está revelando estas palabras o pensamientos. Por lo tanto, hablamos en fe a los demás.

Además, en el versículo anterior, se infiere que no debemos ir más allá de nuestra fe. Debemos ser cuidadosos cuando hablamos por Dios, para no dejar que nuestros propios deseos, pensamientos y opiniones rijan lo que decimos. No debemos ir más allá de la fe que tenemos y adornar lo que Él dice con cosas que vienen de nosotros mismos. Por el contrario, no debemos limitar nuestras palabras solo a aquellas cosas que creemos que serán agradables para los demás.

Porque por fe andamos, no por vista (2 Cor 5:7). Es decir, que no estamos siguiendo un programa visible, sino a una Persona invisible y viva. No solo seguimos las reglas y las normas, los principios o las leyes que aprendimos de la Biblia o de algún maestro u otro, sino que estamos “como viendo al Invisible” (Heb 11:27) y respondemos en fe.

El ser humano natural anhela cosas tangibles. Confía en ellas porque le parecen “reales”. Está acostumbrado a las cosas que puede ver, sentir, saborear, tocar y oler. Por lo tanto, muchos dependen del legalismo, las sensaciones físicas, las profecías y los líderes para orientarse espiritualmente. Sin embargo, esto es caminar por la “vista” y no por el tipo de fe que complace a Dios. El verdadero cristianismo es caminar por una relación de fe con un Rey invisible.

## NUESTRA FE SUPERA AL MUNDO

Mientras caminamos en esta comunión de fe íntima con Jesús, nuestras vidas cambian. Nuestras actitudes y deseos se vuelven diferentes. Ya no nos dejamos influenciar tanto por estímulos externos y superficiales, sino por la persona invisible de Jesús. Por lo tanto, nuestras vidas se vuelven diferentes de las de los demás habitantes del mundo. Comenzamos a amar y a buscar cosas diferentes. Estamos superando al mundo. En 1 Jn 5:4 dice: “Y esta es la victoria que supera al mundo, nuestra fe”.

El mundo que nos rodea tiene muchas atracciones. Nos ofrece muchos placeres sensuales, como romance, sexo, entretenimiento, comida, eventos deportivos, etc. Todas estas cosas compiten por nuestra atención y tratan de captar nuestras afecciones.

Por supuesto, todos conocemos al ser maligno que está detrás de esas cosas. Nuestro hombre natural, ya que también es un producto del mundo físico, se siente atraído por estas cosas. Tenemos un anhelo de satisfacción en todas estas áreas. Sin embargo, estas atracciones no capturan a aquellos que caminan por la fe. Sus vidas son de alguna manera desligadas y diferentes. Están “apartados” de las cosas físicas y naturales.

Muchas veces, las otras “personas mundanas” no comprenden. Las actitudes de los creyentes parecen extrañas para ellos. Es como los “niños en la plaza” (las personas del mundo) que dicen algo como: “Oye, nos divertimos, pero no te unirás a nosotros” o “estamos tristes, pero no respondes a las mismas cosas que nos entristecen” (consulta Lc 7:32). Los hijos del Reino de Dios son diferentes. Están apartados del mundo y de su gente.

Nuestra fe nos hace diferenciarnos. Es nuestra conexión con el invisible Reino de Dios la que rige nuestras vidas y nos hace únicos. Aquellos que caminan por la fe no se encuentran unidos a cosas tangibles, físicas o terrenales. Sus vidas no están todas envueltas en entretenimiento y placeres. Además, no sufren por el estado de los problemas del mundo ni pasan su valioso tiempo tratando de cambiarlos.

En su lugar, constantemente están percibiendo el liderazgo y el carácter del Dios invisible. Lo siguen y lo expresan. Esto, entonces, hace que vivan una vida que no es mundana. Ellos superan al mundo por su fe. Su perenne relación de fe con Dios los hace tener otras atracciones y valores. Sus afecciones se enfocan en cosas diferentes.

Naturalmente, todos debemos estar un poco involucrados con las cosas de esta Tierra, ya que necesitamos comer, beber, trabajar y vivir. Pero los hombres y las mujeres de fe tienen una actitud diferente. Su participación en las cosas de esta Tierra tiene una calidad diferente. Las usan porque deben, pero no abusan (1 Cor 7:31). Su corazón no está aferrado a ellas ni las persiguen en busca de satisfacción. Al estar en constante comunicación con Dios a través de la fe, se satisfacen con Él y no necesitan buscar otras fuentes para satisfacer sus necesidades.

## ¿QUÉ ES LA FE?

Hebreos 11:1 nos da una definición de fe. Leemos: “Es, pues, la fe la certeza [en el espíritu] de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”. Examinemos con más detalle la primera parte de este versículo. La esperanza bíblica es una esperanza en cosas invisibles y espirituales.

La gloria a la que Dios nos llamó es algo que no se puede explicar, sino que solo se nos puede revelar a través del Espíritu. Una vez que nos “hemos visto” con ojos espirituales tal gloria que se nos ha prometido, esto se convierte dentro de nosotros en nuestra inquebrantable esperanza. Se convierte en la “sustancia” de lo que esperamos.

La segunda parte de este versículo habla de “convicción”. Como hemos visto, cuando discernimos a Jesús revelándose y lo reafirmamos, o aceptamos esta revelación, esto es fe. Por lo tanto, desarrollamos una convicción por las cosas que no se ven.

Para el mundo, lo que buscamos y hacemos es una completa tontería, porque no lo pueden percibir. Es invisible para ellos. Sin embargo, aquellos que han atravesado el velo y han visto al mundo no visto de Dios tienen una profunda convicción con respecto a las cosas del Espíritu de Dios. Quizás algunas personas que solo han estado mentalmente convencidas de Cristo podrían desaparecer fácilmente cuando las cosas se ponen difíciles. Pero aquellos que han recibido una verdadera revelación de Jesús tienen una profunda convicción que les facultará para superar tiempos difíciles. Cabe destacar que se supone que “caminamos por la fe”, pero esto no es lo mismo que simplemente estar de acuerdo con “la fe”. Cuando las personas hablan de “la fe”, se refieren a un conjunto de verdades comúnmente implícitas acerca de la Persona y la obra de Jesucristo. Entre estas verdades estaría el hecho de que nació de una virgen, vivió una vida sin pecado, murió por nuestros pecados, resucitó de entre los muertos, ascendió al cielo y volverá un día a la Tierra.

Todas estas cosas son maravillosas, verdaderas y buenas. Tienen un impacto en nuestro caminar con Jesús, ya que sabemos que el Espíritu dentro de nosotros nunca va a contradecir tales verdades. Sin embargo, seguir al Señor no es lo mismo que

simplemente tratar de seguir un conjunto de doctrinas o un credo. Nuestra caminata de fe no solo se trata de ajustar nuestra vida a un conjunto determinado de verdades. No es solo aceptar en nuestra mente estas cosas. En cambio, como hemos visto, es afirmar la revelación viviente de Jesucristo dentro de nosotros día a día, momento a momento, y permitir que esta revelación sea la fuente de nuestra vida. Cuando permitimos que quien nos da fe llene nuestras vidas con Su vida, en consecuencia, seremos conocidos como seguidores de “la fe”.

Existe una gran diferencia entre practicar una religión y seguir a Jesús por fe. Algunos han tomado las diversas verdades y exhortaciones de la Biblia y han establecido para sí mismos un tipo de sistema religioso “cristiano”. Tienen prácticas, reglas, objetivos, reuniones, ropa especial, catedrales y todos los adornos que agradan a los sentidos del hombre natural.

Creen que tienen “fe” porque han asentido mentalmente a diversas verdades que se encuentran en las escrituras. Dado que siguen “creyendo” estas cosas y obedecen las ordenanzas que se les enseñan, imaginan que están complaciendo a Dios. Dependen de doctrinas, tradiciones y prácticas tangibles y mentales como su medio para satisfacer a Dios. Sin embargo, seguir a Jesús es algo completamente diferente.

Es una Persona viva. Cuando, por fe, respondemos a la revelación de Su omnipresente Persona, entonces estamos cumpliendo los deseos del Padre.

### **“OBRAS DE FE”**

Si nuestra fe es una fe viva, producirá obras. Santiago, en su epístola, nos muestra que, para ser auténtica, nuestra fe debe engendrar frutos. Explica que, si nuestra fe no produce “obras” hoy, entonces ha muerto y se ha convertido en fe muerta. Y la fe muerta ya no produce ningún fruto. Además, la fe muerta no justifica y no justificará ante el tribunal a ningún cristiano.

Por lo que vemos que nuestra fe siempre debe estar al día. En otras palabras, debemos mantener una relación de fe diaria con Jesús para que Él nos justifique. No es suficiente solo haber creído algo en el pasado. No es suficiente afirmar mentalmente un

conjunto de doctrinas de la Biblia. Debemos mantener una relación viva con Jesús por fe todos los días. La respuesta de nuestro corazón a la revelación de Dios debe seguir siendo un elemento activo que dirija nuestras vidas y acciones. Esto producirá buenas obras que lo glorifiquen. Estas son las obras de la fe.

Jesús nos enseña que debemos permanecer en Él. Esto significa que vivamos en una comunicación íntima y continua con Él, afirmando constantemente lo que nos está revelando por fe. Cuando hacemos esto, Él también permanece en nosotros. Mientras mantenemos nuestra relación de fe con Él, Jesús nos dirige en las obras que desea hacer a través de nosotros.

La respuesta de nuestra fe a Su liderazgo trae el flujo de Su vida a nosotros y a través de nosotros. Es Su vida la que da frutos perpetuos. Jesús nos enseñó que “Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes”, “ustedes dan mucho fruto” y “den fruto, un fruto que perdure” (Jn 15:7,8,16) (en otras palabras, no se consumirá el Día de Juicio). Claramente no podemos dar fruto nosotros mismos (Jn 15:4). Es nuestra relación de confianza continua con Él lo que nos hace ser fructíferos. Estas son las obras de oro, plata y piedras preciosas.

## FE Y OBEDIENCIA

Para mantener una relación íntima con Jesús a través del Espíritu, debemos obedecerlo. Debemos aprender a vivir bajo Sus órdenes y, por lo tanto, en su Reino. Debemos seguir sometiéndonos en fe a nuestro Rey invisible.

Si nos volvemos desobedientes, es decir, nos rehusamos a creer y responder a Su dirección interna, esto altera nuestra intimidad con nuestro Salvador. Cuando continuamos en esta resistencia y no cedemos ante Su dirección, nuestro sentido de Su presencia disminuye más y más. Gradualmente, dejamos de tener esa vital relación de fe y una agradable intimidad con Él.

Nuestra fe comienza a morir cuando nos rehusamos a responder a Su dirección. La fe y la obediencia se unen de una forma inseparable. Cuando nos resistimos al Espíritu Santo y su autoridad en nuestras vidas, se hace muy difícil para nosotros permanecer en la presencia de Dios.

¿Cuántos creyentes están actualmente en esta condición? Alguna vez conocieron a Dios íntimamente, pero ahora sienten que están mirando adentro desde el exterior. La que alguna vez fue una dulce comunión con Jesús, ahora es solo un recuerdo. En algún momento, rechazaron las palabras celestiales, se resistieron al liderazgo del Espíritu y ahora se encuentran fuera del Reino actual. Su rebelión contra lo que fuera que Jesús quería de ellos los dejó con solo una sombra de cristianismo.

Las razones por las que esto sucede son incontables, pero podría ser bueno mencionar algunas de esas posibilidades. Quizás estas personas tenían mucho miedo de seguir a Jesús en lo que Él quería. Tal vez estaban demasiado ocupados con sus actividades, como pasatiempos o negocios. Posiblemente, había otros creyentes o familiares que los disuadieron de tomar las medidas que el Señor les indicó. Incluso podría ser que eran demasiado testarudas y se resistían a ceder ante Él en las áreas en las que Él deseaba gobernar.

Otra posibilidad es que algo sucedió en su caminar con el Señor que los dejó amargados y desilusionados. Sin embargo, cualquiera sea el caso, el resultado es el mismo. Su fe viviente se ha ido y el sentido de la dulce intimidad con el Señor se ha desvanecido de sus vidas. No cabe duda de que tales personas “todavía creen en Jesús”. Probablemente, las verdades bíblicas acerca de su vida y ministerio aún son claras para ellos. Pero su fe es vieja y obsoleta. Es una fe de su pasado y no de su experiencia actual. No es una fe que esté viva hoy, dándoles la base de su comunión con Dios. Aquellos que se encuentren en esta condición deben arrepentirse. Es la única solución. Deben clamar a Dios por la gracia para, finalmente, escuchar, creer y obedecer lo que Él les está revelando. Su obediencia restaurará su relación íntima con Jesús.

La obediencia necesaria podría implicar disculparse con alguien por una palabra o acción poco amable. Podría significar un cambio de carrera o mudarse a otra parte del mundo. Sin duda, esto significará humillarnos a nosotros mismos y admitir que nos hemos resistido, hemos sido testarudos y nos hemos equivocado.

La cantidad de formas en que podemos desobedecer es infinita. Solo nuestro Señor nos puede revelar lo que podría estar interrumpiendo nuestro compañerismo con Él. Pero, una vez que

estamos realmente dispuestos y listos para escuchar Su voz de nuevo, sabremos qué es lo que debemos hacer.

Esta humillación de nosotros mismos y la debilitación de nuestro corazón para recibir corrección son absolutamente esenciales en la vida espiritual. Solo de esta manera podremos volver a caminar en fe. Muchos cristianos hoy en día han probado otra alternativa. En lugar de arrepentirse, tratan de justificarse en sus propios ojos y en los ojos de los demás manteniendo una apariencia religiosa superficial. Sin embargo, al igual que en los días de Su ministerio en la Tierra, Jesús llama a cada uno de nosotros para que nos arrepintamos para poder entrar al Reino.

Cuando comparezcamos ante Dios ese día, seremos juzgados de acuerdo con nuestras obras. Estas obras serán el resultado de nuestra fe, que nos trajo una intimidad con Dios mismo y la mantuvo. Las obras que se aprobarán no serán obras que hayamos hecho por Él, sino las obras que Él ha hecho a través de nosotros como resultado de nuestra relación de fe con Él. Esto es lo que me gusta llamar “obras de fe”.

Si actualmente no vive de fe y, por lo tanto, no está produciendo frutos para su Reino, todavía hay tiempo para arrepentirse. Todavía hay tiempo para que usted corrija su relación con Jesús, responda a Su liderazgo y viva para el Rey en su Reino.

Si, después de leer este capítulo, descubre que su vida cristiana ha sido solo legalista y está muerta, si su vida solo ha sido mundana y, por lo tanto, infructuosa o si no ha hecho nada para traer frutos a Dios, la respuesta es el arrepentimiento; arrepentirse por el bien del Reino.

Dios nos llama hoy para informarnos de todas las cosas en las que estamos involucrados que no son de su Reino. A través de nuestra fe, debemos superar toda esa religión vana que el mundo y la carne ofrecen. En lugar de madera, heno y hojarasca, podemos producir oro, plata y piedras preciosas.

Jesucristo volverá pronto a juzgar la Tierra en rectitud. “Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual

por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.” (Heb 12:1, 2).

## 14.

## UNA PALABRA DE ALIENTO

*“No* temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino” (Lc 12:32). Nuestro Padre celestial desea mucho que todos y cada uno de Sus hijos sea obediente y entre a Su Reino. No es Su deseo prohibirle la entrada a nadie.

Sin duda, en Su propio corazón, cuando nos engendró a través de Su hijo, Jesucristo, anheló que fuéramos fieles y heredaríamos esta gran bendición. En las escrituras se lee: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. (Jn 3:16). También leemos en Romanos 8:32: “El que no escatimó ni a Su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas?”.

Estos pasajes nos demuestran el gran amor de Dios hacia los hombres. Ni siquiera escatimó a Su propio Hijo al manifestar al mundo el incalculable e inmenso amor que tiene. Con respecto a la salvación, sabemos que no es Su voluntad que nadie perezca, sino que todos lleguen a conocer la verdad. Estoy seguro de que esta misma actitud también se aplica a la entrada de Sus hijos al Reino Milenial.

De la misma forma que Dios no se complace en lanzar a nadie al lago de fuego, así tampoco desea que Sus hijos se pierdan de las cosas que Él ha preparado para ellos. Depende de nosotros. Si estamos dispuestos y somos obedientes, podemos confiar en que Él es fiel y nos facultará acceder a estas cosas. Todo el poder y la autoridad de Dios se invierten en Jesucristo y hoy

están disponibles para nosotros a través del Espíritu Santo. Nunca debemos excusarnos de que somos demasiado débiles o incapaces.

En la cruz, por el derramamiento de Su sangre, Jesús pagó todo lo necesario para que nosotros pudiéramos ser obedientes y lograr Su voluntad. No solo esto, también derramó Su Espíritu sobre nosotros y nos concederá Su gracia para que podamos vivir como Dios lo quiere. Si estamos dispuestos, nos empoderará para vencer al reino del diablo.

No hay necesidad de que incluso el miembro más pequeño y débil del cuerpo de Cristo sea derrotado. Dios lo ha hecho todo. Lo que falta por hacer es que nosotros, por fe y obediencia, accedamos a ello. No nos sintamos condenados ni temerosos. Es un grato placer para el Padre darnos el Reino.

Pero hay que decir algo sobre los reincidentes. Si usted es alguien que suele recaer y vive en una condición pecaminosa y reincidente, no es demasiado tarde para arrepentirse. Puede renunciar a su vida malvada y pecaminosa en este momento. Y, cuando lo haga, se dará cuenta de que el Padre le dará la bienvenida con los brazos abiertos.

Lo mismo ocurre en el caso del hijo pródigo, sobre el que leímos en las escrituras. Él se alejó de su padre por un tiempo y despilfarró sus bienes en una vida desordenada acompañado por gente vil. Un día, volvió en sí, regresó a la casa de su padre y este lo recibió con alegría y un banquete; de esta misma forma usted puede arrepentirse, alejarse de la dirección hacia la que va y regresar a Dios. Él lo recibirá, lo amará, lo volverá a vestir con prendas limpias. Y si continúa fielmente hasta que Él llegue, usted también podrá entrar al Reino.

No es demasiado tarde. Nunca será demasiado tarde para arrepentirse y volver a Él hasta el día en que Él llegue. Cuando llegue ese día, será demasiado tarde, pero hasta entonces, cada hijo de Dios que haya vuelto su vómito y se haya revolcado en el cieno tendrá la oportunidad de volver otra vez a Él y recibir la herencia. En el gran amor que Él tiene por toda la humanidad y, especialmente, para Sus hijos, el Padre ciertamente lo recibirá de vuelta y lo facultará para que viva para Él.

Debo decir en este momento que aquellos que reinciden probablemente no recibirán el mismo grado de recompensa. Sin embargo, aún pueden entrar al Reino de Dios si vuelven a Él antes de que sea demasiado tarde.

Hay una interesante parábola en el Nuevo Testamento (Mt 20:1-16) acerca de los obreros que el Señor envía a la viña. La historia relata cómo algunos trabajadores fueron contratados a primera hora de la mañana, otros más tarde en el día y otros al final del día. Cuando fueron a recibir su pago, cada uno recibió la misma cantidad.

Algunas de las personas que habían estado trabajando arduamente todo el día se quejaron de esto, pero el Señor los reprendió y les dijo: “Amigo, no te hago agravio; ¿no conviniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo, y vete; pero quiero dar a este postrero, como a ti. ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno? Así, los primeros serán postreros, y los postreros, primeros” (Mt 20:13-16).

Así es como será el Reino de Dios. Aquellos que nacen de nuevo más temprano en la vida y que trabajan fiel y diligentemente hasta que Él vuelva entrarán en el Reino. Y aquellos que se salven más tarde y trabajen solo por unos pocos años recibirán la misma herencia.

Todavía hay tiempo para usted. Si aún no ha recibido al Señor o si aún no ha comenzado a trabajar en la viña, Jesucristo lo está llamando. Dios llama a los trabajadores para que vengan y trabajen para traerle frutos. Si escucha este llamado, comience hoy mismo. No es demasiado tarde para comenzar a hacer la voluntad de Dios hasta que Él llegue. No deje que el diablo lo engañe para que piense que usted es demasiado viejo, que sería demasiado difícil o que simplemente es demasiado tarde para hacer algo. Si usted trabaja fielmente a partir de hoy, recibirá la misma recompensa que aquellos que han trabajado con paciencia durante toda su vida.

En Mateo 5:19, hay otras palabras alentadoras. Aquí encontramos la historia de un hombre que desobedeció uno de los mandamientos del Señor e, incluso, enseñó a otros su desobediencia. Las escrituras dicen que será llamado el más pequeño en el Reino de los Cielos.

Al principio esto podría parecer poco alentador, pero lo bueno es que este hombre aún se encontraba en el Reino. Aunque, en cierta medida, se equivocó, engañó y enseñó a otros su engaño, entró al Reino porque estaba haciendo la obra del Señor. Tal vez sea el más pequeño, pero, a pesar de todo, está ahí debido a sus esfuerzos. Por supuesto que hay otras personas que no podrán entrar debido a que no se esfuerzan legítimamente; sin embargo, parece que hay cierto margen de error. Dios mira nuestros corazones y juzga con rectitud.

Todos debemos hacer nuestro mejor esfuerzo para trabajar de acuerdo con la luz que hemos visto. Pero nos debe motivar el hecho de que, si no somos perfectos, sino solo fieles, Dios reconocerá esto en el día del juicio. Sin embargo, recuerde esto también: “muchos primeros serán postreros, y postreros, primeros” (Mt 19:30).

Vamos a leer juntos una parte de otra parábola sobre el Reino de Dios. Esta es la parábola del sembrador. Estoy seguro de que la mayoría de ustedes la ha escuchado antes. Es la historia de un sembrador que siembra sus semillas, las cuales caen en diferentes tipos de terreno y brotan distintos resultados. Jesús explica:

“A vosotros os es dado conocer los misterios del reino de Dios; pero a los otros por parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan.

Esta es, pues, la parábola: La semilla es la palabra de Dios. Y los de junto al camino son los que oyen, y luego viene el diablo y quita de su corazón la palabra, para que no crean y se salven.

Los de sobre la piedra son los que habiendo oído, reciben la palabra con gozo; pero estos no tienen raíces; creen por algún tiempo, y en el tiempo de la prueba se apartan.

La que cayó entre espinos, estos son los que oyen, pero yéndose, son ahogados por los afanes y las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto.

Mas la que cayó en buena tierra, estos son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia.” (Lc 8:10-15).

Con cuánta precisión esta parábola describe las obras de la palabra en los corazones de los hombres y con cuánta claridad se

aplica al Reino venidero. La palabra del Señor ha sido difundida y, para la mayoría de ustedes, es probable que haya sido sembrada en sus corazones.

Depende realmente de nosotros cómo responderemos a esto. Dado que tenemos el control de nuestro propio corazón, debemos decidir cuál de estos distintos caminos vamos a seguir. Creo que sería una buena idea que todos nos examináramos teniendo en cuenta estas palabras.

No sugiero pasar largas horas de introspección, pero creo que es absolutamente indispensable que tengamos tiempos de espera ante el Señor para permitir que su Espíritu Santo busque en nuestros corazones. Debemos ser receptivos y estar dispuestos a que el Espíritu de Dios saque a la luz distintas áreas de nuestras vidas, a que brille en nosotros y nos ayude a ver las piedras, las espinas y todas las cosas que puedan estrangular, entorpecer e impedir que la palabra sea fructífera.

A nadie que esté realmente dispuesto a servir al Señor se le prohibirá estar en el Reino por estas cosas, ya que, cuando las veamos en nuestros corazones, podemos pedirle al Señor que las elimine. Podemos pedirle que nos convierta en el tipo de persona que quiere que seamos. Dios puede quitar el corazón de piedra y darnos un corazón de carne (Ez 36:26).

Nosotros, con la ayuda del Espíritu Santo, podemos arar la tierra, sacar las piedras, cortar las malezas y traer frutos a Dios. Por lo tanto, vamos a examinarnos a nosotros mismos a la luz de la palabra mediante la iluminación del Espíritu Santo y veamos cuál de estos tipos de corazones tenemos.

Si descubrimos que nuestro corazón es malvado, rocoso o está lleno de las espinas y los cardos de este mundo, debemos arrepentirnos (arrepentirnos por el Reino) y renovar nuestros corazones para acercarnos a Dios. Él nos apoyará mucho en esto y nos ayudará a acceder a lo que nos prometió. Es importante que todos los creyentes conozcan el temor de Dios. Las escrituras nos dicen que: "El principio de la sabiduría es el temor de Jehová" (Pr 1:7). Tener un respeto sano y reverente por el poder de Dios y por el futuro juicio es bueno. Sin embargo, hay algunos creyentes que trabajan bajo la constante condena del diablo.

Me gustaría escribir algunas palabras para ellos. Aunque hay muchas cosas en este libro que son aterradoras, no permita que el diablo las use para acusarlo.

Si está haciendo todo lo posible, si es obediente en todo lo que sabe que el Señor quiere que sea, si su corazón vive por Dios, no permita que Satanás lo condene y le quite su gozo. Resista sus acusaciones y no crea lo que dice. El diablo es un mentiroso y le encantaría mantenerlo bajo una condenación constante para que no pueda servirle al Señor o conocer Su voluntad.

Por otro lado, es posible que haya muchos cristianos que tienen el tipo de problema opuesto. Estos son aquellos que se rehúsan a hablar del Señor, cuyos oídos se han aburrido de escuchar. Escuchan, pero no prestan atención. Estos son los que constantemente se excusan para no hacer lo que saben que Dios quiere que hagan. Debido a que hoy Dios es invisible y no lo vemos con nuestras facultades naturales, es muy fácil para los hijos de Dios ignorar cuando habla o excusarse para no hacer Su voluntad.

Si usted es una de estas personas, le ruego que se saque los tapones de las orejas, ablande el corazón, lo vuelva receptivo hacia Dios y se dé un momento para responder a lo que Él le dice. Puede que le pida que haga algo que es muy difícil.

Quizás le pida que venda todo y vaya a otra nación para predicar Su palabra. Quizás lo esté guiando para que deje un trabajo que usted elige porque le da seguridad, pero lo mantiene alejado de Él. Quizás le diga a algunas de las personas más jóvenes que se aparten de ese novio o esa novia que saben que no es creyente o que no vive para Jesucristo.

Ningún sacrificio por el Reino es demasiado grande. No sea como Esaú, que vendió su derecho de nacimiento por un plato de comida; vendió su derecho a la herencia simplemente para satisfacer sus antojos momentáneos.

En el Reino de Dios, tanto hoy como en el Reino Milenial que se acerca, hay grandes recompensas espirituales. El gozo es indescriptible y está lleno de gloria, pero nunca lo conocerá ni lo probará a menos que se aparte de lo que le impide acceder a él.

Las escrituras nos exhortan a lo siguiente: “Esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procu-

rarán entrar, y no podrán". (Lc 13:24). Esto se refiere a cómo un animal de carga, para pasar por un espacio estrecho, primero tiene que despojarse de todo su equipaje. Solo después de soltar sus cargas es que un animal de carga puede pasar por ese espacio.

La triste razón por la que tantos hijos preciosos de Dios no entran al Reino es que no están dispuestos a deshacerse de todo el equipaje que los mantiene lejos de la voluntad de Dios. Se aferran a demasiadas cosas, tienen miedo de soltarlas y confiar en que Jesús sea todo para ellos. Muchos creyentes apenas han percibido el aroma del rico deleite de Dios que está disponible para ellos hoy.

Se paran en el jardín exterior y nunca entran en el lugar santísimo, en la mismísima presencia de Dios, para disfrutar de un banquete junto a Él, todo porque están atados a cosas externas, materiales y terrenales.

Dejemos a un lado las cargas y el pecado que tan fácilmente nos agreden y corramos la carrera. Si hay algo que le impide entrar, apártelo. No se permita llevar una carga tan grande que no le deje entrar. Dios guardará esas cosas que le confió hasta el día en que vuelva y, luego, lo recompensará abundantemente por lo que dejó en su cuidado.

Hermanos en Cristo, el Reino de Dios está esperando por nosotros. La puerta está abierta y todos pueden entrar. Quiero decir nuevamente que nadie es demasiado débil o frágil. Los que no entran, simplemente, no están dispuestos. No importa cuál sea su estado o su condición, puede arrepentirse hoy, acudir al Padre celestial, y Él lo fortalecerá y le facultará trabajar fielmente hasta que Él llegue.

"Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así. De cierto os digo que sobre todos sus bienes le pondrá." (Mt 24:46,47).

Que Dios se apiada de nosotros para que podamos ser obedientes y aquellos a quienes dice: "Bien, buen siervo y fiel [...] entra en el gozo de tu señor" (Mt 25:21).

Me gustaría finalizar este capítulo con algunos versículos que muestran cuán fiel es Dios si nosotros también lo somos, y cuánto ansía Él que entremos en Su Reino celestial.

“Todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará.” (1 Te 5:23,24). “El cual también os confirmará hasta el fin, para que seáis irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es Dios”. (1 Co 1:8,9).

Pablo dice: “Y el Señor me librará de toda obra mala, y me preservará para Su reino celestial”. (2 Tim 4:18). “Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”. (Fil 1:6).

“Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén. Amén” (Jds 24,25).

## CONCLUSIÓN

En la actualidad, vivimos un momento muy crucial y difícil. Esta “Era de la Iglesia” está llegando a su fin y la venida del Señor se aproxima. Las escrituras dicen que la ciudad de “Jerusalén será hollada por [estará bajo el dominio de] los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan” (Lc 21:24). En 1967, la segunda mitad de esta ciudad cayó en manos de los judíos, lo que les dio nuevamente el control de su antigua capital por primera vez en casi 2000 años.

Desde que el general romano Tito conquistó y destruyó Jerusalén en el año 70 a. C. hasta el año 1948, el pueblo hebreo no tuvo un país que pudiera llamar suyo. Pero Dios no ha olvidado a Su pueblo, el que ya conocía. Romanos 11:25 explica que la ceguera ha afectado a una parte de Israel “hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles”. Después de este período, se nos dice que Dios recordará nuevamente al pueblo de Su antiguo pacto y cumplirá las promesas que les hizo a sus antepasados.

Esto es exactamente lo que vemos que está sucediendo ante nuestros ojos. Nunca antes en la historia se ha sabido acerca de un pueblo que se haya dispersado por toda la Tierra durante 2000 años, que haya retenido su identidad nacional y, luego, se haya vuelto a reunir en su propia tierra para convertirse en nación. Esto es obra del Señor.

No afirmo que estos judíos son rectos o que Dios está de alguna manera satisfecho con ellos en su estado actual. Cuando vuelva Jesús, el Mesías, será el momento en el que Él “apartará de Jacob la impiedad” (Rm 11:26). El punto aquí es que Dios está haciendo lo que prometió y que su segunda venida es inminente. Se está preparando el escenario. Estas cosas son solo señales que muestran la importancia del momento a aquellos que están atentos

y esperando. Ningún otro momento de la historia ha estado tan repleto de agitación y anticipación. El Juez está en la puerta.

Jesús dice: "He aquí yo vengo pronto [...] para recompensar a cada uno según sea su obra". (Ap 22:12). La palabra griega que aquí se traduce como "pronto" no significa necesariamente "rápido", pero puede significar "repentinamente". Aquellos que lo buscan activamente y lo esperan con entusiasmo no serán tomados por sorpresa cuando aparezca. Pero para aquellos cuyo amor se ha enfriado y cuyos oídos oyen pesadamente, vendrá como un ladrón, cuando menos lo esperan (Lc 12:46).

¿Qué hará usted cuando Jesús venga? ¿Estará Él complacido de encontrarlo en el estado en el que usted está actualmente? Si no es así, quiero exhortarlo con tanto énfasis como sea posible a que se arrepienta. ¡Cambie la manera en que vive antes de que sea demasiado tarde! ¡Arrepíentase por el bien del Reino! Hermanos, el tiempo es corto. Estamos recibiendo el llamado de trabajar para la obra de Dios mientras tenemos la luz del día, porque se acerca la noche, cuando ningún hombre puede trabajar (Jn 9:4).

La Biblia nos dice que, poco antes de que el Señor venga, veremos dos señales importantes. La primera es que habrá una gran apostasía (2 Tes 2:3). Esta señal ahora se está haciendo completamente evidente. La Iglesia de hoy está llena hasta desbordarse de mundanería, errores y pecados de todos los tipos.

La segunda señal, por la cual estamos esperando, es la revelación del "hombre de pecado". Al ver la situación del mundo actual, está claro que esto podría suceder en cualquier momento. Sin embargo, muchos creyentes, o una mayoría de estos, no son conscientes de los tiempos. Parecen estar durmiendo. No se están transformando y haciendo santos para prepararse.

El mensaje de este libro es: "Aquí viene el esposo; ¡salid a recibirle!". Ya es hora de que nos despertemos del sueño de servirnos a nosotros mismos y de que nos preparemos para Su venida. Hermanos y hermanas en Cristo, preparen el camino del Señor; ¡enderezan Sus caminos!

Este mensaje tiene ese propósito, preparar a los hijos de Dios para la cercana venida de Jesús. Los hombres y las mujeres de todo el mundo necesitan estar preparándose para que tengan

permitido entrar al Reino venidero. El evangelio del Reino, la realidad del gobierno total de Jesucristo, debe predicarse a todas las naciones y, entonces, vendrá el fin (Mt 24:14).

Sin duda, en estos días, al final de esta era, este es el mensaje que está en el corazón del Señor. Amigo, permítame hacerle una pregunta importante. Cuando llegue Jesús, ¿estará esperando y listo? Yo oro para que todos lo estemos.

**NOTA:**

Mientras lee el Antiguo Testamento, encontrará frases o palabras (especialmente en los libros de los profetas) como las siguientes: “en ese día” o “en esa montaña”. El lector debe entender que estas expresiones, generalmente, se refieren al Reino venidero del que hemos estado hablando.

El “día” al que se hace referencia aquí es el Día del Señor. La palabra “montaña” habla de Su Reino venidero.

**LISTA PARCIAL DE VERSÍCULOS DEL REINO**

- |                        |               |
|------------------------|---------------|
| 1. Gn 35:10-12; 17:8   | 32. Ap 11:15  |
| 2. Dt 30:1-10          | 33. Ap 20:4-6 |
| 3. 2 Sam 7:12-16       |               |
| 4. Is 2:2,3            |               |
| 5. Is 4:3-6            |               |
| 6. Is 9:6,7            |               |
| 7. Is 11:1-4,11,12     |               |
| 8. Is 56:6-8           |               |
| 9. Is 61:6             |               |
| 10. Is 66:14-20        |               |
| 11. Jr 23:5-8          |               |
| 12. Jr 30:3-11         |               |
| 13. Jr 33:7,8          |               |
| 14. Ez 20:33-42        |               |
| 15. Ez 36:21-28; 37:14 |               |
| 16. Ez 37:21-28        |               |
| 17. Ez 39:25-28        |               |
| 18. Ez 44:15-24        |               |
| 19. Dn 7:13,14,27      |               |
| 20. Am 9:11-15         |               |
| 21. Za 6:12,13         |               |
| 22. Za 8:22,23         |               |
| 23. Za 10:10           |               |
| 24. Za 12:2-10         |               |
| 25. Za 14:1-9          |               |
| 26. Mt 19:27-29        |               |
| 27. Lc 1:31-33         |               |
| 28. Lc 13:24-29        |               |
| 29. Lc 22:28-30        |               |
| 30. 1 Cor 15:20-28     |               |
| 31. Ap 5:9             |               |

## ***OTRAS OBRAS DEL MISMO AUTOR EN ESPAÑOL:***

### **DE GLORIA EN GLORIA La transformación del alma**

Este libro aborda de una manera seria y desde una nueva perspectiva muchos conceptos enseñados en la Iglesia evangélica de nuestros días. El lector encontrará tópicos que, además de estimular una profunda reflexión, abrirán paso para una comprensión de los propósitos de Dios mucho más amplia de lo que probablemente haya logrado hasta ahora. Si tiene hambre del conocimiento de Dios y un corazón abierto y sincero para recibir Su verdad, tenemos total confianza de que Él usará este libro para revelársele de una manera más completa y poderosa.

### **ARREPENTIMIENTO PARA LA VIDA La clave de la intimidad con Dios**

Cuando una persona recibe a Cristo al mismo tiempo, recibe muchos beneficios maravillosos. Algunos de estos “beneficios” son tan maravillosos que son casi increíbles, pero ciertamente existen y están disponibles para cualquiera que crea. Todos los hijos de Dios tienen la posibilidad de disfrutar, de manera creciente e interminable, la abundancia de estos tesoros celestiales.

Sin embargo, hay algunos pasos esenciales que un cristiano debe tomar para recibir todos los beneficios ofrecidos.

Para apoderarse de ellos, debemos cumplir con los requisitos previos de Dios para que Él pueda hacer Su obra transformadora en nosotros.

Este libro es un ensayo sobre algunos de estos santos beneficios y cómo todo cristiano puede experimentarlos al máximo.

***OTRAS OBRAS DEL MISMO AUTOR QUE  
PRÓXIMAMENTE SE TRADUCIRÁN A ESPAÑOL:***

**ANTICRISTO**

La venidera aparición del anticristo y el establecimiento de su reinado ha sido materia de intensas discusiones a lo largo de la historia de la Iglesia. Ya que el panorama actual parece indicar que pronto será el final de nuestros días, tal discusión se ha tornado todavía más importante.

**BABILONIA**

En este libro, encontrará un análisis coherente y actual sobre muchas visiones descritas en el libro de Daniel. Tales análisis podrán ayudar a los lectores a entender los eventos que precederán la venida del anticristo, en el contexto de nuestra presente situación mundial.

**SEÑALES DEL FIN**

Con este libro, el autor desea ayudar a los creyentes a identificar las señales del fin que están ocurriendo actualmente (y que muchos no han percibido) y a prepararse para lo que se aproxima.

**AUTORIDAD ESPIRITUAL GENUINA**

Sin duda, la sumisión a la autoridad es esencial para cada cristiano sincero. Pero ¿a quién debemos someternos? Hoy en día, hay muchas voces afirmando ser la autoridad verdadera, pero ¿cómo podemos distinguir la autoridad real entre las imitaciones?

En este libro, encontrará una nueva perspectiva, una nueva manera de entender este asunto en la Iglesia actual. El objetivo de este mensaje es enseñar cómo reconocer el liderazgo del Espíritu Santo cuando Se manifiesta en el cuerpo de Cristo.

El deseo del autor es que Dios pueda usar este libro para ministrar más de Sí mismo a usted.

## LUZ EN LA OSCURIDAD

¿Cómo podemos ser liberados de la influencia de espíritus malignos y del poder de las tinieblas?

¿Cómo podemos ser liberados de nuestro propio pecado y egoísmo?

¿Es posible ser realmente cambiado y liberado del pecado?

Estas son las preguntas que aborda este pequeño libro.

Si busca la libertad, la verdadera libertad, que se encuentra en Jesús, este libro es para usted.

## EL EVANGELIO OCULTO

¿Por qué la Iglesia Cristiana de hoy está tan llena de ego y pecado?

¿Es posible que no nos hayamos dado cuenta de algo?

Algunas interpretaciones inadecuadas de palabras griegas importantes que encontramos en los antiguos textos bíblicos han hecho que muchos reciban actualmente un mensaje diluido.

El mensaje bíblico, cuando se entiende correctamente, es mucho más transformador y poderoso de lo que muchos imaginan.

Este libro revela algunas verdades bíblicas importantes que han permanecido ocultas durante siglos.

## SEMILLAS 1 Y 2

Estas publicaciones, entre otras, reúnen 19 estudios lanzados por David W. Dyer. Tratan asuntos diferentes, pero con una gran profundidad.

En “Guardar el sábado o no”, hace un análisis sincero sobre el asunto desde una perspectiva poco conocida en el medio cristiano.

En “Tres principios esenciales”, descubrirá que formar parte de la Iglesia y experimentar el cuerpo de Cristo pueden ser dos experiencias diferentes. Muchos miembros del cuerpo todavía no han tenido una experiencia sobrenatural con el cuerpo de Cristo, y en este estudio conocerá los pasos imprescindibles para lograrlo.

En “El sacerdocio”, el autor destaca el tema del llamado de cada cristiano al sacerdocio, algo que muchos han descuidado y que muchos otros desconocen.

## **¡DEJA IR A MI PUEBLO!**

¡El regreso de Jesucristo se aproxima! Pero Su novia, la Iglesia, no está preparada para recibirlo. Lamentablemente, está llena de manchas y arrugas, y necesita pureza y santidad. De hecho, su condición parece cada vez más precaria.

Entonces, ¿qué es lo que Jesucristo quiere hacer en este momento? ¿Cómo podemos ayudarlo a cambiar esa situación? En este libro, encontrará una respuesta bíblica y práctica para esas y otras interrogantes, además de una nueva visión sobre los propósitos del Dios vivo para la actualidad.

***PARA CONSEGUIR LOS LIBROS SIN COSTO,  
VISITE NUESTRO SITIO WEB: [www.granodetrigo.com](http://www.granodetrigo.com)***

### **CONTACTO:**

**David W. Dyer**

e-mail: [davidwdyer@yahoo.com](mailto:davidwdyer@yahoo.com)

Nos comunicamos en inglés y portugués.

Visite nuestro sitio web: [www.GranoDeTrigo.com](http://www.GranoDeTrigo.com)

Esta página fue dejada intencionalmente en blanco.